

Cuadernos
bíblicos

2

Poittevin - Charpentier

El evangelio
según
san Mateo

CONTENIDO

EL SEÑOR DE LA COMUNIDAD	6
1. La comunidad de Mateo	8
2. El teólogo Mateo, redactor del evangelio	13
3. El Jesús de la comunidad de Mateo	16
UNA POSIBLE LECTURA DEL PRIMER EVANGELIO	18
PROLOGO: EL MISTERIO DE JESUS	21
I. JESUS PROCLAMA EL REINO DE DIOS Y PREPARA LA IGLESIA (Mt 3-16)	24
Episodio-eje: del Antiguo al Nuevo Testamento (3-4)	25
1. ¡Ha llegado el reino de Dios! (Mt 5-9)	28
• El sermón de la montaña (5-7)	28
• Jesús poderoso en hechos: diez milagros (Mt 8-9)	35
2. Jesús envía a sus discípulos a predicar y parte él mismo a predicar el reino (Mt 10-12)	36
• El discurso apostólico (Mt 10)	37
• Jesús sale a misionar (Mt 11-12)	38
3. La opción decisiva ante la predicación del reino (Mt 13-16, 13)	44
• Discurso en parábolas (13)	44
• Hacia la confesión de Cesarea (Mt 13, 53-16, 12)	47
II. LA COMUNIDAD EN EL REINO DE DIOS (Mt 16-28)	49
Episodio-eje: La comunidad confiesa a su señor (Mt 16, 13-17, 27) ...	50
4. El reino de Dios pasa del pueblo judío a la iglesia (Mt 18-23)	53
• Discurso sobre la vida en comunidad (Mt 18)	53
• De Galilea a Jerusalén (Mt 19-23)	55
5. La inauguración del reino de Dios en el misterio pascual (Mt 24-28)	59
• Anuncio de la venida definitiva del reino en Jesús (Mt 24-25)	59
• El misterio pascual inaugura el reino (Mt 26-28)	61

CB

2

**P. Le Poittevin
Etienne Charpentier**

**El evangelio
según
san Mateo**

8.^a edición

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLÁ (Navarra)
1987

Tras la lectura del evangelio según san Marcos, de Jean Delorme, y de la del evangelio según san Lucas, de Augustin George, presentamos una lectura del primer evangelio. Es, en parte, una obra colectiva: Simon Legasse, profesor en el Instituto Católico de Toulouse y especialista en san Mateo, tuvo que confiar el trabajo, cuando ya estaba a la mitad, al padre Le Poittevin, de la abadía de En-Calcat; a su vez, en el último minuto, éste tuvo que interrumpir el trabajo emprendido¹ y fue menester paliar estas deficiencias rápidamente.

Así por lo menos pude descubrir de nuevo una cosa —me gustaría que pudiérais gozar también vosotros de esta aventura—: cristianos y biblistas, todos estamos demasiado acostumbrados a leer o a trabajar sobre textos limitados; yo he pasado días y semanas enteras estudiando algún que otro pasaje de Mateo; verse obligado a enfrentarse, durante unos cuantos días, con su lectura global es una prueba saludable. La verdad es que a uno le gustaría detenerse a cada instante para volver a ver el sentido de una expresión, para releer tal comentario, para asegurarse de lo dicho... ¡Es imposible! Quizás entonces a costa de algunas imprecisiones, con el riesgo de caer en intuiciones demasiado rápidamente concebidas, el evangelio nos obliga a descubrir sus líneas maestras. La primera vez que subí a la Acrópolis, fue durante una escala muy breve en Atenas, una noche de luna llena. Había que verlo todo en unas cuantas horas; me senté, una vez pasados los Propileos, frente al Partenón y me quedé allí la noche entera. Luego lo visité más en detalle. ¿Acaso entré en comunión con él más intensamente que durante aquella primera noche global?

En este cuaderno, lo mismo que en los anteriores sobre Marcos o sobre Lucas, no habrá que buscar entonces un “comentario”. No ignoramos el inmenso trabajo de análisis literario de estos últimos decenios que demuestran, por ejemplo, los estudios de X. Léon-Dufour, de J. Dupont y muchos otros, trabajo que permite con frecuencia encontrar las tradiciones de las que Mateo pudo disponer. Pero nos dedicaremos sobre todo, como lo ha intentado recientemente J. Radermakers, a percibir el conjunto del evangelio y sus grandes intuiciones. Quizás esto nos ayude a dar nueva vida a los textos parciales que meditamos en la liturgia o en la reflexión personal.

Etienne Charpentier

¹ Son del padre Le Poittevin las páginas 8 a 14 y 25 a 27.

El señor de la comunidad

Para descubrir el pensamiento de conjunto de Mateo, lo más sencillo es empezar por el final. Efectivamente, los últimos versículos de su evangelio constituyen un resumen de lo esencial de su proyecto, haciéndonos descubrir quién es Jesús para él y cuál es esa iglesia en la que vive. Son las últimas palabras de Jesús a sus discípulos. Pero no son un adiós; al contrario, el resucitado afirma que está presente en su iglesia hasta el fin del mundo, porque es el señor:¹

Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verle le adoraron; algunos sin embargo dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 16-20).

¹ Cf. H. GEIST, La prédication de Jésus dans l'évangile de Matthieu, en *Jésus dans les évangiles* (col. «Lire la Bible») Cerf, Paris 1971, 91-116. Un artículo sencillo e interesante que introduce en lo esencial del pensamiento de Mateo.

W. TRILLING, «De toutes les nations faites des disciples» (Mt 28, 16-20): *AsSgn* n.º 28 (1969) 24-37.

Jesús glorificado convoca a sus discípulos en el monte. Así es como se nos presenta al principio la iglesia: como reunión de los «convocados» y como un pueblo en marcha; tiene que dejar Jerusalén, que era hasta entonces el centro geográfico de la fe, el lugar de la presencia de Dios, para ir hacia «la Galilea de los paganos», como se decía. Una iglesia definida ante todo como una «iglesia para el mundo»: ésa es su misión, como Jesús va a explicar enseñuida.

Pero ya entonces se adivina que esa iglesia no es un grupo «salvaje», sino una institución. Tiene que reunirse con Jesús en el monte. Ese monte, en Mateo, es mucho más teológico que geográfico: es el monte de la transfiguración en donde Moisés y Elías vienen a conversar con Jesús; la montaña del sermón en donde Jesús da su ley nueva, explicitando la ley de Moisés en el sentido de una exigencia interior más intensa; es finalmente el monte del Sinaí en donde Moisés transmitió antiguamente al pueblo de los convocados la ley de Dios. Aquí, lo mismo que a través de todo el evangelio, Jesús se presenta como el nuevo Moisés, que da su ley al nuevo pueblo de Dios.

Pero Jesús es más que Moisés; los discípulos «se postran» ante él. Se trata del verbo que todavía designa en la iglesia griega la adoración. Pero esta iglesia que adora a su señor en el culto sigue siendo sin embargo una iglesia de pecadores: «Algunos dudaron». Ya en el mismo

instante en que le confesaba como mesías Hijo de Dios, Pedro le estaba tentando (Mt 16, 23).²

Jesús se revela. «Jesús se acercó a ellos y les habló así: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra». Jesús se revela, por tanto, como el HIJO DEL HOMBRE vislumbrado por Daniel (Dan 7, 14), ese personaje misterioso, símbolo celestial del pueblo perseguido, que recibe sobre las nubes el poder reservado a Dios, el del juicio. En el momento supremo de su vida, cuando finalmente, porque sabe que está ya condenado, Jesús acepta ante el sanedrín decir quién es, declara: «A partir de ahora, veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del poder y venir sobre las nubes del cielo» (Mt 26, 64). Jesús se presenta ahora como el señor glorificado establecido desde estos momentos como juez soberano sobre el mundo entero. Por eso precisamente puede «venir a ellos», recogiendo de este modo un título del Dios del final de los tiempos: «El que viene».

Jesús envía a misionar. «Id, pues...». Por ser el señor, Jesús puede enviar a su iglesia a misionar. Pero ¿cuál es esa iglesia? ¿Es ese pequeño grupo de discípulos de la mañana de pascua? ¿No es más bien una comunidad cristiana, allá por los años 80-90, en un rincón de Galilea, que celebra a su señor en el culto y descubre en él su misión? Efectivamente, esa iglesia está ya muy estructurada, con una organización sacramental (una iglesia que «bautiza») y una teología muy elaborada (el dogma de la Trinidad está expresado en una fórmula lapidaria que recuerda nuestro «Gloria al Padre...»). Una fórmula semejante, en la que las tres personas están tan

Cabe preguntar si el inciso «algunos sin embargo dudaron», que rompe curiosamente la frase, no será quizás una adición. Mateo nos presenta la escena como una «epifanía», como una «manifestación» del Señor exaltado, mientras que Lucas y Juan hacen de ella un relato de «aparición», donde el reconocimiento de Cristo era el contrapunto esencial de la duda. Cf. Cristo ha resucitado, 53-55.

claramente puestas en el mismo plano, es única en el Nuevo Testamento, y se ha necesitado una larga investigación en la iglesia para poderla expresar; se sabe que al principio solamente se bautizaba «en el nombre de Jesús» y las cartas de Pablo nos hacen percibir los lentos titubeos de la fe en la Trinidad. La comunidad que aquí celebra el bautismo sabe que necesitamos entrar en una relación íntima con ese Dios que es Tres.

Esta iglesia tiene una preocupación doctrinal: los once tienen que «enseñar», «hacer discípulos», «enseñar a guardar lo que Cristo ha mandado». Más que los otros evangelistas, Mateo está preocupado por una «pastoral de la inteligencia»: es preciso «comprender» lo que se cree, hay que ser inteligente en la fe. Y si no se acepta toda esa fe y la práctica moral que se desprende de ella, se manifiesta así que uno está «excomulgado», que no está ya en la comunión de la iglesia (Mt 18, 15-18).

Finalmente, esta misión es universal: «Haced discípulos a todas las gentes». Resulta maravilloso escuchar así, en labios del resucitado, la mañana de pascua, lo que los discípulos tardarán varios años en descubrir. Leamos los Hechos de los apóstoles: durante varios años, Pedro y los demás se saben enviados a misionar, pero simplemente según las orientaciones de Jesús antes de pascua: «No toméis el camino de los gentiles..., dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 10, 5-6). Será necesaria toda la fuerza del espíritu para forzar primero a los helenistas (Hech 6 s.) y luego a Pedro (Hech 10-11) a bautizar a los paganos, y el dinamismo de la iglesia de Antioquía (Hech 11, 19s) para predicar directamente a los no judíos. Esta universalidad de la misión no se verá con claridad más que después de la asamblea de Jerusalén hacia el año 50 (Hech 15). Por tanto, puede uno preguntarse si estas palabras del resucitado no serán más bien las «actas del con-

«cilio» puestas en sus labios. Al obrar así, la iglesia no es infiel a su fundador, no hace más que explicitar lo que no había podido decirles la mañana de pascua.

¡Misión inmensa para una pobre comunidad! ¿Cuál es entonces su seguridad?

Jesús promete. Su seguridad se basa únicamente en la promesa de Jesús: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Ese «Yo estoy» es muy fuerte; se barrunta en él, lo mismo que en Juan, al «Yavé» del Antiguo Testamento». Y así se explica la anomalía del comienzo del evangelio: cuando la anunciación a José, el ángel le declaró: «La virgen dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Emmanuel, que traducido significa: Dios-con-nosotros»... y José le dio el nombre de... Jesús. Ahora el resucitado se nombra «Yo estoy-con-vosotros», ahora es realmente Emmanuel, «Dios-con-nosotros». Por tanto, esta iglesia no tiene nada que temer;

aquí reside su seguridad última durante todo el tiempo de su misión, el tiempo de la iglesia, delimitado por las dos promesas de su Señor: «**A partir de ahora** veréis al hijo del hombre...» (26, 64), «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».

*

En estos pocos versículos Mateo nos resume lo esencial de su evangelio.

Nos damos cuenta perfectamente de que este mensaje ha sido largamente meditado y ha sido puesto en forma en una comunidad concreta —con la que tendremos que establecer unas relaciones de conocimiento más íntimas—, pero también que ha habido un teólogo, a quien llamamos «Mateo», que ha recogido ese mensaje y lo ha sabido sintetizar. A través de la obra común de esa comunidad y de ese teólogo se nos presenta cierto «rostro» de Jesús el señor.

1. LA COMUNIDAD DE MATEO

Cuando leemos el evangelio de Mateo, encontramos a Jesús en su marco palestino. Pero ¿pertenece realmente a una época ese Cristo que vive en una comunidad? Lo vemos en una iglesia cristiana, predicando, actuando, instruyendo, curando, presente en todas partes y atento a cumplir con la misión que le ha confiado su Padre. Jesús actuando, de una forma extrañamente moderna y atractiva, tanto en sus discursos como en sus hechos.

No cabe duda; este evangelio ha sido escrito en una comunidad y para una comunidad. ¿De qué origen? ¿De qué época? Hay algunos indicios, sacados en su mayor parte del mismo evangelio, que nos permiten hacernos una idea. Y esta comunidad nos parece extrañamente cercana a nuestra iglesia después del Vaticano II, con su aparato institucional, su liturgia, sus dos

milenios de tradición, a esa iglesia que desea reformarse volviendo a centrar su fe en su señor resucitado, para ser cada vez mejor una «iglesia para el mundo».

1. Una iglesia cristiana de origen judío

Se trata de una comunidad con un comportamiento marcado por las tradiciones judías, especialmente por las tradiciones litúrgicas. El autor del evangelio, por otra parte, es también probablemente judío de nacimiento, de educación, de cultura. Se distingue cuando llega la hora de colocar en un marco judío los relatos, materiales y documentos que ha podido recoger sobre la vida de Jesús, ya elaborados y comentados en el seno de las iglesias cristianas.

Esta comunidad es una iglesia cristiana, «edificada por Jesucristo, el Hijo de Dios vivo» (cf. 16, 18). Sus miembros son «discípulos», que han acudido a «la escuela del maestro (11, 29; 23, 8). Se reúnen para recibir de sus «profesores» (5, 19) las enseñanzas en «discursos», aunque lo que allí buscan sobre todo es la «inteligencia» de la palabra (13, 23).

Esta enseñanza es moral y práctica. Para el autor del evangelio, israelita de origen, la ley sigue estando viva (5, 18), pero la mira con unos ojos nuevos. Es ciertamente el viejo código promulgado antiguamente por Moisés, pero llevado por Cristo a su plenitud (5, 17), reducido a sus principios vitales, descongestionado de su casuística. Jesús se presenta entonces como el intérprete autorizado de la ley, solícito —como subraya continuamente el autor— por basar su argumentación en la escritura sin traspasar los derechos que podían reconocerle los judíos.

La ley, así entendida y practicada, son las «palabras» de Cristo que siguen dirigiéndose a ellos, los creyentes (7, 24-26). Solamente esas palabras serán capaces de producir la verdadera «justicia» (5, 20), de guiarlos en la conducta moral y en el camino de la «perfección» (5, 48; 19, 21).

Al acudir a la escuela de Cristo, se muestran fieles a las tradiciones antiguas sobre la oración, pero renovándolas: rezar sin ostentación ni palabrería (6, 5-7) —el «Padrenuestro es un modelo de discreción—, oración pura, acompañada de un perdón real de las ofensas (6, 14-15). En la prueba y en la tentación, se unen íntimamente a la oración de Cristo (26, 40-41); tienen fe en el Cristo presente en medio de sus asambleas (18, 20), de la misma manera que sus padres creían en la **Shekinah**, o santa presencia de Dios que bajaba sobre el pueblo en oración.

Es en la fe como celebran también la eucaristía (26, 19). Pero ¿qué es lo que significa el culto ante todo? Subordinado siempre a la cari-

dad, se expresa en el perdón y en la misericordia: «Vete primero a reconciliarte con tu hermano» (5, 23-24; 9, 13).

El sábado sigue estando en vigor, aunque la verdad es que lo ponen en cuestión. En efecto, ¿qué significa ahora el sábado, cuando el templo está derruido, y la eucaristía dominical —la comida del Señor resucitado— reúne realmente a la comunidad? Si no les cabe todavía en la cabeza que pueden modificar su observancia, al menos quieren darle su plenitud: el ejercicio de la caridad, autorizado por la propia escritura (12, 1-8).

Las «buenas obras», tradicionales en tiempos del judaísmo, el ayuno (4, 2) y la limosna, están normalmente en uso dentro de la comunidad, pero «en secreto» (6, 2-4; 6, 16-18), lo mismo que la oración (6, 6).

En cuanto a lo que llamamos «los sacramentos», también están ya organizados. Existe el bautismo (28, 19), en referencia con el de Jesús (3, 13-17), mejor comprendido a la luz de su muerte y de su resurrección. Está establecida la práctica del perdón de los pecados (18, 18), ya que hay unos hombres que participan en la tierra de la autoridad del hijo del hombre (9, 6-8).

Robustecida con la presencia de Cristo «todos los días hasta el fin del mundo», se va afirmando esta comunidad que vio nacer el evangelio de Mateo por los años 80-90.

Expresión de la fe viva de una comunidad, ¿no estará igualmente escrito este evangelio de cara a unas circunstancias y ante unas realidades nuevas?

Los cristianos de Jerusalén habían abandonado la ciudad, ya antes del año 70. Algunos se habían establecido en Pella, al otro lado del Jordán; otras comunidades cristianas se dispersaron por Siria (4, 24) e incluso se habían juntado con la iglesia de Antioquía. De hecho, las comunidades helenistas parece ser que acogieron

en Siria —no sin algún esfuerzo— a grupos de origen judeo-cristiano.

A las dificultades de asimilación y a las dimensiones internas que todo aquello provocaría, hay que añadir algunas otras pruebas que han dejado su huella en nuestro evangelio. Las comunidades, heterogéneas ya por su origen, se van mezclando cada vez más; conviven cristianos buenos y malos (13, 36-43.47-50). Se abre paso una nueva tentación: Jesús está ya lejos en el pasado; hace más de cincuenta años que fue promulgada su ley; ¿es todavía válida y practicable? De hecho, han desaparecido los primeros testigos y discípulos; se ha debilitado el primer soplo de la iglesia. Se ha rebajado el ideal de perfección (5, 48; 19, 21); se busca simultáneamente a Dios y al dinero (6, 24); se adormecen en lo milagroso (7, 21-23); sobre todo, la caridad se ha enfriado (24, 12).

En una iglesia en donde todos son hermanos (23, 8), resulta que «sus propios familiares serán los enemigos de cada cual» (10, 36). ¿Acaso la verdadera cuestión será la de saber quién es más grande? (20, 22). Ahora se necesita estimular más el espíritu de servicio (20, 26-28), la caridad para con los pequeños y los débiles, para con los pecadores (18, 6.10-14), el arreglo de las diferencias y la corrección fraterna (18, 15-18). Incluso va siendo necesario denunciar la hipocresía (7, 5), así como la «iniquidad», que es desobediencia a la «voluntad del Padre que está en los cielos» (7, 21-23) y que puede llevar hasta la perdición (7, 13.23; 22, 14). En una palabra, hay que reconocer que es «estrecha la entrada y angosto el camino» (7, 14).

«¡Hombres de poca fe!»: tal es el reproche más frecuente (6, 30; 8, 26; 14, 31; 16, 8; 17, 20) que se dirige a esos cristianos zarandeados por la tempestad (8, 23-27) y dispuestos a seguir a los falsos profetas (24, 11).

«¡Sígueme!» (8, 22; 9, 9); «le siguieron» (4, 20-22; 8, 23). Tal es el único remedio que opone

Jesús a la falta de fe de sus discípulos: «Te pide esa decisión. Solamente los que consienten en seguirle percibirán sus gestos y sus signos de poder.

Es verdad que la salvación es siempre actual y que el salvador glorificado está ya presente (1, 23; 28, 20); pero el maestro que ha prometido volver «tarda en venir» (24, 48-49; 25, 5.19). Ese retraso es motivo de cansancio para muchos. No hay que hacerse ilusiones: la fecha es desconocida (24, 36) y habrá que velar, sin cansarse de la larga espera (24, 42; 25, 13; 26, 38). Por eso es urgente reforzar ahora en la iglesia las condiciones que le permitan recorrer su tiempo «hasta que él venga», aunque no se trata de darle tanto una jerarquía y unas estructuras como una regla de vida por los siglos.

2. Una iglesia que se opone al judaísmo oficial

Una regla de vida, para esos cristianos que no se han visto tocados por la enseñanza de san Pablo, es necesariamente una ley, tan obligatoria y tan practicable como la ley de Moisés para el judaísmo: ¿no es acaso la ley la expresión verdadera y universal de la voluntad de Dios? Esa parece ser precisamente la convicción del redactor de este evangelio.

Por muy renovada que esté, esta ley se presenta como una prolongación de la primera. ¿No era acaso Jesús un rabino especialmente distinguido? ¿No se expresó según las sentencias tradicionales, con un gran deseo de pureza y de autenticidad? Por tanto, su enseñanza tiene que desembocar en una legislación precisa y que ofrezca una verdadera seguridad. Esa es precisamente, para estos adeptos de una ley nueva, la tentación contra la que reacciona vigorosamente nuestro evangelio: la voluntad de Dios es libre y sin límites: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (5, 48) — «Hay que perdonar hasta setenta veces siete» (18, 22).

Esta reacción contra el legalismo ¿significará entonces una ruptura con las comunidades judías de la época? ¿Qué figura presenta por este tiempo el judaísmo tardío y perseguido, despojado de su ciudad y de su templo?

Poco antes de la caída de Jerusalén, algunos fariseos lograron huir de la ciudad y fundaron una escuela en Yamnia (Yabné), en la costa mediterránea, al sur de Jaffa. Esta escuela se convirtió, después del año 70, en el refugio de los fariseos que se libraron de la matanza; fue allí donde cobró nueva vida el judaísmo palestino.³

Había que cerrar filas. Ante todo, había que arreglar las diferencias entre las escuelas rivales, fijar un calendario común para las fiestas y promover una liturgia sinagoga, definir el «ca-

³ Cf. W. D. DAVIES, El sermón de la montaña. Madrid 1975, sobre todo 105-112.

non judío de las escrituras». La necesidad de una disciplina obligó a dar mayor importancia al rabinato (se institucionalizó el título de «rabbi») y se empezó a fijar por escrito la tradición de la ley judía. La unidad de este judaísmo renaciente se fue reforzando, estimulada por las presiones de fuera: el paganismo, el gnosticismo y sobre todo el joven cristianismo. De esta forma, en aquel judaísmo tan diverso del de los tiempos de Jesús, subsistieron, entre los movimientos bautistas y algunos otros marginales, dos «sectas» antagónicas: el fariseísmo y el cristianismo. Sus posiciones se fueron endureciendo con la controversia. El judaísmo adoptó medidas de autodefensa: por ejemplo, la repulsa de los Setenta o de la traducción griega de las escrituras y la introducción de oraciones y de ritos impracticables para los cristianos, como la **Birkat-ham-minim**.

La «Birkat-Ham-minim»

Las «Shemoné 'Esré» eran las dieciocho bendiciones que comprendían las oraciones de la mañana que rezaban los judíos en tiempos de Cristo. Por el año 80 se les añadió, por iniciativa de Gamaliel II, una nueva bendición, llamada «Birkat-Ham-minim», cuyo texto es el siguiente: «Que los calumniadores no tengan esperanza, que los malévolos sean aniquilados, que tus enemigos sean destruidos. Que la fuerza del orgullo quede pronto y en nuestros días abatida, rota y humillada. Alabanza a tí, eterno, que destrozas a tus enemigos y derribas a los orgullosos». Esta bendición contra los «minim», esto es, los herejes, iba dirigida contra los judíos que se habían pasado al cristianismo.

Para explicar esto hay que saber que, en las sinagogas, se había ido desarrollando progresivamente la función del «targumista», que consistía en traducir al arameo la lectura que se había hecho de las escrituras en hebreo. El targumista realizaba esta función sin la ayuda de un texto escrito. Es fácil comprender que esta institución, que hacía posible una interpretación de las palabras sagradas por cualquier judío adulto, permitía a los que así lo

deseasen hacer colar sus propias ideas y sus interpretaciones personales, teniendo además en cuenta que esta lectura iba seguida a veces por una homilía. En el evangelio vemos a Jesús actuando de este modo (Mt 13, 54 s; Mc 6, 1-6; Lc 4, 16 s; Lc 13, 10). Los primeros cristianos, sobre todo san Pablo, intervinieron también en las sinagogas (Hech 9, 20; 13, 5.14.44; 14, 1; 17, 1 s.10 s; 18, 4.19 b; 19, 8 s...). Esto demuestra que los primeros cristianos seguían yendo a la sinagoga a fin de propagar el cristianismo entre los judíos: intentaban convencer a sus oyentes de que Jesús era el mesías anunciado por las escrituras que acababan de leer.

El fin de la «Birkat-Ham-minim» fue impedir a los cristianos participar en el culto sinagoga y sobre todo que actuaran de targumistas. Entonces los cristianos dejaron de acudir a las asambleas culturales judías en las que Mateo llama «sus sinagogas» (4, 24; 9, 35; 10, 17; 12, 9; 13, 54; 23, 24), las de los judíos incrédulos y perseguidores. Sin embargo, parece que ni siquiera entonces se consumó por completo la ruptura, sino que se mantuvieron ciertos vínculos entre la Iglesia de Mateo y el judaísmo, que Mateo no deseaba romper (Mt 5, 17; 23, 2-3). Esto ayudaría a fijar la composición del primer evangelio por los alrededores del año 85.

Por su parte, los cristianos no ignoraban ese sectarismo que había nacido en Yamnia; su postura ante él se manifiesta a lo largo de todo el evangelio. El fariseísmo se ve sistemáticamente acusado de perversión, de tiranía, de ambición y de intemperancia. Más todavía, a través de los fariseos de Yamnia, se acusa a todos los «doctores» del tiempo de Jesús, a pesar de que fueron ellos, antes que todos los creyentes, quienes anunciaron los dos acontecimientos más importantes de la vida de Jesús: su nacimiento al rey Herodes (2, 5) y su resurrección a Pilato (27, 63). Por eso precisamente son «inexcusables»: porque sabían. A través de los jefes, la acusación llega a todo el pueblo: «Se os quitará el reino de Dios» (21, 43); «los hijos del reino serán echados fuera, a las tinieblas» (8, 12); ese pueblo ha aceptado dejarse conducir por sus jefes, hasta cargar voluntariamente con la responsabilidad de la muerte de Jesús: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (27, 23-25).

La destrucción de Jerusalén fue el primer acto de castigo. «En ruinas parará esta casa» (Jer 22, 5), abandonada por la **Shekinah**. El segundo acto se sitúa en la parusía, el día del juicio (23, 38-39), cuando Sodoma y Gomorra tendrán una suerte mejor que los judíos incrédulos (10, 15; 11, 22-24).

¿Es totalmente negativa la actitud del evangelio contra el judaísmo de Yamnia? La finalidad del autor no es primordialmente polémica; «lo que intenta es instruir a la comunidad cristiana, guiarla en su vida interna, indicándole sus propias obligaciones». Moteja vigorosamente a los malos cristianos con el mismo título que a los judíos (7, 5; 24, 51) y les amenaza con las mismas condenaciones (7, 19.21-23; 18, 23-35; 25, 14-30).

A través de los reproches, no se descubre ni espíritu de venganza ni incitación a la violencia. El evangelio predica amor a los enemigos, y és-

tos son también los judíos (5, 44-47; 5, 12 = 23, 34-35).

Más aún, el mantenimiento en el evangelio de la sentencia antigua: «Haced, pues, y observad todo lo que os digan» (23, 3), demuestra que el autor del evangelio se preocupa de tratar con miramientos al judaísmo. Todavía existen ciertos vínculos entre ambos grupos; la ruptura no se ha consumado por completo. El evangelio no está cerrado a los judíos; sin proselitismos, mantiene sin embargo abierta una perspectiva...: «hallaréis descanso para vuestras almas» (11, 28-30).

3. Una iglesia que se abre a los paganos

Esta comunidad se ha presentado hasta ahora como preocupada de sí misma, de su organización jerárquica y sacramental, de su vigor moral, de su supervivencia frente a las fuerzas adversas.

No hay que aguardar a las últimas palabras de Cristo resucitado para oír hablar de los paganos (28, 19). Toda la comunidad se preocupa de ellos y los acoge entre sus miembros, como atestigua el evangelio: los primeros que adoraron a Jesús fueron los magos (2, 1-12). Son invitados «todos los que encontréis» (22, 9), «todas las naciones en el universo entero» (24, 14; 26, 13). De hecho, muchos «surgirán de oriente y de occidente» (8, 11) para ocupar el lugar de los hijos del reino. Son «turbas numerosas» (mencionadas 40 veces en Mateo) las que siguen a Jesús, anunciando la entrada masiva de los paganos en la iglesia (4, 25), o, por el contrario, individuos como el centurión y la cananea que confiesan su fe (8, 5-13; 15, 21-28), o bien el centurión y los que con él miran a Jesús al pie de la cruz (27, 54).

Todos ellos ven en Jesús, como el evangelio de Mateo es el único en afirmar (según Is 42, 1-4), al «siervo para todas las naciones» (12, 18-21).

Es posible que las comunidades de Mateo ha-

yan sentido la tentación de presentarse como «la luz del mundo» (5, 13-16) frente a la comunidad judía que se daba este mismo apelativo. Por eso mismo, les tocaba a ellas más que a las demás convencerse de la autoridad de Jesús, rey y juez universal (25, 31s) y recordar su último mandato: «Id y haced discípulos a todas las gentes» (28, 19). La comunidad estaba dispuesta para esta misión; Cristo había constituido a sus discípulos como «apóstoles», esto es, como «enviados» (10, 2-5) a «las ovejas perdidas de la casa de Israel» (10, 6; 15, 24); pero aquella era la primera etapa de una misión universal «a todas las naciones» (24, 9.14; 25, 32; 28, 19), con la asistencia de Cristo (1, 23; 28, 20), «todos los días hasta el fin del mundo» (28, 20).

*

¿Para quién se escribió el evangelio de Mateo?

Sin duda alguna, en primer lugar para las comunidades cristianas de Siria y de Palestina del norte, de las que formaba parte el propio autor.

2. EL TEOLOGO «MATEO», REDACTOR DEL EVANGELIO

El autor de este evangelio, al que llamamos Mateo, es un escritor con procedimientos estilísticos muy diferentes de los que utilizan los otros evangelistas. Es un teólogo que sintetiza el mensaje vivido en su comunidad y que lo proclama a esa comunidad. Pongamos de relieve algunas de estas características.

1. El estilo de Mateo

Como todos los autores, Mateo utiliza un estilo y unos procedimientos de composición que lo identifican; estilo y procedimientos semitas, recogidos de una tradición preexistente y reinterpretados en una redacción nueva.

Ese trasfondo semítico está muy marcado, no tanto en el vocabulario como en las expresiones

En su última redacción —la única que conocemos— agrupa, coordina y sintetiza los relatos de la vida de Jesús que se han ido repitiendo y transmitiendo las comunidades. Estos relatos, fundados a su vez sólidamente en el testimonio de los apóstoles y de los discípulos, se inscriben en el marco del judaísmo del siglo I y están alimentados por el Antiguo Testamento, releído y reinterpretado por las comunidades a la luz de la resurrección de Cristo.

De esta forma, este evangelio es un texto vivo, la expresión de una larga tradición que se remonta a los acontecimientos de la misma vida de Jesús y que se va desarrollando hasta la vida de las comunidades de finales del siglo I. Más allá del texto fijado definitivamente, que la iglesia da a comprender en su totalidad, el evangelio sigue vivo, ya que está destinado a unos lectores, esto es, a unos hombres que de generación en generación hasta nosotros han leído y releído este texto partiendo de su propia vida, en el seno de la misma tradición eclesial.

—por ejemplo: «reino de los cielos», «mi Padre que está en los cielos», «cumplir la ley», «la ley y los profetas», etcétera— típicamente palestinas, y en los procedimientos literarios: **fenómenos de repetición**, resúmenes, refranes, dobles y sobre todo **inclusiones**, que consisten en repetir, al final de un desarrollo, una palabra o una fórmula típica que había servido para introducirlo. Así, por ejemplo: «Porque de ellos es el reino de los cielos» (5, 3 y 10), «lo que es lícito (o no es lícito) hacer en sábado» (12, 2 y 12); «generación malvada» (12, 39 y 45), etcétera... Este procedimiento se explica muy bien en el marco de una tradición oral y se ve frecuentemente reforzado por el empleo de la **palabra-ágrafe** (o palabra-gancho) que relaciona entre sí

¿Quién es Mateo?

Lo mencionan todas las listas de apóstoles (Mt 10, 3; Mc 3, 18; Lc 6, 15; Hech 1, 13) y el evangelio de Mateo lo califica de «publicano», refiriéndose al episodio de la vocación del cobrador de contribuciones en Cafarnaún (Mt 9, 9 y par.). (Sin embargo, Marcos aplica este relato a Santiago, hijo de Alfeo, y Lucas a un tal Leví, desconocido por otra parte). No se habla más de Mateo en el Nuevo Testamento.

Peró hacia el 110 o el 120, Papias, obispo de Hierápolis en Asia Menor, dirá de él que «puso en orden las sentencias (logia) en dialecto hebreo, y cada uno las interpretó como podía». La tradición antigua recogió este testimonio, citado por Eusebio en su Historia eclesiástica (III, 39, 6).

Al atribuir al apóstol Mateo la reunión de los «logia», Papias parece aludir al evangelio entero. ¿Se trata luego de «traducciones» orales o más bien escritas? El no dice que nuestro evangelio griego de Mateo, que conocía, fuese una de esas traducciones, ni da ningún juicio de su fidelidad respecto al arameo. De hecho, el examen interno del texto de que disponemos contradice a la hipótesis de una traducción; ha sido compuesto en griego. El redactor de nuestro evangelio ha asumido su propia responsabilidad de autor.

Sin embargo, la inscripción «según Mateo» que figura a la cabeza de nuestro texto griego del evangelio, atestiguada ya en la primera mitad del siglo segundo, puede haber sido admitida en tiempos de Papias. Por tanto, se puede mantener que entre el apóstol Mateo y el evangelio se reconocía ya en la más alta antigüedad cierto vínculo de parentesco.

ciertas sentencias o desarrollos de origen diverso: por ejemplo, luz-lámpara (5, 14.15), tesoro (6, 19.21), preocuparse (6, 25.34).

Las **agrupaciones numéricas** (2 - 3 - 7) son muy frecuentes. Su función puede ser mnemotécnica; tienen sobre todo un valor simbólico muy apreciado entre los judíos.

2. La utilización del Antiguo Testamento

El rasgo más característico del primer evangelio es su utilización tan amplia del Antiguo Testamento. En 130 pasajes por lo menos, el autor se refiere directamente a la escritura, de los que 43 son citas concretas. Utiliza de ordinario el texto griego de la escritura, que está en la base de su exposición; cuando traduce directamente un texto hebreo, lo hace generalmente en un pasaje que le es propio; no depende entonces ni del evangelio de Marcos ni de ninguna otra fuente conocida.

Cita la escritura según la forma judía, respetando a veces hasta la letra de los textos. Las escrituras se consideran como si tuvieran un origen divino inmediato. Su culto, su lectura asidua, su profunda asimilación, impregnan por completo la vida de las comunidades judías; Jesús y sus discípulos, lo mismo que las primeras comuni-

dades cristianas, tuvieron esas mismas perspectivas. El autor del evangelio lo sabe muy bien y con razón pide para sí mismo, como para Jesús, la sumisión a su autoridad de intérprete de las escrituras, a su función de predicador: «A fin de que se cumpla lo que fue dicho por el señor a través del profeta que dijo...»; esta fórmula se repite hasta once veces a través del evangelio y en cinco ocasiones en los relatos de la infancia solamente. Los textos citados no pretenden, en primer lugar, probar o explicar los hechos narrados, sino conferirles su carácter sagrado y divino: los designios de Dios se cumplen en la persona y en los hechos de Jesús. Así, en continuidad con el propio Jesús, el evangelista inserta el mensaje de la buena nueva en la historia de la salvación; la autoridad divina de Jesús le permite liberarse de la letra de la ley y de los profetas, superándola y alcanzando el carácter universal y profundo del cumplimiento mesiánico.

La hechura semítica de este evangelio ha impresionado siempre a sus lectores, hasta el punto de que su atribución a un apóstol no constituyó ninguna dificultad en los tiempos antiguos. Este semitismo se debe ciertamente a las fuentes mismas del evangelio de las que el autor es un testigo fiel, respetando las propiedades del

lenguaje y las formas primeras que encontró en él. Y al ser él mismo semita, las asimiló de buena gana.

3. La geografía de Mateo

La geografía de los evangelios es también teológica, ya que quiere decirnos algo de Jesús. La de Mateo es parecida a la de Marcos y sin embargo su sentido es bastante diferente.⁴

La tierra de Jesús es la Galilea, esto es, una región de Palestina, pero que tenía también un valor simbólico: se hablaba con frecuencia de la «Galilea de los paganos» (o de las naciones), con cierto matiz peyorativo: tierra de paso, esta región había sufrido muchas influencias y la fe no era allí muy pura a los ojos de los fariseos. Pero era también símbolo de esperanza: el profeta Isaías había anunciado que al final de los tiempos Dios se manifestaría allí a los paganos (Is 8, 23).

Durante su vida terrena, Jesús vivió sobre todo en Galilea. Volvió allí tras su huida a Egipto, como en un nuevo éxodo. Y esa Galilea tiene unas fronteras que Jesús sólo franqueó en muy pocas ocasiones para ir a los paganos; durante su ministerio, Jesús no predica más que a los judíos, y es allí, entre los galileos, donde imparte sus principales enseñanzas. En dos ocasiones, Jesús dejó Galilea: la primera vez, para ir a recibir el bautismo de Juan; la segunda, para su última ida a Jerusalén, lugar de su pasión y de su muerte.

Pero Jesús volverá allá. Mateo es el único que sitúa la manifestación del resucitado en Galilea. Este regreso es simétrico al primero, durante su infancia. «Son retornos simétricos y se corresponden entre sí, pero no se repiten. Se ha realizado una verdadera metamorfosis en el intervalo que los separa». Porque «Jesús es más que Moisés. Este murió en el desierto, sin haber po-

⁴ Cf. J. DELORME, *Lecture de l'évangile selon saint Marc: Cahier Evangile n.º 1/2, 13-15.*

«Según las Escrituras...»

«Apelando a las escrituras es como los apóstoles hicieron creíble su evangelio. Al dirigirse a sus correligionarios, evocan los designios de Dios sobre la humanidad y demuestran que los acontecimientos nuevos se insertan en la tradición más auténtica de los padres: ¿acaso no fueron profetizados por Dios en las escrituras? Los apóstoles intentan de este modo facilitar su adhesión a Jesús, anunciando que fue precisamente él a quien anunciaron todos los profetas.

Los acontecimientos que iluminan la escritura, señalando su culminación, quedan a su vez iluminados y justificados de alguna manera por las profecías. Tal es el sentido de aquel «según las escrituras» que iba poniendo ritmo al credo recordado por san Pablo a los corintios (1 Cor 15, 3-4).

Los apóstoles no prueban, en el sentido moderno de la palabra, esos acontecimientos que atestiguan, sino que los sitúan en la economía divina de la historia de la salvación, demostrando el significado que le dan al pasado y a la revelación entera. De esta forma, los apóstoles, y más tarde los evangelistas siguiendo sus huellas, interpretando el hecho de pascua a la luz de los eternos designios de Dios, arrancan la historia de Jesús de la vulgaridad de la historia e invitan a los oyentes y lectores del evangelio a adorar al señor».

X. LEON-DUFOUR,
L'évangile et les évangiles.
Beauchesne, París 1954, 22, 23 y 25

dido conocer la tierra prometida, sin conducir allá a su pueblo. Pero Jesús atraviesa el desierto de la muerte; una vez acabado su «éxodo», y terminada su «cautividad», vuelve a Galilea, que se convierte entonces en la tierra del resucitado,⁵ la tierra de la abertura al mundo. Se esperaba que al final de los tiempos Dios se manifestaría en esta Galilea de los paganos. Por tanto, es allí donde el señor se manifiesta a sus discípulos para enviarlos al mundo entero.

⁵ A. PAUL, *La Galilée des Nations: Aujourd'hui la Bible n.º 120, 7.*

Para continuar el estudio

- J. RADERMAKERS, **Au fil de l'évangile selon saint Matthieu, I. Texte; II. Lecture continue.** Institut d'Études Théologiques, Louvain, 1972, 96 y 400 p. (La mejor presentación actual en francés. Capta bien las ideas fundamentales).
- P. BONARD, **L'évangile selon saint Matthieu**, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel 1963, 424 p. (Comenta bien cada texto, sin hacer síntesis).
- X. LEON-DUFOUR, **L'évangile selon saint Matthieu.** PROFAC, Lyon 1972, 160 p. (Lecturas excelentes de textos de Mateo; no recoge los textos comentados en sus **Estudios de evangelio**. Estela, Barcelona 1969. Tampoco presenta los relatos de la pasión-resurrección).
- B. RIGAUX, **Témoignage de l'évangile de Matthieu.** Desclée de Brouwer, Paris 1967, 309 p.

G. BECQUET, **Lectures d'évangile, année B.** Seuil, Paris 1974.

W. D. DAVIES, **El sermón de la montaña.** Cristiandad, Madrid 1975. (Sitúa magníficamente y con sencillez el ambiente de vida y el contexto general del sermón, y más ampliamente los del primer evangelio).

I. GOMA CIVIT, **El evangelio según san Mateo (1-13).** Marova, Madrid 1966, 774 p.

J. SCHMID, **El evangelio según san Mateo.** Herder, Barcelona 1967, 570 p.

Finalmente, hay que citar la colección *Assemblées du Seigneur*, Cerf (cada volumen, de 80 p., presenta los textos bíblicos; es el mejor conjunto de comentarios en francés, aunque limitado a la selección litúrgica. La citamos en abreviatura «AsSgn»; antes de la reforma litúrgica había aparecido una primera serie, que citamos «1.ª serie»).

3. EL «JESUS» DE LA COMUNIDAD DE MATEO

Puede parecer extraño este título: el «Jesús» de Mateo o de su comunidad ¿no es acaso el mismo que el de Marcos, el de Lucas o el de Juan? Pero es bien sabido que cada persona humana es un misterio y que cada uno de nosotros descubrimos en ella algún que otro aspecto, aquel o aquellos con los que sin duda estamos más de acuerdo. Ante este misterio que es la persona de Jesús, ¿cómo va a suceder de otro modo? Es esa riqueza de nuestros evangelios la que nos revela de esta forma unos «rostros» de Jesús un poco diferentes y complementarios.

No se trata de trazar aquí un «retrato» completo del Jesús de Mateo, sino solamente de descubrir algunos títulos a los que podemos atender especialmente en el curso de la lectura.

Nuevo Moisés

La comunidad de Mateo parece haber reconocido intuitivamente en Jesús a un nuevo Moisés, ya que era esto lo que correspondía a lo

que estaba viviendo por entonces, mientras que, por ejemplo, las comunidades de Lucas, que vivían de otra forma, verán sobre todo en él al nuevo Elías.⁶ Compuesta en su mayoría de judíos hechos cristianos,⁷ esta comunidad nace con mil quinientos años de tradición a sus espaldas, la del pueblo de Dios del que se siente legítima heredera. Es una comunidad bien estructurada en torno a los doce, con ciertas reglas para su vida de grupo, una doctrina, una oración común...

⁶ Para una comparación de estos dos rostros de Jesús en Mateo y en Lucas, cf. E. CHARPENTIER, *Approches différentes de Jésus Christ: Unité des Chrétiens 15* (julio 1974) 11-19.

Una comunidad, debido precisamente a su forma de vivir, tiende a dar la preferencia a un «rostro» de Jesús. Es ésta una cuestión que nos podemos plantear: «¿Cuál es el rostro de Jesús que transparenta nuestra comunidad, por su misma vida? ¿Cuál es el rostro que manifiesta al mundo?»

⁷ Un tipo parecido de comunidad es el que nos describe Lucas en los cinco primeros capítulos de los Hechos.

Por eso ve en Jesús al nuevo Moisés que da a este nuevo pueblo la ley nueva, ante todo en el sermón de la montaña (5-7), pero además a través de esos cinco grandes discursos que van jalonando el evangelio de Mateo y le dan una fisonomía propia (cinco discursos, lo mismo que había un «pentateuco», los cinco libros de la ley de Moisés). Jesús aparece como el «maestro de justicia» que enseña la forma de vivir en el reino de Dios.

Pero, para recoger una frase de la carta a los hebreos (3, 5), Moisés era «servidor» en la casa de Dios, mientras que Jesús es «Hijo».

El Hijo de Dios

Marcos utiliza raras veces este título; todo su evangelio nos va preparando para proclamarlo, junto con el centurión, al pie de la cruz; pero quiere que vayamos haciendo progresivamente este descubrimiento en la fe.⁸ Mateo, por el contrario, se sitúa deliberadamente en una comunidad cristiana en donde esta palabra tiene el sentido fuerte que siempre ha tenido para nosotros (y no un simple equivalente de «mesías hijo de David», como en tiempos de Cristo). Intenta hacernos presentir en este hombre, tan semejante a los demás, el misterio que lleva consigo: cuando nos sintamos desamparados, tenemos que lanzar este grito como los discípulos en medio de la tempestad (14, 33); tenemos que proclamarlo, como Pedro, cuando nos preguntan sobre su identidad (16, 16); con los guardias paganos tenemos que reconocerlo en el crucificado (27, 54).

Y es este misterio profundo el que da todo su sentido a los demás títulos.

Hijo del hombre

Daniel había vislumbrado la figura misteriosa de este personaje celestial, personificación de los justos perseguidos, que recibía sobre las nu-

⁸ Cf. J. DELORME, Lecture de l'évangile selon saint Marc: Cahier Evangile n.º 1/2, 17-23.

bes del cielo el poder reservado a Dios, el de juez (Dn 7). La resurrección es para Jesús su entronización como hijo del hombre, que realiza los numerosos anuncios que de él se habían hecho (19, 28; 24, 30; 26, 64...). Entonces Jesús puede ser realmente la personificación de todos los perseguidos, de todos los pequeños, de todos los pobres con los que se identifica (25, 36-46). Y es también eso lo que fundamenta su «autoridad», permitiéndole enviar sus discípulos al mundo entero (28, 16-20).

Mesías, hijo de David

Es aquel a quien Dios ha encargado de proclamar la venida del reino y de inaugurarla por su pasión-resurrección, cuyo signo son sus actos de poder. Pero no realizará ese reino de la manera belicosa y triunfante que a veces se esperaba. Porque ha venido para «servir».

El siervo que toma nuestras enfermedades

Mateo es el único que aplica explícitamente

El evangelio «eclesial»

«Entre todos los escritos del Nuevo Testamento, el evangelio de Mateo es aquel que tiene una influencia literaria más generalizada y más profunda en la literatura cristiana que se extiende hasta las últimas décadas del siglo II. Los primeros escritores eclesiásticos se inspiran sobre todo en las palabras de Jesús recogidas en el primer evangelio; a sus ojos, poseen un grandísimo valor, ya que representan la enseñanza del señor que sirve de base al cristianismo.

Hasta el final (del siglo II), el primer evangelio sigue siendo el evangelio por excelencia; se le pide la doctrina que condiciona las actitudes cristianas, de forma que el evangelio de Mateo se convierte en norma de vida cristiana».

«El cristianismo común se estableció sobre las enseñanzas de Cristo sacadas del evangelio de Mateo».

E. Massaux, Influence de l'évangile de saint Matthieu sur la littérature chrétienne avant saint Irénée. Louvain 1950, 651 y 654.

a Jesús los oráculos del siervo doliente de Isaías (42, 1 = Mt 12, 18; 53, 4 = Mt 8, 17). Es el salvador que se lleva nuestras enfermedades y nuestros pecados; derrama su sangre «por la multitud», para el perdón de los pecados (26, 28; cf. Is 53, 12).

El señor de su comunidad

«Lo mismo que Mateo ve con mayor claridad y fuerza que los otros sinópticos la imagen de la comunidad por detrás de los discípulos, también

traspasa sin detenerse la imagen del Jesús histórico para llegar al señor vivo de la comunidad... Partiendo siempre de la experiencia del señor vivo en la comunidad, es como Mateo emprende la exposición de las tradiciones relativas a Jesús».⁹

De esta forma, la cristología se convierte en él en eclesiología, su reflexión sobre Cristo no puede separarse de su reflexión sobre la Iglesia.

⁹ H. GEIST, o. c., 94-95.

Una posible lectura del primer Evangelio

No nos vamos a arriesgar a presentar el «plan» del evangelio según san Mateo, sino que nos limitaremos más modestamente a presentar una lectura posible de este evangelio. Aun cuando resulte discutible, su misma simplicidad permite por lo menos orientarse en este libro un tanto complejo y poner de relieve algunas ideas esenciales de Mateo. ¿En qué está basada esta lectura?

Cinco discursos

Todo el mundo admite la existencia de cinco grandes discursos. Mateo es el primero en hacer esta distribución, ya que hace seguir a cada uno de ellos de la misma fórmula: «Y sucedió que, cuando acabó Jesús estos discursos...» (7, 28; 11, 1; 13, 53; 19, 1), y como cierre final: «Cuando Jesús terminó todos estos discursos...» (26, 1). Estos discursos van separados por unos conjuntos de relatos (hechos y palabras diversas de Jesús).

Los conjuntos: discursos - relatos

¿Forman cada uno de estos conjuntos un blo-

que? Algunos no lo creen así y proponen en consecuencia un plan que no lo tiene en cuenta.¹ Otros, más numerosos, creen por el contrario que forman unas **secciones-relatos**, paralelos a los discursos, y conciben el evangelio compuesto de «cinco cuadernos», que comprende cada uno una sección-relato seguida de un discurso (3-7; 8-10; 11-13, 52; 13, 53-18; 19-25), con un prólogo (el evangelio de la infancia: 1-2) y una conclusión (los relatos de la pasión-resurrección: 26-28).²

Pues bien, está claro que al menos en un caso el propio Mateo ha manifestado con claridad su intención: hay una inclusión, es decir, una frase repetida para delimitar un conjunto (algo así como cuando nosotros delimitamos una cita

¹ *El plan, sugestivo y complejo, propuesto por X. Léon-Dufour, intenta poner de relieve el drama que se manifiesta a través del evangelio: el reino de Dios pasa del pueblo judío a la comunidad nueva (cf. Introduction à la Bible, 2. 1959, 174-178, o L'évangile selon saint Matthieu. PROFAC 1972, 14-20).*

² *Tal es el plan que propone, por ejemplo, la Biblia de Jerusalén.*

por medio de corchetes), para encuadrar el primer discurso y una sección-relatos: «Recorriendo toda la Galilea, Jesús enseñaba en sus sinagogas, proclamaba la buena nueva del reino y curaba toda enfermedad y toda dolencia» (4, 23 = 9, 35). Esto significa que Mateo considera, por lo menos en un caso, a los relatos como formando un bloque y que este bloque es la continuación del discurso. Nos muestra a Jesús poderoso en palabras (discursos) y en hechos (milagros). Lo que Mateo indica con tanta claridad para el primer «cuaderno» ¿no valdrá también para el conjunto? Veremos cómo esto resulta muchas veces aleccionador.³

Así, pues, nuestra lectura se organizará en cinco capítulos, compuestos de un discurso y de una sección-relatos cada uno, en donde Jesús expresado por medio de hechos lo que antes ha presentado en palabras. Esto tiene concretamente la ventaja de no convertir ya los relatos de la pasión-resurrección en un apéndice, sino más bien en la realización fáctica de lo que Jesús anunciaba en sus discursos sobre el final de los tiempos.

Dos «episodios-eje»...

El conjunto de los relatos que preceden al primer discurso, la predicación de Juan bautista, el bautismo de Jesús y las tentaciones (Mt 3-4) se convierte en un «episodio-eje», que es a la vez introducción al ministerio de Jesús y conclusión del prólogo.⁴ Pues bien, es significativo que los elementos de este conjunto tengan su paralelo en los episodios en torno a la confesión de fe de Pedro en Cesarea (16, 13-17, 27). Nos encontramos con la misma fórmula en ambos casos: «A partir de entonces Jesús comenzó a...»,

³ Seguimos aquí, en su conjunto, el plan propuesto por Ph. Rolland en el *Bulletin de Théologie Biblique* 2 (1972) 157-178 y sugerido por Radermakers, o. c., 20-22.

⁴ E. KRENTZ demostró el paralelo entre el ciclo de José (1-2) y el de Juan bautista (3, 1-4, 16). (Véase el resumen en el artículo citado de Ph. Rolland, 160).

y en ambas ocasiones esto nos introduce en una enseñanza solemne: después de sus tentaciones, Jesús comenzó a proclamar: «¡Ha llegado el reino de Dios!» (4, 17), mientras que, después de la profesión de Pedro, Jesús comenzó a enseñar a sus discípulos que «era preciso... sufrir...» (16, 21).⁵ En el primer caso Jesús proclama una enseñanza a todos, y en el otro a sus discípulos.

Por otra parte, se advierte, en estos dos conjuntos, ciertos episodios semejantes, pero vistos en otra perspectiva: en ambos casos hay una revelación por parte del Padre (en el bautismo la voz celestial lo designa como su hijo muy amado; en Cesarea son los discípulos los que por boca de Pedro lo confiesan como mesías, hijo de Dios vivo; pero Jesús añade que esto ha sido posible solamente gracias a una revelación del Padre); en ambos casos Jesús es también tentado (por Satanás y por Pedro) y Jesús los rechaza con la misma frase: «¡Apártate de mí, Satanás!»

...que dividen el evangelio en dos grandes partes

Cuando uno recuerda que esta confesión de Cesarea señala, en el evangelio de Marcos, un giro decisivo, se siente inclinado a pensar que estos relatos en torno a Cesarea forman un nuevo episodio-eje, que reparte los cinco «cuadernos» de Mateo en dos grandes partes. En la primera, Jesús está solo; por tanto, es el Padre el que tiene que designarlo directamente, y es Satanás el que lo tienta; luego escoge a sus discípulos y predica a las gentes. En la segunda, está ya formada la comunidad de discípulos; por tanto, es esta iglesia (inspirada por el Padre) quien lo revela al mundo, y es también ella, desgracia-

⁵ E. KRENTZ se apoya en esta comprobación para dividir el evangelio en dos partes: «La sección 4, 17 a 16, 20 estaría consagrada al anuncio del reino; la sección 16, 21 a 28, 20 estaría dedicada al hijo del hombre en el camino de la pasión y de la resurrección» (Ph. Rolland, a. c., 168).

damente (inspirada por Satanás), quien lo tienta; y Jesús se dedicará en adelante a la formación de esta comunidad.

Así, pues, a lo largo de estas páginas, vamos a desarrollar esta lectura. Será conveniente tener ante todo una visión de conjunto.

UNA LECTURA DE MATEO

PROLOGO: EL MISTERIO DE JESUS

Su ser y su misión a la luz de la resurrección y de la vida de la iglesia. — O los «relatos de la infancia» (1-2).

I. JESUS PROCLAMA EL REINO DE DIOS Y PREPARA LA IGLESIA (3-16)

Episodio-eje: DEL ANTIGUO AL NUEVO TESTAMENTO (3-4)

En el bautismo de Juan, Jesús es revelado por el Padre como Hijo suyo. Por sus tentaciones en el desierto, Jesús vuelve a orientar la vida de Israel hacia el reino. Proclama entonces su venida y escoge a los discípulos.

1. ¡Ha llegado el reino de Dios! (5-9)

Jesús lo manifiesta con sus palabras y sus actos de poder:

- * Sermón de la montaña (5-7).
- * Diez milagros (8-9).

2. Jesús envía a sus discípulos a predicar. El parte a predicar el reino (10-12)

- * Discurso de envío a misionar (10).
- * Jesús parte en misión (11-12).

3. La opción decisiva ante la predicación del reino (13, 1-16, 12)

- * Discurso en siete parábolas (13, 1-52).
- * Hacia la confesión de Cesarea (13, 53-16, 12).

II. LA COMUNIDAD EN EL REINO DE DIOS (17-28)

Episodio-eje: LA COMUNIDAD CONFIESA A SU SEÑOR (16, 13-17, 27)

Por boca de la comunidad, el Padre revela a su Hijo. Pero esta comunidad es también Satanás que tienta a Jesús.

4. El reino de Dios pasa del pueblo judío a la iglesia (18-23).

- * Discurso sobre la vida en comunidad (18).
- * De Galilea a Jerusalén (19-23). Jesús rompe con los jefes judíos y se consagra a la enseñanza de sus discípulos. Grandes controversias en Jerusalén. Parábola de los viñadores homicidas.

5. La inauguración del reino de Dios en el misterio pascual (24-28).

- * Anuncio de la venida definitiva del reino en Jesús (24-25).
- * El misterio pascual inaugura el reino (26-28).

El «seísmo» anunciado por Jesús como signo del final de los tiempos abre las tumbas cuando su muerte y abre luego su propia tumba. El Señor puede entonces enviar a su comunidad al mundo para ser allí signo de este reino.

PROLOGO: EL MISTERIO DE JESUS

Bajo las simples apariencias de un «relato de infancia», es todo un discurso sobre el misterio de Jesús, sobre su personalidad de hombre-Dios (c. 1) y sobre su misión de Cristo-salvador (c. 2) el que abre el evangelio de Mateo.

¿Por qué estos relatos de infancia? Lo que interesa ante todo a las comunidades cristianas ¿no es la predicación de Jesús, en palabras y en actos? En los discursos de los Hechos, en el evangelio de Marcos, todo comienza con la predicación de Juan bautista.

Pero, a partir de su resurrección, de una forma progresiva, los apóstoles fueron reconociendo a Jesús como Hijo de Dios. ¿Desde cuándo lo era? ¿Solamente desde su bautismo? ¿o desde su nacimiento? Se iba así profundizando la

cuestión de los cristianos sobre la persona de Jesús y su misterio. De esos interrogantes debieron nacer los evangelios de la infancia de Mateo y de Lucas y, por otra parte, las reflexiones de Pablo y de Juan sobre la «imagen de Dios», reflejo de su sustancia, y sobre la «palabra» eterna del Padre.

Lejos de ser unos relatos folklóricos, estas páginas son ante todo una reflexión teológica. Lo mismo que en el cine lo genérico de la película permite situar a los actores y, a veces, en el procedimiento de «vuelta atrás», mostrarnos la última imagen del film o las más importantes, para guiarnos y decirnos adónde vamos, del mismo modo estos «relatos de la infancia», escritos a la luz de la resurrección y de la vida de las co-

munidades cristianas, nos dicen desde el principio quién es Jesús. Y es bajo su luz, esto es, bajo la de la resurrección, como hemos de leer todo el evangelio.

El primer capítulo de Mateo nos presenta a Jesús como hombre-Dios. La genealogía de Cristo, hijo de David, hijo de Abrahán (1, 1-17), demuestra que este personaje esperado por el pueblo judío es de nuestra raza. Pero es algo más, ya que fue concebido por el Espíritu Santo (1, 18-25). Y el papel de José consistirá en darle un nombre, esto es, en insertarlo en el desarrollo de nuestra historia dándole su ser social. En el capítulo segundo se pasa a la historia, en donde los tiempos y los lugares tienen una importancia mayor: se trata de Jesús de Nazaret, conocido como tal, que nació en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes; lo adoran unos paganos, los jefes judíos lo rechazan y la sangre corre en Israel; se perfila ya en el horizonte el drama que acabará en la cruz.

Por debajo de esta estructura aparece otra distinta: una genealogía, verdadera «obertura» de una sinfonía, seguida de cinco episodios, cada uno de los cuales contiene una cita del Antiguo Testamento. De esta profunda raigambre bíblica brota una savia que alimentará todo el evangelio.¹

Esperando que algún día un nuevo cuaderno presente más detalladamente estos «relatos de la infancia», intentaremos aquí trazar sus líneas principales.

La génesis de Jesucristo (1, 1-17)

La «genealogía» se había convertido en un

¹ Cf. A. PAUL, *L'évangile de l'enfance selon saint Matthieu* (col. «Lire la Bible», n. 17) Cerf, Paris 1968, 192; L. MONLOUBOU, *Lire aujourd'hui les évangiles de l'enfance*. Senevé 1971, 111; X. LEON-DUFOUR, *Libro de la «génesis» de Jesucristo y El anuncio a José*, en *Estudios de evangelio*. Estela, Barcelona, 1969, 41-76; S. MUNOZ IGLESIAS, *Les mages et l'étoile*: AsSgn, n. 12 (1969) 19-31.

género literario para presentar a un personaje importante. Los primeros cristianos sabían que Jesús era descendiente de David. Pero había que demostrarlo. Es lo que aquí intenta Mateo mediante estas tres veces catorce generaciones que van desde Abrahán hasta José.² Esta lenta melopea afirma en nosotros la convicción de que el que nazca al final es verdaderamente de nuestra propia raza, un hombre como nosotros. Pero es también algo distinto.

El anuncio a José (1, 18-25)

La genealogía terminaba en José, pero Mateo nos dice que José no intervino para nada en aquel nacimiento: María concibió a Jesús de manera virginal, por la acción del espíritu. José lo sabe, y como es un hombre «justo», no quiere dar su nombre, un nombre humano, a ese hijo del milagro. Dios viene entonces a decirle que dé a ese niño, junto con su nombre, su «ser social»: «María le ha dado su ser de hombre, pero eres tú el que ha de darle su nombre, insertándolo de este modo en tu linaje». El ángel anunciaba al «Emmanuel», y José lo llama «Jesús» (o «Dios-salve»). Solamente después de haber pasado por la muerte y la resurrección, ese «Dios-salvador» podrá ser real y definitivamente «Dios con nosotros» (28, 20).

El papel de José se realiza en la fidelidad al espíritu, en la continuidad de aquello que anunciaba la genealogía. El espíritu de Dios, que presidió la creación (es lo que nos sugiere por dos veces el término de «génesis»: 1, 1.18), es el que permite la adhesión de fe de José y el que obra en plenitud en María.

² Los hebreos, como los griegos y los romanos, escribían las cifras con las letras del alfabeto; una palabra podía tener entonces un valor numérico si se consideraban las letras como cifras. David se escribía con tres letras (DWD); sumando su valor (D=4; W=6), se obtenía 14. Es posible que Mateo, al construir su genealogía sobre tres veces 14, pensase en la cifra de David: Jesús es la perfección de David.

Los magos en Belén (2, 1-12)

Entre el rey Herodes, rodeado de los jefes religiosos de Jerusalén, y el rey que acaba de nacer se desarrolla ya todo el drama de la vida de Jesús y de su misión: los judíos lo rechazan, mientras que los paganos lo adoran, como lo hará la comunidad reunida en torno al resucitado (26, 16). Así se realiza el oráculo de Isaías, que vislumbraba la muchedumbre de paganos entrando en esa Jerusalén iluminada por la gloria de Dios (Is 60 y 62).

El cumplimiento del Exodo (2, 13-15)

«El hijo llamado de Egipto» era, para Oseas (11, 1), el pueblo de Israel. Jesús es el verdadero Israel que va a cumplir realmente ese éxodo que conduce a la tierra prometida, al reino de Dios.

La matanza de los inocentes (2, 16-18)

La sangre corre en Israel, prefigurando a la de la cruz, Jesús se libra por ahora de la matanza, lo mismo que pasó antes con Moisés. Y Raquel, enterada en Belén, llora sobre sus hijos desterrados (Jer 31, 15).

La vida en Nazaret (2, 19-23)

Mateo ve aquí el cumplimiento de las profecías en general, pero sin encontrar un texto preciso: la biblia ignora a Nazaret. Pero en este acontecimiento, dentro de la lógica de los anuncios proféticos, ve el final del éxodo, la vuelta del destierro y la entrada en la tierra prometida. Pero hay más aún: una nueva intervención de Dios invita a ir más lejos, a la «Galilea de las naciones» (Is 8, 23), que será el lugar del encuentro de Jesús con su pueblo (4, 15-16), y finalmente el lugar desde donde enviará a sus discípulos por todas las naciones (28, 16).

Con estas cinco citas de la escritura, Mateo nos muestra que Jesús se inserta en este pueblo judío, que viene a rehacer su historia para llevarla a su término. El nuevo Moisés podrá ahora ponerse al frente de su pueblo para invitarle a entrar, con él, en el reino de Dios.

Historicidad de los relatos de la infancia

Tenemos derecho a plantearnos esta cuestión, aun cuando sea difícil responder a ella en la situación actual de nuestros conocimientos. Recordemos ante todo algunas evidencias: no es el hecho de descubrirle un sentido teológico a un acontecimiento lo que hace que éste haya sido forzosamente inventado. Por otra parte, nuestra fe no se basa en estos hechos lo mismo que en el de la resurrección de Cristo; podríamos vernos inducidos a reconocer que tal detalle, que tal episodio, son «parábolas», sin que por eso se hunda el cristianismo. En fin, hay que estudiar los textos sin ideas preconcebidas: ni la de «eso no pudo pasar», ni la de «eso ocurrió exactamente de la manera descrita».

Mateo parece haber recogido ciertas tradiciones conservadas en la familia de José. Está de acuerdo con Lucas en un punto fundamental: la concepción virginal y también en el nacimiento en Belén. La exactitud de la genealogía, diferente de la de Lucas, no constituye ningún problema. Una genealogía era entonces una cuestión, no de orden biológico, sino jurídico, una forma de establecer un parentesco; y también en este caso Mateo está de acuerdo con Lucas: Jesús es de la descendencia de David. Es posible que sobre un telón de fondo histórico (el recuerdo de la visita de unos grandes personajes a Herodes y los numerosos asesinatos perpetrados por aquel rey sanguinario), Mateo haya construido unos relatos de alcance teológico.

Pero la realidad que nos quiere presentar es desde luego histórica: Jesús, hijo de David, nuevo Moisés, es el liberador que nos salva por su muerte y su resurrección.

I

JESUS PROCLAMA EL REINO DE DIOS Y PREPARA LA IGLESIA (Mt 3-16)

«Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: Convertíos, porque el reino de los cielos está cerca» (4, 17).

Así comienza esta primera parte del ministerio de Jesús que se desarrolla por completo en Galilea. Jesús se dirige a las gentes para anunciarles la llegada del reino. También hay un pequeño grupo de discípulos, que apenas se distingue aún de los demás. También se empieza a sentir cómo se desarrolla el drama: las gentes se apartan, los adversarios presionan, y Jesús se consagrará a la formación de sus discípulos, célula de aquella iglesia que tiene que continuar su obra. La progresión se va palpando a través de los tres «cuadernos».

1.º Ha llegado el reino de Dios (5-9)

Jesús lo proclama por sus palabras, el «sermón de la montaña» (5-7) y por sus milagros (8-9), signos que, después de los profetas, tenían que marcar la llegada del reino. Las bienaventuranzas lo proclaman, los milagros lo muestran.

Pero ¿será acogida la buena nueva? Al final del «viaje triunfal» de Jesús, las gentes están llenas de admiración, pero los fariseos atacan. El drama se prepara.

2.º Jesús envía a sus discípulos a predicar y parte para predicar el reino (10-12)

El discurso de misión (10) va dirigido tanto a los discípulos de la comunidad de Mateo y a nosotros como a los doce, para anunciarles los sufrimientos que les esperan si quieren conformarse a su maestro.

Jesús envía a sus discípulos a misionar..., pero es él

el que parte. Se descubre que el programa de misión que les ha dado era, anticipadamente, lo que él iba a vivir (11-12).

3.º La predicación del reino obliga a una opción (13-16)

La distinción entre la gente y los discípulos se va precisando. Jesús se dirige a las gentes en parábolas (13), pero sin hacerse ilusiones; las turbas no pueden «comprender» porque ya, interiormente, han escogido. Jesús interpreta las parábolas para los discípulos que empiezan a intervenir en cuanto grupo, y que «comprenden».

En la sección-relatos (14-16) se observa que ya ha pasado la hora del discernimiento. «Las muchedumbres siguen todavía con Jesús y se agolpan en su derredor, (pero) no pueden ya comprender su mensaje; en atención a ellas, Jesús se contentará en adelante con multiplicar los milagros, ya que todavía les concierne su actividad de salvador».¹

Por eso Jesús reserva sus enseñanzas solamente para sus discípulos. Haciéndoles participar de su actividad, especialmente en sus milagros, los va preparando para su próximo ministerio.

Al final de esta primera parte, esos discípulos se nos presentan ya como una comunidad sólida en torno a Cristo. En adelante, el Padre podrá revelar al mundo quién es Jesús por medio de ella.

¹ X. LEON-DUFOUR, Hacia el anuncio de la Iglesia (Mt 14, 1-16, 20), en Estudios de evangelio. Barcelona 1969, 233.

Del Antiguo al Nuevo Testamento

(Mt 3 - 4)

En nuestra lectura de Mateo hemos considerado a los capítulos 3-4 como un «episodio-eje». Efectivamente, podemos ver en ellos tanto el final del prólogo como la inauguración de la predicación del reino de Dios.

Son el final del prólogo. Mateo concluye estos episodios en torno a Juan bautista, lo mismo que había concluido los episodios en torno a José: «**Al enterarse de que** Arquelao reinaba en Judea..., José **se retiró** a la región de **Galilea**, y **fue a vivir** en una ciudad llamada Nazaret, para que **se cumpliera** el oráculo de **los profetas...**» (2, 22-23); «**Cuando oyó** que Juan había sido apresado, Jesús **se retiró a Galilea...**, vino a residir en Cafarnaún..., para que **se cumpliera** el oráculo del profeta Isaías...» (4, 12-16).

José y Juan bautista han desempeñado su papel en la preparación de Jesús. El primero, varón «justo», lo ha insertado en la historia del pueblo dándole su propio nombre, llevándolo a Egipto para que cumpliera un nuevo éxodo, designándolo como «salvador» (Jesús = Dios salva). El segundo, cumpliendo toda «justicia», le ha permitido con su bautismo la manifestación de su misión en ese pueblo.

El pueblo judío, antiguamente en el desierto y luego a través de toda su historia, había fallado en su entrada en el «reino de Dios», en esa

tierra prometida a Moisés. Jesús, inserto en ese pueblo por su nacimiento gracias a José, y por medio de su misión manifestada por Juan, va a asumir sobre sí la historia de ese pueblo y desde lo más hondo del desierto la va a conducir a su verdadero cumplimiento. Al término de ese itinerario, Jesús puede proclamar: «El reino está cerca». Israel, con él, está ya dispuesto a entrar en ese reino —desgraciadamente se negará a ello— y esa luz brilla ya para los paganos.

Así, pues, estos episodios son la introducción a la predicación del reino de Dios. Antes de tener su gran discurso inaugural (5-7), Jesús escogerá a sus discípulos; esto tiene su importancia: su predicación recibirá un relieve especial por el hecho de que haya un pequeño grupo que acepta intentar vivirla.

Predicación de Juan bautista (3, 1-12)

En el momento en que va a comenzar la predicación tan esperada de Jesús el Cristo, he aquí que aparece un personaje nuevo y desconocido: «Por aquellos días **aparece** Juan el bautista» (3, 1). Habita en el desierto de Judea, vive como un profeta, lleva el mismo vestido que el profeta Elías (2 Re 1, 8); no tiene nada en común con el «nazareno» (2, 23). Pues bien, esos dos hombres

tan dispares van a realizar la misma función: «entonces aparece Jesús» (3, 13). Uno y otro invitarán a los hombres al arrepentimiento con los mismos términos: «porque el reino de Dios está cerca» (3, 2; 4, 17). Su ministerio se ejercerá en función de una profecía de Isaías (3, 3; 4, 14-16). Las turbas acudirán a ellos desde regiones en parte idénticas (3, 5; 4, 25) y, «al verlas», uno y otro les dirigirán sus discursos, su programa de vida (3, 7-12; 5, 1s).

Tanto Juan como Jesús han sido enviados por Dios para mostrar a los hombres el camino de la salvación; sus ministerios siguen un camino paralelo y sus discípulos continuarán después de su muerte, no sin cierta rivalidad, hasta que aparezca con claridad en las comunidades cristianas, a través de la continuidad del ministerio de Jesús respecto al de Juan, la plenitud y el cumplimiento en la persona de Jesucristo.

La diferencia entre el precursor y «el que viene detrás» (3, 11) queda subrayada por el evangelista: Juan «bautiza en agua con vistas al arrepentimiento», Jesús «bautizará en Espíritu Santo y en fuego» (3, 11). El espíritu es el viento que aventará el trigo (Is 41, 15-16) y atizará el fuego inextinguible (Is 66, 24), pero es también el soplo que da la vida (28, 19). Esta purificación del bautismo de Jesús será mucho más radical que la del simple bautismo de fuego...

Bautismo de Jesús (3, 13-17)

Es el encuentro de estos dos hombres el que subraya su diferencia fundamental: «Aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan, para ser bautizado por él» (3, 13). Jesús tiene que insistir: «pues conviene que así cumplamos toda justicia» (3, 15), pero también tiene que resistirse Juan (3, 14), para lograr que la comunidad cristiana de Mateo admita que Jesús haya podido ser bautizado por Juan. Sin embargo, esta actitud de humildad es lo que le permite a Jesús recibir su investidura mesiánica (3, 16-17), que

acreditará su misión y le dará plena conciencia de ella.

La palabra JUSTICIA en Mateo designa una conducta conforme con las exigencias de Dios, esas exigencias de las que el sermón de la montaña nos revela todo el alcance, que es infinito. Efectivamente, su única norma es la de «ser perfecto como el Padre celestial».

La entrada en el reino de Dios depende de esta justicia. Por consiguiente, no se puede buscar de veras la felicidad del reino más que si se busca esta justicia.

Viene luego una visión apocalíptica tomada de Ezequiel (1, 28; 2, 20): «Y en esto se abrieron los cielos» y se vio «al espíritu de Dios que bajaba como paloma»; ese espíritu evoca al espíritu de Dios que aleteaba sobre las aguas primitivas (Gén 1, 2).

«Y una voz que venía de los cielos decía: Este es mi Hijo» (Sal 2, 7); «el amado» recuerda el sacrificio de Isaac (Gén 22, 2.12.16); «en quien me complazco» procede del primer canto del siervo de Isaías (42, 1). En el trasfondo de ese mesías real aparece el siervo que sufre, pero sólo Jesús puede percibirlo. Sin embargo, esa voz parece dirigirse, no ya a Jesús sólo, sino a los asistentes; se trata de una primera «revelación» a las gentes que pronto seguirán a Jesús y, por medio de ellas, a todos los pueblos.¹

Tentaciones de Jesús (4, 1-11)

Jesús ha recibido el espíritu y en adelante se verá impulsado por ese espíritu. Lo conduce en primer lugar al desierto.

No se trata ya, para Jesús, de enfrentarse con el mesianismo de Juan bautista, sino de experimentar su propio mesianismo en el encuentro con el demonio. Jesús no puede conformarse con la espera del reino de Dios predicado por Juan bautista: la salvación no está solamente **cercana**, sino que está **presente** en su persona.

¹ Cf. E. JACQUEMIN, Le baptême du Christ: AsSgn n.º 12 (1969) 48-66.

Pero si él, Jesús, es la salvación, ¿es necesariamente una salvación presente y terrena? Tendrá que revivir en el desierto las tentaciones de su pueblo durante el éxodo.

En efecto, el diablo coloca a Jesús en medio de aquellas grandes tentaciones bajo las que sucumbió el pueblo antaño, según el libro del Exodo. Pero Jesús las rechaza, como debería haberlo hecho el pueblo según el Deuteronomio. El itinerario del pueblo que había fracasado en otros tiempos, tiene ahora éxito en Jesús. Jesús se determina libremente delante de la opción que se le presenta: repulsa de un dominio terreno sobre el mundo, ya que su misión consiste en anunciar a los pobres la buena nueva de la salvación.

Hemos visto en Juan bautista al nuevo Elías (3, 4), que tenía que reaparecer en la tierra «antes de que llegara el día del señor» (Mal 3, 23; cf. Mt 11, 14; 17, 10-13). Mediante sus referencias al Deuteronomio, el autor muestra en Jesús al nuevo Moisés, que encarna al nuevo pueblo de Dios y vence la «tentación», en donde el pueblo de Dios había sido vencido anteriormente.

La historia de Israel ha llegado a su fin. Jesús se dirige a los **paganos**. Tras una visita a Nazaret, fija su residencia en Cafarnaún, en la «Galilea de las naciones»; su ministerio se dirige en primer lugar a las ovejas perdidas de la casa de Israel (10, 6; 15, 24), pero en un contacto íntimo y profético con los paganos. «El pueblo que estaba sentado en las tinieblas vio una gran luz...» De esta forma, había anunciado Isaías el nacimiento del rey Ezequías-Emmanuel (Is 9, 1). Esta luz, manifestada a los discípulos en la transfiguración (17, 2), designa ya proféticamente la resurrección.²

² Cf. J. DUPONT, *Les tentations de Jésus au désert. Desclée de Brouwer, Paris 1968, 152; F. SMYTH-FLORENTIN, Jésus, le Fils du Père, vainqueur de Satan: AsSgn n.º 14 (1973) 56-75, o en un género distinto, J. CALLOUD, Tentations de Jésus au désert, en L'analyse structurale du récit. PROFAC 1974, 37-80.*

Predicación del reino y elección de los discípulos (4, 17-25)

«Desde entonces comenzó Jesús...». Volveremos a encontrarnos con esta expresión cuando se marche de Galilea, al subir a Jerusalén para su pasión (16, 21). Ahora, por lo menos, inaugura su predicación (3, 17) con los mismos términos que empleaba Juan bautista (3, 2): ambos están unidos en su oposición profética a Israel, obstinado y excesivamente confiado en sus privilegios de pueblo elegido.

Ya se han cumplido todas las condiciones para que Jesús emprenda su misión. Para ello tendrán que seguirle algunos hombres (4, 20.22.25), no ya solamente las gentes (4, 23-25), sino unos cuantos discípulos más cercanos (4, 20-22). Necesita sobre todo algunos que se asocien verdaderamente a su misión: «Os haré pescadores de hombres» (4, 19). Lo primero que hace es separar a sus primeros colaboradores de su ambiente familiar y profesional (4, 20.22), indicándoles el alcance simbólico de su ministerio como prolongación del suyo propio. A través de ellos, con Simón a la cabeza (4, 19), pronto se hará con los doce (10, 1), en representación de la universalidad de todos cuantos sigan a Jesús.

La misión de Jesús ha comenzado. El autor presenta entonces un resumen de la actividad que irá describiendo en los capítulos siguientes: la enseñanza y la proclamación del «evangelio del reino» (5-7), con la curación «de toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (8-9). A las gentes que venían anteriormente desde Judea al lado de Juan bautista, se unen las de Galilea y Decápolis, país verdaderamente pagano. Mencionando a «toda Siria» (4, 24), el autor confirma a sus comunidades cristianas de Siria que su evangelio no tiene más origen que la predicación auténtica de Jesús.³

³ Cf. A. DUPREZ, *Le programme de Jésus, selon Matthieu (Mt 4, 12-13): AsSgn, n.º 34 (1973) 9-18.*

1. ¡Ha llegado el reino de Dios! (Mt 5-9)

Este primer «cuaderno» es esencial y le da el tono a todo el evangelio. Mateo lo ha compuesto con mucho cuidado y ha marcado intencionadamente mediante una inclusión (4, 23 = 9, 35)

que las dos partes concurren al mismo fin: mostrarnos a Jesús proclamando con poder, en palabras y en hechos, que el reino de Dios ha llegado.

1. EL «SERMON DE LA MONTAÑA» (5-7)

El primer momento en que podemos contemplar con cierta amplitud al Jesús de Mateo es este sermón. Y esto plantea algunos problemas, ya que Marcos ignora este discurso, y el de Lucas es mucho más corto y secundario respecto a la predicación de Nazaret (Lc 4, 16s). ¿Pronunció Jesús este discurso? La respuesta importa poco.¹ Aun cuando fueran los primeros discípulos quienes reunieron en un hermoso edificio las piedras diversas que Jesús había ido labrando a través de varias de sus conversaciones, lo esencial es descubrir lo que vieron en ellas estos testigos auténticos de la palabra. Y esto no resulta fácil; lo indican las numerosas interpretaciones que se le han dado.

Diversas interpretaciones

Jeremias las agrupa en tres tipos.²

Jesús, doctor de la ley

Cristo no habría hecho más que precisar, pa-

¹ «Tenemos, pues, en el sermón de la montaña una recopilación de «logia» (= sentencias) de Jesús, originalmente aislados. A veces, pero no siempre, consisten en sólo una frase. Cada uno de estos «logia» —así hemos de representárnoslos— es quizá el resumen de un sermón o la quintaesencia de una plática doctrinal que en forma de preguntas y respuestas debió de ocupar un día entero, o también la resultante de una polémica con sus adversarios.

Estos «logia» aislados fueron reunidos inicialmente en un escrito en arameo, de donde surgieron el discurso en la llanura de Lucas y el sermón de la montaña de Mateo, ambos escritos en griego». J. JEREMIAS, Palabras de Jesús. FAX, Madrid 1970, 63-64.

² J. JEREMIAS, o. c., 27-49.

ra sus discípulos, las exigencias del judaísmo, lo mismo que haría más tarde el Talmud para los judíos. Con una moral de obediencia a la ley, Jesús predicaría la justicia según las obras. Y si esto nos parece irrealizable, por lo menos nos invitaría a intentarlo.

Si es verdad que Jesús plantea exigencias reales, hay que reconocer que se trata mucho más de una explosión del judaísmo que de una interpretación propuesta por él.

Jesús, el maestro de lo imposible

Otros han creído que Jesús proponía aquí, voluntariamente, una ley impracticable para el hombre. Este, colocado así ante su miseria y su impotencia, hundido en la desesperación, descubriría que no hay para él salvación a no ser entregándose a la gracia de Dios.

Si para Pablo la ley antigua pudo desempeñar ese papel, no hay nada semejante en este discurso. Jesús da por descontado que sus discípulos cumplirán lo que se les pide.

Jesús, predicador del fin inminente

Creando que era inminente el fin de los tiempos, Jesús nos daría una «ley excepcional para tiempos de crisis».

En tiempos de crisis uno está dispuesto a hacer sacrificios imposibles en otros tiempos. Un hombre con el pie apresado en un coche a punto de arder aceptará sin duda que se lo corten para salvar la vida. Pero en este discurso no aparece nada semejante: Jesús no quiere provo-

car la angustia ante el fin inminente, sino que vivamos cada día según la voluntad del Padre.

Estas distintas interpretaciones se olvidan de un hecho importante, a saber, que «algo tuvo que preceder a esta predicación, que no pudo ser la primera.

Algo precedió a esta predicación

Los primeros cristianos distinguían entre el «kerygma» y la «catequesis». El kerygma o grito del heraldo que proclama una noticia es el primer anuncio del mensaje. Una vez que los oyentes se han adherido a él, la catequesis viene a completar su instrucción.

Es evidente que este discurso no es un kerygma, sino una especie de catequesis prolongada destinada a los recién convertidos «que han sido alcanzados por el mensaje de Cristo y la predicación de la iglesia, una especie de programa que les presenta lo que tiene que ser su vida en adelante».³ Este discurso ha estado precedido por la predicación del reino y la respuesta de los discípulos.

El anuncio de la buena nueva, la misma que proclamó Jesús después de su bautismo (4, 17), que ha dado su fruto: «El mensaje de la buena nueva ha despertado los corazones; hay algo en el mundo a punto de cambiar en torno a Jesús; por donde él pasa, los enfermos se levantan, los pecadores descubren el perdón de Dios... En él el reino de Dios se convierte en una realidad concreta, presente».⁴ Y es característico que este discurso empiece por las BIENAVENTURANZAS, que son un resumen de esta proclamación.

Y unos discípulos, que rodean a Jesús. Esto supone entonces una llamada de los mismos por

³ J. GUILLET, *Jésus devant sa vie et sa mort*. Aubier, París 1971, 87. W. D. DAVIES ha emitido la hipótesis de que este sermón constituye, «al menos en parte, la respuesta cristiana al judaísmo», tal como lo definían los rabinos agrupados en Yamnia [El sermón de la montaña, o. c., 111].

⁴ J. GUILLET, o. c., 84.

parte de Jesús y cierta vida en común con él. La presencia en torno a Jesús de esos hombres, a los que va dirigido en primer lugar el sermón, que han dejado ya todo lo que tenían por seguirle, da un nuevo sentido a esta enseñanza. No se trata de palabras en el aire o de unos mandamientos impracticables. «Se trata de una experiencia que hay que vivir. La presencia de los discípulos demuestra que esta experiencia vale la pena de ser intentada por los que aceptan ponerse a seguir a Jesús».⁵

De este modo esta enseñanza, que sentimos nos llega hasta el corazón mismo de nuestra existencia, no se nos presenta como una ley, sino como una experiencia vivida de la que nos invita a participar.

Es imposible comentar aquí este discurso.⁶ Intentaremos solamente descubrir sus líneas centrales.

Una composición de Mateo

La composición de este discurso en Mateo y en Lucas nos lleva a la conclusión de que debieron encontrar en sus fuentes un sermón ya estructurado. Mateo lo modeló con ayuda de otras palabras de Jesús que nos refiere Lucas en otros contextos diferentes.

J. Dupont, en un estudio muy interesante,⁷ ha intentado reconstruir el discurso primitivo. Esto nos permite descubrir sus líneas armoniosas, un tanto oscurecidas por las añadiduras de Mateo (cf. cuadro de la página 30).

⁵ Ibid., 86.

⁶ *Sobre el ambiente vital en que nació, puede verse W. D. DAVIES, o. c.; sobre el sentido general, J. GUILLET, Le Discours sur la montagne et la loi nouvelle, en Jésus devant...*, o. c., 83-116; X. LEON-DUFOUR, *L'évangile selon saint Matthieu*. PROFAC 1972, 58-97. Se encontrará finalmente un comentario a los evangelios de la liturgia dominical en los números correspondientes de *Assemblées du Seigneur*.

⁷ J. DUPONT, *Les béatitudes*, 3 vol. Gabalda, París 1958-1969-1973.

EL SERMON DE LA MONTAÑA

(Las añadiduras hechas por Mateo, según J. Dupont, están en cursiva).

EXORDIO: 5, 3-16

5, 3-12: **BIENAVENTURANZAS**

(primitivamente 3, 6 y 11-12). La buena nueva.

5, 13-16: los cristianos, sal y luz del mundo.

I. LA JUSTICIA NUEVA SUPERIOR A LA

ANTIGUA: 5, 17-48

o qué significa, en el comportamiento de cada día, haber realizado la experiencia de la buena nueva.

El principio:

5, 17: no abolir la ley y los profetas, sino completarlos.

5, 18-19: el que viole un solo mandamiento...

Cinco aplicaciones concretas: «Se os ha dicho..., yo os digo»: 5, 21-48.

5, 21-24: «No matarás» — No enfadarse con el hermano.

5, 25-26: «Apresúrate a reconciliarte con el enemigo».

5, 27-28: «No adulterar» — Ni desear a una mujer en el corazón.

5, 29-30: si tu ojo es ocasión de escándalo, arráncatelo.

5, 31-32: el que repudia a su mujer...

5, 33-37: «No cometerás perjurio». — No jurar.

5, 38-42: «Ojo por ojo...» — Tender la otra mejilla.

5, 43-48: «Amarás al prójimo y odiarás al enemigo» — *Amad a los enemigos.*

II. CARACTER INTERIOR DE LA JUSTICIA

NUEVA: 6, 1-8.

o con qué espíritu cumplir las buenas

obras tradicionales cuando uno es hijo del Padre.

El principio:

6, 1: hacer las buenas obras sólo en atención al Padre.

Las tres buenas obras tradicionales:

6, 2-4: limosna en secreto. «Tu Padre que ve en lo secreto...».

6, 5-6: rezar en secreto. «Tu Padre que ve en lo secreto...»

6, 7-15: el «Padrenuestro»

6, 16-18: ayunar en secreto. «Tu Padre que ve en lo secreto...»

6, 19-21.22-3: el verdadero tesoro. El ojo, lámpara del cuerpo.

6, 24-34: escoger entre Dios y el dinero. Confianza en el Padre.

III. TRES MONICIONES: 7, 1-27.

o quién es el discípulo y cómo serlo.

No juzgar:

7, 1-5: la paja y la viga.

7, 6: no profanar las cosas santas.

7, 7-11: eficacia de la oración.

7, 12: la «regla de oro»: no hacer a los demás...

7, 13-14: la puerta estrecha que lleva a la vida.

Falsos profetas:

7, 15-20: Se les reconoce por sus frutos.

Verdaderos discípulos:

7, 21: No decir: «Señor, Señor», sino hacer la voluntad del Padre.

7, 22-23: no basta siquiera echar los demonios en su nombre.

7, 24-27: Construir la casa sobre piedra.

EFEECTO SOBRE LAS GENTES: 7, 28-29.

«Enseña como un hombre con autoridad».

LAS BIENAVENTURANZAS (5, 3-12)

En boca de Jesús son ante todo un grito.⁸ Arraigadas en los anuncios proféticos, van desarrollando en imágenes la buena nueva proclamada por Jesús: «¡Ha llegado el reino de Dios!»: «¡Dichosos los pobres, pues en adelante ya no serán pobres, puesto que ha llegado el reino de Dios!».

Resumen la buena nueva que ha desencadenado ese movimiento de las turbas hacia Jesús, que ha interpelado a los discípulos hasta el punto de inducirles a dejarlo todo. Sin ellas, sin ese grito, el «sermón» sería incomprensible. El sermón desarrollará una doctrina para unas gentes que están ya en camino; expondrá unas exigencias terribles, pero para unos discípulos que ya saben que se trata de su felicidad: «¡Dichosos...!»

Sin perder nada del vigor de este grito, Mateo lo ha convertido sin embargo en una enseñanza; al señalar a los pobres «de espíritu» y a los hambrientos «de justicia», ha puesto el acento en las disposiciones interiores necesarias para acoger ese reino de Dios. Y así se convierten en una introducción para ese catecismo a los cristianos.

La novena bienaventuranza resuena con un nuevo sonido. Se pasa de la persecución «por la justicia» a la persecución «por causa de mí». Dicha probablemente por Jesús mucho más tarde, en las cercanías de la pasión, nos da la certeza de que el sufrimiento padecido por causa de Cristo crea con él una solidaridad que garantiza la salvación.

Los cristianos, sal y luz del mundo (5, 13-16)

Nunca se dará una definición tan bella de la

⁸ No nos detendremos en ellas, ya que el cuaderno precedente las ha presentado ya; cf. S. LEGASSE, Les pauvres en Esprit. Evangile et violence (Mt 5, 3-47). Cerf, Paris 1974 123 p.

iglesia. No se trata de un patio cerrado en el que dan vueltas y vueltas los que se han salvado («fuera de la iglesia no hay salvación»), sino de una luz en la montaña, que revela un sentido, que traza un camino «para los que están en las tinieblas» (Is 60); de una luz que remite a la fuente de donde irradia: el Padre celestial.

EL SERMON PROPIAMENTE DICHO

Antes de descubrir su espíritu, podríamos intentar releerlo con ojos nuevos:

* Con ayuda del esquema adjunto, descubrir las articulaciones y las adiciones hechas por Mateo.

* Subrayar las frases semejantes («Habéis oído...» - «Tu Padre que ve en lo secreto...»). Subrayar también todas las menciones del «Padre celestial»: de las 21 veces que aparece en el primer evangelio (contra 2 en Marcos, 5 en Lucas y 3 en Juan), aquí lo encontramos 16 veces. ¿En qué parte del sermón especialmente? ¿Qué colorido especial da a esta enseñanza?

* Descubrir los pasos del «vosotros» (o del «todo el que...») al «tú». ¿Qué conclusión sacar de esto?

* También cabría preguntarse si no se explicarían ciertas sentencias porque «algo precedió a esta predicación», si no serán un resumen de un discurso de Jesús, de una controversia, de un milagro.⁹ Por ejemplo, situar Mt 5, 21-24 en el contexto de Mt 9, 2 o de 18, 35: «tus pecados serán perdonados», le dice Jesús al paralítico o al siervo despiadado; por tanto, si eres una persona a la que Dios ha concedido su gracia, también tú debes ser considerado con los demás. Ver también Mt 5, 31-32 y Mc 10, 2-12 (por encima de la ley, Jesús se remonta a la voluntad primera de Dios en la creación); Mt 5, 38-39 y quizás el contexto de la misión dada a los discípulos y que los coloca al par de los profetas (Is 50, 6; el único caso en que el Antiguo Testamento habla de un bofetón en ambas mejillas); Mt 5, 44-45 y la revelación del amor de Dios Padre; Mt 6, 14-15 y Mt 18, 35 (parábola del siervo despiadado)...

Partiendo de estas pocas observaciones, ¿es posible descubrir el espíritu de este sermón? ¿En qué se basa esta exigencia de Jesús?

⁹ Cf. J. JEREMIAS, o. c., 89-94.

El Jesús de Mateo, ¿admite el divorcio?

Un paréntesis añadido por Mateo en un texto común a Marcos y a Lucas ha constituido desde siempre una dificultad: «Pero yo os digo que quien repudia a su mujer —excepto en caso de porneia— la expone al adulterio» (Mt 5, 32 y 19, 7). ¿Cómo comprender esta palabra griega porneia? Normalmente significa «prostitución, conducta desarreglada». Pero traducir de este modo contradice a la indisolubilidad del matrimonio, en la que aquí insiste vigorosamente Jesús. Entre las numerosas soluciones propuestas, hay tres que tienen cierta seriedad:

1. Jesús piensa en la «separación corporal», sin un nuevo matrimonio. Pero esto era desconocido en tiempos de Cristo y necesita una exégesis sutil.

2. Porneia designa una «unión ilegítima» (Lev 18 da una lista de ellas, por ejemplo los matrimonios entre consanguíneos). En ese caso, es necesaria evidentemente la separación, ya que se trata de un «falso matrimonio».

3. Se traduce por «conducta desarreglada» o por «adulterio», pero señalando que el divorcio, en ese caso concreto, no destruye la noción de indisolubilidad. El problema que entonces se planteaba

(en la ley civil y entre los cristianos: cf., por ejemplo, el Pastor de Hermas) era, no ya el de si «puedo despedir a mi mujer adúltera», sino el de si «puedo seguir con ella», ya que con su mala conducta ha roto la santidad del matrimonio; si uno siguiera viviendo con ella, participaría de su pecado. En ese caso, ¿es posible un nuevo matrimonio? No se sabe.

*

Las iglesias orientales, apoyándose en este texto, aceptan el nuevo matrimonio del cónyuge inocente, aunque manteniendo que el matrimonio es indisoluble. El juicio, dicen, queda reservado a Dios; la iglesia, por su parte, vive en el tiempo de la misericordia.

La iglesia latina ha mantenido siempre la indisolubilidad en sentido estricto, pero se conocen algunas autorizaciones para contraer nuevo matrimonio entre los siglos IV y XII; además, el concilio de Trento se cuidó de no condenar la práctica de los orientales.

Esperando a que quizás otros estudios permitan a la iglesia ver con mayor claridad, se pueden recordar dos «evidencias» en Mateo: el matrimonio es indisoluble; la comunidad tiene que poner como primera regla en su pastoral a la misericordia, ya que Dios le ha concedido su misericordia.

El espíritu del sermón de la montaña

Podemos intentar señalar algunas líneas principales.

La revelación del amor del Padre celestial

La mención del Padre empieza ya al final del exordio (5, 16) e introduce de este modo el sermón propiamente dicho. Después constituye la conclusión de la primera parte (5, 44.48); Jesús acaba de darnos su nueva ley, pero nos lo advierte: no se trata de una «ley», sino de una exigencia de amor; cuando uno se siente amado, hay dentro de él una exigencia interior de parecerse a aquel que lo ama. Pues bien, vosotros sois amados por el Padre, que es perfecto. Por tanto, sed perfectos como él. La segunda

parte está totalmente empapada de esta presencia del Padre; será también en relación con ella como podrá saberse si uno es discípulo verdadero (7, 21).¹⁰

Pero esta imagen del Padre, ¿no tiene hoy acaso mala prensa? Esa imagen del Padre al que nada se le escapa, ¿no es acaso la imagen misma de la esclavitud? El primer deber del hombre adulto y responsable ¿no es el de liberarse de una vigilancia paralizadora? ¿No es acaso la muerte del padre, la eliminación de Dios, el camino necesario de la libertad?

¹⁰ El padre George ha comentado ya el Padrenuestro de Mateo en el Cahier Evangile n.º 5, 50-55. Sobre la importancia de la palabra «Abba-Padre», cf. el hermoso libro de J. JEREMIAS, Abba. Jésus et son Père. Seuil, Paris 1972, 142 p.

Ese padre que tantos hombres intentan actualmente destruir no es el del sermón de la montaña. El que provoca la rebeldía es el representante del destino, del pasado que pretende sobrevivir. Pero el Padre de Jesucristo no suscita hijos para prolongarse en ellos y tener una razón de vivir. En su Hijo tiene ya toda su razón de vivir. Si nos da el ser a nosotros, es por superabundancia de vida. La generosidad no se irrita con el don. El lirio de los campos crece bajo el sol de Dios. El pájaro es libre como el aire. ¿Cómo imaginarse que Dios pueda alienar a la más preciosa de sus «obras»?

El Padre que Jesús nos ha enseñado a amar es liberador porque es, en sí mismo, libertad perfecta. Esto es lo que explica la excepcional soltura con que Jesús asume su existencia, tanto en el gozo como en el drama, tanto en la amistad como bajo los golpes del odio.

«Ser discípulo de Jesús es acoger la oportunidad que nos ofrece (la gracia) de ser libres bajo la mirada del amor».¹¹ Y esa mirada de Dios nos revela a nosotros mismos. Para cambiar, para evolucionar, tenemos necesidad de que alguien nos espere, de que alguien nos ame, no solamente por lo que somos, sino también por lo que podemos llegar a ser. Pues bien, ese Padre se interesa ante todo por los gestos del hombre. «Esos gestos tienen un valor que el mismo hombre es incapaz de apreciar, y esto es lo que les da ese peso incalculable. Los gestos más elevados, la generosidad, el desprendimiento, la búsqueda de Dios, no alcanzan todo su valor más que cuando el hombre renuncia a valorarlos para ofrecérselos a una mirada mejor que la suya». Dios recompensa la ejecución de sus deseos «con su mirada, haciendo descubrir al hombre el precio incomparable que tienen sus gestos y el gozo que pone en ellos».¹²

Esto nos permite comprender por qué exige

¹¹ J. GUILLET, *Aujourd'hui la Bible*, n.º 129, 15-16.

¹² J. GUILLET, *Jésus devant...*, o. c., 113.

tanto Jesús. Vernos amados con semejante amor supone para nosotros una exigencia de amar con el mismo amor.

Las «lagunas del sermón»

Esto nos permite comprender también lo que se han llamado «las lagunas del sermón».

El sermón no es un reglamento exhaustivo de la vida de los discípulos. Traza algunas líneas generales y da luego unos cuantos ejemplos concretos.

El sermón no es, ni quiere ser, un «código de la carretera», que reglamente la vida de los discípulos en todos los detalles de su existencia. Se han observado en él las alternancias entre el «vosotros» y el «tú»; es que las palabras de Jesús son de dos clases:

«Están los mandamientos propiamente dichos, que se imponen a todo el que quiere ser discípulo de Jesús. Estas exigencias están ordinariamente formuladas en plural y van dirigidas a todos: amad, dad, perdonad... Otras muchas veces eliminan también explícitamente todas las excepciones posibles: todo el que se irrita..., el que mira a una mujer... Esos imperativos son universales, categóricos, radicales.

Pero casi siempre estos mandamientos van seguidos de otra fórmula, en singular, que constituye un ejemplo e indica una forma concreta de poner en práctica el mandato general: Si llevas tu ofrenda al altar... Si uno te abofetea... Si tu ojo derecho te escandaliza... Cuando das una limosna... Se trata de situaciones particulares en las que cada uno tiene que decidir por sí mismo. Los ejemplos que pone Jesús tienen siempre una significación radical, pero también resulta claro en todas las ocasiones que el ejemplo tiene que adaptarse a cada situación: el mismo Jesús, cuando fue abofeteado delante del sumo sacerdote, hizo advertir la injusticia de esa manera de proceder (Jn 18, 22s), y no sirve de nada arrancarse un ojo cuando el otro sigue estando

Por qué pide tanto Jesús...

«Las exigencias del sermón de la montaña son absolutas y carecen prácticamente de límites. El que adopta el principio de dar una hora de tiempo al que le pide la mitad, de privarse de lo necesario para dárselo a quien le pide lo superfluo, ese comprueba rápidamente que ya no se pertenece a sí mismo y que está a punto de hacerse devorar.

Pero no es ya en nombre de una ley, de una prescripción intangible, es porque anida en él una exigencia y porque renegaría de sí mismo si renuncia a ello.

Eso es lo que tiene de absoluto el sermón de la montaña no está hecho de rigor ni de intransigencia, de una observancia que mantener a toda costa, sino de una llamada que arrastra cada vez más lejos y que se identifica cada vez más con la personalidad más profunda. La exigencia más imperiosa acaba siendo la de la libertad»¹

«El sermón de la montaña lo pide todo, cuando pide que creamos en un Dios capaz de transformar la vida, de hacer nacer un hombre nuevo en el seno de nuestro universo»²

Esto es posible porque Jesús se dirige a unos

hombres que han realizado ya la experiencia del amor.

«La doctrina que Jesús propone a sus discípulos va dirigida a hombres liberados ya de los poderes del demonio merced a la buena nueva. A hombres que ya están dentro del reino de Dios cuya calidad irradian. A hombres que han sido perdonados, que encontraron la perla preciosa y han sido invitados a las bodas. A hombres pertenecientes por su fe en Jesús a la nueva creación, al mundo nuevo de Dios. Doctrina dicha a hombres en cuyas vidas irrumpió ya ese gran gozo del que nos habla la parábola del tesoro escondido en un campo, cuando quien lo encuentra se llena de alegría, va y vende todo lo que tiene. Doctrina dirigida a hijos pródigos recibidos nuevamente por el Padre en su casa.

Jesús les anuncia a todos ellos: vivid ya los tiempos de salvación. Pero propio de estos tiempos es también que la voluntad divina rija con todas sus exigencias. El consuelo de su perdón es también pretensión de Dios sobre toda nuestra vida»³

¹ J. GUILLET, «Jésus devant sa vie et sa mort» Aubler, Paris 1971 101

² Ibid 116

³ J. JEREMIAS, «Palabras de Jesús» FAX Madrid 1970, 02 93

abierto al escándalo».¹³ Jesús pasa de este modo de la ley a la sabiduría lo mismo que Moisés, da una ley; pero lo mismo que los sabios de Israel, «hace surgir su ley de su conciencia de hombre ., una palabra nacida de los encuentros de cada día, alimentada de los acontecimientos más comunes y de las preocupaciones más ordinarias,¹⁴ enseñándonos de esta forma a inventar en cada instante nuestro comportamiento concreto, a la luz del amor exigente del Padre

Jesús interioriza la ley

Así es como Jesús ha interiorizado la ley. X. Léon-Dufour ha resumido acertadamente las tres características de esta ley: «En el corazón de cada acción, la intención religiosa. En el corazón de toda acción religiosa, el amor. En el corazón de todo acto de amor, lo absoluto».¹⁵

¹³ J. GUILLET: Aujourd'hui la Bible, n.º 129, 15

¹⁴ J. GUILLET, Jésus devant ., o. c., 106.

¹⁵ X. LEON-DUFOUR, L'évangile selon saint Matthieu, o. c., 92

La ley prescribía unas cuantas actitudes religiosas. Lo mismo que los profetas, pero de una manera más radical, Jesús insiste en el sentido que hay que darles. Tener el corazón puro no es «guardar el cuerpo lo mismo que se guarda un tesoro», sino tener sobre el otro, en toda relación humana, la mirada misma del Padre. Es amarlo con el mismo respeto y el mismo deseo de hacer nacer una libertad.

Jesús personaliza la ley

Finalmente, Jesús ha personalizado la ley. Jesús puede invitarnos a vivir bajo la mirada del Padre porque él mismo es el Hijo. De esta forma, ser discípulo es entrar en esa relación que Jesús conoce con Dios. Con él y en él, «la ley nueva es una experiencia posible; la figura del Padre se convierte en el secreto de la existencia humana».¹⁶

¹⁶ J. GUILLET, Jésus devant ., o. c., 116.

2. JESUS, PODEROSO EN HECHOS. DIEZ MILAGROS (Mt 8-9)

La enseñanza de Jesús habría sido incompleta si solamente hubiera sido proclamada en palabras. Sus hechos en favor de los pobres y de los enfermos demuestran claramente que ha recibido de Dios el poder de realizar lo que anuncia y manifiestan al mismo tiempo que la salvación que propone alcanza al hombre por entero.

Puesto que ya hemos presentado la enseñanza de Mateo a través de los relatos de milagros,¹⁷ nos contentaremos aquí con ver la organización general de estos dos capítulos.

Estos diez milagros están agrupados en tres series distintas de relatos.

Jesús, el «siervo doliente» que nos salva (8, 1-17)

Las tres primeras curaciones de personas menospreciadas (un leproso, un pagano, una mujer) acaban con la cita de Is 53, 4: «El tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades». Modificando el texto de Isaías («tomó» en vez de «quitó», «enfermedades» en lugar de «pecados»), Mateo nos revela en Jesús a aquel que no solamente sufre por nuestros pecados, sino que, al hacerlo así, los destruye y nos salva. Ciertos matices propios de Mateo en estos relatos nos demuestran que esta salvación alcanza, por medio de la fe, incluso a los paganos, que la verdadera salvación es la resurrección (la suegra «se levanta» o «resucita»: es la misma palabra) y que la finalidad de la iglesia, de la que es signo la suegra de Pedro, consiste en «servir» a Jesús.

Jesús invita a seguirle (8, 18-9, 13)

Los tres milagros siguientes están encuadra-

¹⁷ Cf. L. L'ÉPLATENIER, *Jésus Seigneur de sa communauté. Les miracles selon saint Matthieu: Cahier Evangile n.º 8, 21-26.*

dos por las invitaciones de Jesús a seguirle. El puede permitirse llamar de este modo con una autoridad soberana, porque su palabra es todopoderosa, tanto sobre los corazones como sobre los elementos (la tempestad), tanto sobre los posesos como sobre las conciencias (el perdón de los pecados).

Hay dos pequeños relatos de vocación sobre el tema «seguir» que cortan la introducción del relato de la tempestad; luego, la llamada de Mateo («sígueme») cierra esta serie que acaba con una proclamación: «He venido a llamar, no a los justos, sino a los pecadores».

A través de estos relatos se percibe la lectura cristiana de la comunidad. El relato de la tempestad se convierte en una imagen de la vida de la iglesia: los discípulos siguen a Jesús en la barca-iglesia; celebran allí al señor resucitado (o «de pie», es la misma palabra) con el grito litúrgico: «Kyrie, sôson! — ¡Señor, sálvanos!»; Jesús les reprende por su «pequeña fe» y les muestra a los paganos, al mundo entero, exclamando al ver aquella barca-iglesia: «¿Pero quién es este hombre?».¹⁸ Nos sentimos igualmente sorprendidos al encontrar un plural después de la curación y el perdón al paralítico: «La gente se sobrecogió y glorificó a Dios, que había dado tal poder a **los hombres**» (9, 8). ¿Habrá que ver allí un indicio de que, en la comunidad, Mateo sabe que el poder de los ministros de perdonar los pecados viene de la autoridad de Jesús?

Jesús obliga a una opción (9, 14-34)

Los cuatro últimos relatos empiezan con una frase sobre el vino nuevo y los vestidos nuevos.

¹⁸ Mejor sería hablar de «seísmo amordazado» que de tempestad calmada, ya que Mateo utiliza una palabra que evoca los acontecimientos del final de los tiempos y que volveremos a encontrar en el discurso escatológico (24, 7), cuando la muerte de Jesús (27, 54) y cuando el sepulcro abierto (28, 2).

Lo nuevo y lo viejo son incompatibles; hay que elegir entre la novedad traída por Jesús, que se presenta como el esposo de su pueblo, y el «viejo» judaísmo. Los relatos, en los que se insiste en la fe, acaban con dos tomas de posición, car-

gadas con todo el drama que va a venir: las gentes se maravillan ante lo «nuevo» que aparece en Israel; los fariseos lo rechazan sin saber todavía que de esa forma consuman la ruptura de su «vieja» situación.

2. Jesús envía a sus discípulos a predicar y parte él mismo a predicar el reino (Mt 10-12)

Jesús acaba de proclamar, con sus palabras y sus hechos, el reino de Dios y de mostrar sus exigencias. De la gente empieza a brotar el grupo de los doce, que rodeaban a Jesús en la montaña y recogían sus enseñanzas en el curso de sus milagros.

Ahora Jesús envía a sus discípulos a predicar ese reino. Pues bien, al término de su discurso de envío... es Jesús el que parte para misionar. Sin duda, aún es demasiado pronto para ellos. Todavía es preciso que caminen largo tiempo a su lado por el camino de la cruz, en el sendero del servicio, para poder ser enviados la mañana de pascua realmente por todo el mundo.

Todo este «cuaderno» está situado bajo el signo del Padre. A él es a quien hay que rezar (9, 37-38), ya que es él el que tiene la iniciativa de la misión. Y esa misión tiene su origen humano en el corazón de Cristo, lleno de «compasión por la muchedumbre, porque estaban vejados y abatidos» (9, 36). Muchas veces se ha basado la misión —y «las misiones»— en la necesidad de ir a «salvar almas»; y es verdad. Pero con la condición de que no se olvide que la misión es ante todo una «necesidad» de Dios, del Padre, «dueño de la mies», de Cristo conmovido por nuestras miserias, del espíritu que anima a los enviados (10, 20).

1. EL DISCURSO APOSTOLICO (Mt 10)

Este discurso proviene sin duda de tradiciones diversas. Pero Mateo ha sabido organizarlas en un conjunto armonioso en el que se puede reconocer con Radermakers¹ una estructura concéntrica.

Conclusión. Jesús recorre **las aldeas**, llama y envía a **los doce** (9, 25-10, 5).

A. Proclamación de la **paz** y juicio de las aldeas que **no acogen** (10, 5-15).

B. **Persecuciones** prometidas y llegada del hijo del hombre (10, 16-23).

C. Conformidad del discípulo/siervo con el maestro/señor (10, 24-25).

B'. **Persecuciones** que no hay que temer y seguridad junto al Padre (10, 26-33).

A'. La **paz** o la espada; la recompensa de la **acogida** (10, 34-42).

Conclusión. Después de sus consignas a los **doce**, Jesús enseña en las **aldeas** (11, 1).

En el centro de este conjunto están los dos versículos sobre la conformidad del discípulo con el maestro. Esta «relación única que liga al discípulo con el maestro que lo envía es el fundamento del radicalismo del compromiso apostólico»² y da toda su fuerza a la expresión repetida tres veces: «Por causa de mí (o de mi nombre)» (10, 18.21.39).

El lugar y la extensión de este discurso manifiestan su importancia. Da una visión de conjunto sobre las condiciones de vida en la iglesia y sobre las condiciones del apostolado: la entrega total a la persona de Jesús. En vez de comentarlo, vamos a examinar con Radermakers sus líneas principales.

1. Misión universal

Parece paradójico hablar de misión universal

¹ J. RADERMAKERS, o. c., 133-147. Hay otros muchos detalles que manifiestan la correspondencia entre A - A' y B - B'.

² Ibid., 137

a propósito de un discurso que comienza con estas palabras: «No toméis el camino de los gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; dirigióis más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel».

Es que probablemente, en su primer sentido, estas órdenes eran restrictivas. Jesús se presenta como mesías de su pueblo; al reconocerlo, ese pueblo se convertiría de forma definitiva en el medio por el cual todos los demás pueblos podrían encontrarse de nuevo con Dios. Es ésta también la idea y la práctica de los apóstoles en los primeros tiempos de la iglesia (véase el comienzo de los Hechos).

Pero en la época en que escribe Mateo, parece ser que se ha reinterpretado a «Israel» en un nuevo sentido. Esta palabra podía tener un sentido geográfico o étnico, pero había tomado sobre todo un sentido teológico, designando a «todos aquellos que habían reconocido o reconocerían en adelante en Jesús el cumplimiento de la voluntad salvífica de Dios»³. Así, pues, el verdadero Israel es la comunidad de creyentes, tanto si proceden del judaísmo como del paganismo. «No tomar el camino de los gentiles» y no entrar en una ciudad de «samaritanos» significa entonces, en un primer nivel de lectura, una prohibición de orden geográfico, pero es también evitar un **camino** —una manera de obrar y de ser— y apartarse de una **ciudad** —un modo de vivir junto con los demás— que son los tipos del anti-Israel, opuestos a Jesús... El pueblo de Israel, sin dejar de ser lo que era, ha tomado las dimensiones de la humanidad entera... De este modo, el ministerio de Jesús por los caminos de Israel sigue siendo el tipo de todo ministerio»⁴.

La misión es absoluta: Jesús confía totalmente su autoridad a los doce y, a través de ellos, a

³ Ibid., 138.

⁴ Ibid., 140.

todos los discípulos venideros. Y es también una misión universal: los discípulos «no acabarán de dar vueltas por las ciudades de Israel», del verdadero Israel, hasta el fin del mundo.

2. Gratuidad de la misión

Es Dios el que tiene la iniciativa; por eso hay que pedirle que envíe a sus obreros. Y Jesús es el que los lanza a misionar, porque «se le conmueven las entrañas» al ver la miseria de los hombres.

El discípulo, por su parte, ha sido escogido gratuitamente, y no por causa de sus méritos. Lo ha recibido todo gratuitamente, y por eso tiene que darlo todo con esa misma gratuidad. Aquí la palabra «digno» significa ante todo que el hombre es totalmente acogido por ese don de Dios.

Pero, en el corazón de este discurso, los versículos 24-25 recuerdan la conformidad que debe reinar entre el discípulo y el maestro. No puede tener otra existencia y otro destino distinto del suyo y, como él, tendrá que sufrir y verse contradicho.

Lo mismo que su maestro, el discípulo está totalmente desguarnecido; su única seguridad es la de saber que es la autoridad del maestro la que se expresa a través de sus palabras y de

sus actos, que es el Padre el que vela sobre él y que es su espíritu el que le inspira.

3. Carácter decisivo de la misión

«Quien os acoge, a mí me acoge». Jesús se presenta como la presencia del reino por el que hay que votar en favor o en contra. Esta opción decisiva tiene que hacerla el discípulo, como todo creyente, como primer paso en su seguimiento de Jesús, y luego tendrá que obligar a cumplirla a los demás con su presencia y su acción.

Se comprende fácilmente que, ante las dificultades internas de su comunidad, ante las dificultades que sin duda tenían que arrostrar los predicadores de su tiempo, Mateo se haya vuelto hacia estas palabras de Cristo para descubrir en ellas a la vez el sentido de la responsabilidad de este apostolado y también los fundamentos de su confianza. Y también se comprende por qué finalmente esos discípulos no podrán ser realmente enviados al mundo entero más que por Jesús resucitado: precisamente cuando ha recibido todos los poderes, cuando ha entrado definitivamente en la gloria de Dios, es cuando puede enviar a su comunidad con la seguridad de que «estará con ella todos los días hasta el fin del mundo».⁵

2. JESUS SALE A MISIONAR (Mt 11-12)

Entonces parte Jesús para hacer lo que acaba de enseñar a sus discípulos. Vamos a ver cómo su predicación (en actos y en palabras) realiza el discernimiento entre los oyentes en el interior de Israel: unos lo acogerán —los «sencillos», los discípulos—, mientras que otros —los «sabios», los fariseos— lo rechazarán y su situación será peor que la anterior.

Estos capítulos 11-12 son evidentemente una composición teológica de Mateo: algunas repeticiones de otros pasajes anteriores le permiten señalar cómo va progresando el drama. Ciertas

correspondencias internas van organizando estos textos en torno a un eje central: el grito de júbilo de Jesús.

Este grito, que suele designarse como «el himno de júbilo» (11, 25-30), constituye el corazón de esta sección y le da su sentido. Puesto que vive en la intimidad del Padre, el Hijo ha re-

⁵ Sobre este discurso de misión, cf. RADERMAKERS y la bibliografía que cita, sobre todo P. TERNANT, L'envoi des Douze aux brébis perdues: *AsSgn* n.º 42 (1970) 18-32; W. TRILLING, Confession sans crainte: *Ibid.*, n.º 43 (1969) 19-28; *Id.*, Disponibilité pour suivre le Christ: *Ibid.* n.º 44 (1969) 16-20.

cibido el conocimiento de los misterios del reino y la misión de revelarlos. La acogida o la repulsa de esta revelación manifiesta si uno es «sencillo» o «sabio», si uno es de la familia de Jesús o no. De esta forma, este himno nos revela en toda su profundidad el discernimiento que los otros episodios nos muestran a punto de realizarse.

El misterio de Jesús empieza a desvelarse. En esta sección se agrupan diversos títulos de Jesús, que andaban dispersos por una y otra parte: sabiduría (11, 19), hijo (11, 25-27), hijo del hombre (12, 8), siervo (12, 18-21), hijo de David (12, 23); y se anuncia claramente la resurrección (12, 40).

Un giro decisivo

Ante este conjunto, saca uno la impresión de hallarse frente a un giro decisivo en el ministerio de Jesús de Galilea. Empezó proclamando el reino de Dios. Presentó luego ampliamente sus exigencias en el sermón de la montaña. Explicó luego concretamente a sus discípulos cuál habría de ser algún día su misión. Ahora Jesús percibe claramente que su predicación obliga a los corazones a manifestarse. Este conjunto, en cierto sentido, va desarrollando el drama, resumiendo su problemática y mostrando ya las líneas de solución.

Juan y la sabiduría manifestada por sus obras (11, 2-19)

Lo mismo que en Lucas (7, 18-28), Juan el bautista envía desde la cárcel a sus discípulos a preguntar a Jesús: «¿Eres tú el que tiene que venir...?» Es fácil de comprender esta duda —llena de emoción— del precursor: sabiendo que él era «la voz que grita» según Is 40, anunciaba al «señor que viene con fuerza» (Is 40, 10), al juez tremendo, al señor «que llega como un fuego» para purificarlo todo (Mal 3, 1-3). Pues bien, lo

que oye desde su prisión a propósito de Jesús es totalmente distinto.

Jesús le responde presentándole sus «obras». Mateo ha añadido esta palabra al comienzo y al final de este episodio, una palabra de sabor joánico que solamente se encuentra en este lugar de su evangelio para describir la actividad de Jesús. Esta enumeración está inspirada en los grandes anuncios del segundo y del tercer Isaías (Is 61, 1s; 35, 5-6; 26, 19), tal como lo hacía Jesús en la sinagoga de Nazaret según Lucas (4, 18s); de estos textos eran también un eco las bienaventuranzas. Por consiguiente, estas obras prueban, para el que conoce las escrituras, que Jesús es ciertamente el mesías.

Pero qué contraste con el mesías que anunciaba Juan. Por eso Jesús lo declara «dichoso» si no se escandaliza, si no tropieza en ese desconcierto total de sus pensamientos que se le propone.

Luego Jesús hace el elogio de Juan, un elogio extraordinario: «un profeta y más que profeta», «el más grande entre los nacidos de mujer». Pero extraña lo que viene a continuación: «Sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él». ¿Quiere esto decir que Juan queda descartado? Parece ser que en este caso Jesús no compara a dos personas: a Juan y al que entra en el reino; compara más bien dos órdenes de grandeza: la grandeza de Juan es todavía de esta tierra —y aquí es él el que ocupa el primer lugar—, pero ese orden no es nada en comparación con los privilegios que confiere la participación en el reino. «La atención no se detiene en Juan, sino que a partir de él se eleva hasta la consideración del reino venidero y de las condiciones de existencia totalmente nuevas que supone para los que tengan parte en él. Nos encontramos aquí en presencia de un ejemplo muy hermoso de la pedagogía de Jesús. Prácticamente, lo importante no es tanto admirar a Juan

como obrar de modo que tengamos parte en el reino de Dios».⁶

Y Jesús no se forja ilusiones. El estilo de Juan y el suyo son diferentes, pero los dos tropiezan con la misma oposición por parte de los jefes judíos. Sin embargo, «la sabiduría se ha acreditado por sus obras»; esa sabiduría no puede ser más que la de Cristo, bien la sabiduría de Dios y de sus designios manifestados por Jesús, o bien con mayor probabilidad esa sabiduría que es el propio Jesús (cf. 12, 42). Pablo podrá hacer de este título uno de los fundamentos más profundos de su cristología.⁷

A través de este elogio de Juan, se adivina que el precursor es también uno de esos «sencillos» que ha aceptado el desprendimiento total de sí mismo hasta la muerte, ese desprendimiento al que todos estamos invitados para reconocer en ese mesías humilde al que realiza el reino de Dios. En contraste, resulta dramático el juicio de Jesús sobre las ciudades del lago.

¡Ay de las ciudades del lago...! (11, 20-24)

Esas ciudades son desventuradas porque se imaginan haberse elevado hasta el cielo y están hinchadas de su «sabiduría», que les impide reconocer a la verdadera sabiduría a través de sus obras. «El reino sufre violencia», decía Jesús (11, 12): se vislumbra la queja de su corazón por esa violencia contra el reino que divide los ánimos; cuando uno está en presencia de él, ya no es posible más que optar por él y entrar en ese reino o negarle y verse rechazado. Para aceptarlo, es preciso despojarse de todo orgullo, de toda «sabiduría», hacerse sencillo. Esa acogida del reino por parte de los sencillos hace brotar entonces de labios de Jesús un salmo de acción de gracias, poco habitual en los sinópticos y muy

⁶ J. DUPONT, *Le Christ et son précurseur: AsSgn n.º 7 (1969) 16-25 (cita en 24-25)*.

⁷ Cf. A. FEUILLET, *Le Christ sagesse de Dieu d'après les épîtres pauliniennes. Gabalda, Paris 1966, 461 p.*

cercano al cuarto evangelio: el «himno de júbilo» (11, 25-30) (cf. página 42).

Después de ese himno, el capítulo 12 recoge estos mismos temas, mostrándonos concretamente dos categorías de «sencillos» y de «sabios»: los discípulos y los fariseos. También en esta ocasión son las obras de Jesús las que los van a manifestar.

Este capítulo 12 está encuadrado por una doble inclusión. El comienzo (12, 1-2) pone en escena a los discípulos y a los fariseos. Estos celebran un consejo para perder a Jesús (12, 14); los discípulos (12, 49) constituyen la verdadera familia de Jesús, porque cumplen la voluntad de Dios.

Los fariseos, «sabios» que rechazan (12, 1-14)

En su himno de júbilo, Jesús invitaba a los judíos a renunciar a ese «yugo» pesado de las prescripciones sin alma de los «sabios» judíos, para tomar su propio yugo, también exigente, pero con una exigencia completamente interior. Inmediatamente después tenemos un ejemplo de ello en una controversia sobre «lo que no está permitido hacer en sábado» (12, 2.12). «Jesús encuentra las raíces del judaísmo situando de nuevo al sábado como el espacio espiritual de la acción de Dios en la historia del hombre, pero al mismo tiempo renueva su savia dándole a esa acción divina una carne viva —la suya— en donde podrá desplegar toda su fuerza. Al reducir el sábado a una casuística de lo permitido y de lo prohibido, se cierran los ojos ante la realidad del sábado. No es el culto con todas sus prescripciones lo que tiene que ser su medida, sino la misericordia, la piedad, lo que da consistencia al compromiso del hombre en la acción de Dios.»⁸

En dos ocasiones, aquí y en 9, 13, Mateo ha añadido esta cita de Oseas. ¿Querrá quizás decir a los fariseos de su tiempo que está de acuer-

⁸ J. RADERMAKERS, o. c., 161.

do con su esfuerzo de renovación espiritual en la medida en que esta renovación les lleve a reconocer en Jesús al mesías? En efecto, Yohanan ben Zakkai, el que había organizado la emigración judía a Yamnia antes de la catástrofe del año 70, se apoyaba también en este pasaje de Oseas.⁹

En esta discusión sobre el sábadó, Jesús se afirma como superior al sábadó, una institución divina, por ser el hijo del hombre. Una serie de curaciones le permitirán a continuación proclamarse siervo de Dios.

Jesús, siervo de Dios, no apaga la mecha que todavía humea (12, 16-23)

Los fariseos acaban de decidir su muerte, y Jesús «se retira». Es el comienzo de ese movimiento de «retirada» (cf. 14, 13; 15, 21) que lo llevará hasta la cruz. En efecto, Jesús no es el juez que viene a condenar, sino —tal como se lo recordó a los enviados de Juan bautista— el siervo humilde, que cumple con su misión sin gritos y dejando a cada uno su oportunidad. Frente a los fariseos que traman su muerte, Jesús se retira para no precipitar el drama ni «apagar la mecha que todavía humea». Este juicio de Dios que se realiza en el silencio de Jesús y en su misericordia es sin duda un signo para los «sencillos» que le siguen y una esperanza para los paganos.

La gente se pregunta si no será el hijo de David. Pero los fariseos se cierran a la gracia y su situación va a empeorar.

⁹ Se cuenta que rabbi Yohanan ben Zakkai iba un día acompañado de su discípulo Yoshua; al ver el templo en ruinas, Yoshua exclamó: «¡Ay de nosotros, porque ha sido destruido el lugar donde fueron expiadas las iniquidades de Israel!». Yohanan respondió: «No te aflijas, hijo mío, porque tenemos otra expiación del mismo valor: los actos de misericordia; porque dice la escritura: «Quiero amor y no sacrificios». Citado por W. D. DAVIES, o. c., 110.

Esta «generación malvada» se hace peor (12, 24-35)

Este pasaje es uno de los más duros del evangelio. Jesús con sus actos de poder acaba de demostrar que en él ha llegado ya el reino de Dios. Los fariseos los interpretan como una manifestación diabólica. He aquí el pecado imperdonable, la «blasfemia contra el espíritu»: la repulsa de la revelación una vez que se la ha percibido en Jesús, repulsa que manifiesta que uno se pone voluntariamente fuera del reino. Jesús se convierte entonces en el juez que anunciaba Juan bautista, pero de un modo inesperado, llevando el juicio hasta el corazón del hombre. Cada uno forja su propio destino en su opción, una vez que ha recibido la revelación del reino en Jesús, a favor del espíritu que le urge para que lo acoja, o en contra de ese mismo espíritu. De forma que, después de esta revelación del reino, la situación de los fariseos —de los fariseos de todos los tiempos— resulta peor, ya que de ignorancia pasa a ser endurecimiento.

El signo definitivo frente al que hay que optar es finalmente la resurrección de Cristo, el «signo de Jonás» que se ha dado a esta generación. Probablemente Lucas ha conservado mejor la tradición primitiva; en él, el signo de Jonás no es más que Jonás predicando; hay que comparar su vida con Jesús, no por los «signos» extraordinarios realizados en él, sino por su misma persona que nos proclama la salvación de Dios (Lc 11, 30). Mateo, después de la resurrección, ve en la historia de Jonás, partiendo de un detalle secundario, una prefiguración de la resurrección. Aquello que poníamos de relieve en el sermón de la montaña, al decir que Jesús había interiorizado y personalizado la fe, alcanza aquí su más alta cima: nuestra opción fundamental se lleva a cabo sobre el misterio mismo de la persona del resucitado.

Se trata de un episodio dramático. Vemos a

El himno de júbilo (Mt 11, 25-30)

Yo te bendigo, Padre, señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y se las has revelado a sencillos. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito (11, 25-26).

Esta primera «estrofa» del himno de júbilo es una pieza antigua de la tradición, conocida —lo mismo que la segunda— por Lucas (10, 21-22). Su formulación está inspirada en la biblia, así como en las plegarias judías contemporáneas. Es lo que queda de una especie de salmo que brotó de los labios mismos de Jesús.

Los sabios y prudentes

Con estas dos palabras (cf. Dt 1, 13.15) designa Jesús a un solo grupo, opuesto a una sola categoría: los «sencillos». Está formado por aquellos que, en Israel, reivindicaban la sabiduría, la ciencia de la vida identificada con la ciencia de la ley. «Entre nosotros», escribe Flavio Josefo, se atribuye la sabiduría solamente a los que tienen una ciencia exacta de los preceptos y son capaces de explicar el sentido de las escrituras sagradas.¹ Se trata, pues, de los doctores de la ley. Frente a ellos están los sencillos.

Los sencillos

Los sencillos, mejor que «los pequeños»; esta última versión no vale en este lugar, ya que la noción opuesta no es la de adulto, sino la de sabio. La palabra griega (nepios) significa en primer lugar «niño», pero acepta también el sentido figurado de hombre poco inteligente y experimentado. Así es como la entienden los Setenta, cuando traducen por nepios la palabra hebrea peti («simple», «sencillo»). Pero en la biblia, como a veces en Qumran, estos «sencillos» llegan a gozar de los privilegios divinos y se convierten, lo mismo que los «humillados» (anawim), en objeto de la solicitud amorosa de Dios, cuya misericordia imploran. Al confesar su ignorancia, esperan sólo de Dios el don que puede remediarla (cf. Sal. 19, 9; 16, 6; 119; 130...).

«Tal ha sido tu beneplácito»

Lo que Jesús proclama es ante todo el don de la gracia, sin presupuesto alguno humano, a la ignorancia que se reconoce como tal y lo espera todo de la luz divina. Lo que aquí se expresa en su ruda formulación tradicional es la voluntad divina, a la vez gratuita, absoluta y concreta, que tiene en el Nuevo Testamento un matiz especial: Dios, en su misericordia, ha decidido ofrecer al hombre la salvación final, escatológica. Pero ha decidido ante todo iluminar al hombre

sobre su manifestación, escogiendo a los que el evangelio (Lc 2, 14), siguiendo a los himnos de Qumran (4, 32-33; 11, 9), llama «los hombres de buena voluntad». Esos son los «sencillos», que, al no poseer ninguna ciencia religiosa eminente y al ser queridos por Dios, reciben preferentemente la revelación.

Por tanto, su privilegio no se debe a ninguna virtud especial, como la humildad; la única razón que se señala se encuentra en Dios, no en el hombre. En el evangelio, los indigentes —los pobres, los «pequeños», los «niños», los pecadores (los más desamparados de todos)...— son protegidos, sin más razón que ella misma, por la voluntad misericordiosa de Dios.

Pero Mateo parece haber dado especiales matices al sentido de este texto.

Mateo moraliza

Efectivamente, según el contexto, los sencillos y su privilegio contrastan con la actitud y la suerte de Israel incrédulo. Pues bien, Israel no es responsable más que en la medida en que se deja conducir de buena gana por sus jefes religiosos (Mt 23, 13). Son ellos, en realidad, los que llevan el peso de esta falta colectiva, esos sabios e inteligentes cuyo saber les sirve de ocasión para nutrir un orgullo que los condena (23, 5-7). Pero Mateo quiere sobre todo subrayar, por oposición, las exigencias morales del cristianismo: «Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar 'rabbi'... El mayor entre vosotros sea vuestro servidor» (23, 8-11). Es posible que Mateo separe estas palabras del terreno neutral en que estaban situadas en su origen, para insistir en las cualidades religiosas, exhortándolos a la humildad, que es uno de sus temas favoritos (5, 3-4; 18, 1-4; 19, 14). De este modo es como los sencillos trazan un verdadero programa; mientras que algunos se excluyen a sí mismos con su orgullo, Mateo recuerda que es a los humildes solamente a los que Dios revela a su Hijo.

Revelación y conocimiento

Pero ¿cuál es el objeto de esta revelación? «Has ocultado estas cosas», «se las has revelado»: ¿qué cosas? Esta oposición vuelve a aparecer en el discurso de las parábolas (13, 10-17), en donde Mateo desarrolla un inciso que estaba ya presente en Marcos (4, 10-12), no sin variar el sentido: «A vosotros se os ha dado el conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no... Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden» (13, 11-13).

El objeto de la revelación son los «misterios del reino de los cielos», el designio de salvación concedido eternamente por Dios, revelado por Jesús y pre-

dicado luego por los misioneros cristianos, la «buena nueva» comunicada a los creyentes y extendida por «todas las naciones».²

Único y supremo mediador, Jesús no ejerce esta función más que sobre la base de una relación excepcional con Dios. Es lo que nos enseña la segunda «estrofa».

Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (11, 27).

Dios conoce al Hijo

Este hecho figura en primer lugar, porque es el fundamento del segundo. «Conocer», según el lenguaje bíblico, supone no tanto una percepción intelectual, sino más bien una determinación que concierne a una persona o a un grupo, acompañada por tanto de una opción y de una garantía soberana con vistas al cumplimiento. Pero para que este conocimiento alcance su objetivo, es necesario que le responda una marcha análoga. Y eso es lo que ocurre: «El hijo conoce al Padre». Jesús tiene una experiencia íntima del Padre dentro de su fidelidad; pues no se trata aquí de un justo o de un profeta, sino del «Hijo»: sólo el Padre conoce al Hijo, sólo el Hijo conoce al Padre. Pues bien, si el mandato es único, también lo es su ejercicio: los hombres no conocen los designios de Dios más que si Jesús decide hacerles participar de su propia experiencia.

Aunque siempre con la condición de que ellos quieran, o, más concretamente, de que no venga a interponerse nada entre ellos y la luz. Si no, «escucharéis bien, pero no entenderéis; miraréis bien, pero no veréis» (13, 14; Is 6, 9). En otras palabras, se requieren ciertas disposiciones morales para que el hombre pueda recibir la revelación confiada a Jesús. Los sencillos son precisamente los que carecen de ese espíritu imbuido de saber humano y de ese corazón hinchado de orgullo, que les hacen impenetrables a la luz. Conscientes de su indigencia, puros clientes de Dios, merecen que se les apliquen aquellas palabras: «Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen» (13, 16). Lucas escribe: «Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis» (10, 23); para Mateo, la razón de la dicha de los discípulos «no se encuentra en el acontecimiento que ven, en el sentido físico de ese verbo, sino en las disposiciones personales que permiten a los discípulos ver espiritualmente, esto es, comprender» (J. Dupont). Sólo los que confiesan que no saben caminar por sí mismos obtienen de Cristo que él les trace la ruta para caminar.

Operación «puertas abiertas»

Mateo, al anunciar las condiciones de la salvación, piensa en todos los que descuidan su cumplimiento: tanto los judíos como los malos cristianos se ven igualmente amenazados por los castigos supremos (8, 12; 22, 13). Los primeros, en particular, descaminados por sus «guías ciegos», no tienen otra salida más que la perdición. En cuanto pueblo, Israel se ha desviado definitivamente de la salvación. Pero la puerta sigue estando abierta para quienes desean entrar en la iglesia.

Y esa es la finalidad de la última «estrofa», propia de Mateo:

Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera (11, 28-30).

¿Quiénes son los llamados? Nos lo indica un vericillo del discurso antirrabínico (23, 4): son los judíos agobiados bajo las «cargas pesadas» que sus jefes les imponen. A esos oprimidos les ofrece Cristo su «yugo», es decir, un compromiso caracterizado por una obediencia absoluta a los deseos divinos claramente señalados. El yugo de Cristo es «cómico», «bien ajustado», no hiera a quien lo lleva, y su «carga» es ligera. ¿Cómo es esto posible? En efecto, después del sermón de la montaña Cristo no proclama una religiosidad confortable. Pero la austeridad de la vida cristiana se ve ampliamente compensada por el «descanso» prometido, que no es todavía el del cielo, verdadera tierra prometida (cf. Eclo 6, 26; 51, 27), sino el consuelo, la paz y la libertad que sienten en esta tierra los fieles del maestro «manso y humilde de corazón».

Esta es la razón última de esta felicidad: porque Jesús es un maestro misericordioso, por eso invita a los agobiados a ponerse bajo su dirección. Con la mención del «corazón» añadida a «manso y humilde» (cf. Sof 3, 12), Mateo interioriza más aún esa «modestia». Cristo sabe muy bien de lo que está hablando: como maestro de doctrina y en el ejercicio de sus otras funciones (21, 5), demuestra una infinita bondad para con los hombres.

Simon LEGASSE

¹ «Antiquitates Judaicae», 20, 264; cf. también Eclo 19, 20; 24, 23 y toda la tradición judía y esenia.

² Cf. Rom. 16, 25; 1 Cor 1, 26-27; 2, 2; 4, 3; Ef. 1, 9. La fórmula está sacada de los apocalipsis judíos, especialmente de Daniel (2, 17-28). La encontramos también en Henoc de Qumran. En esta literatura, el «misterio» expresa «los decretos de Dios destinados a la última revelación, en otras palabras, a los últimos acontecimientos, a la situación final. Estos acontecimientos preexisten realmente en el cielo, en donde es posible contemplarlos; pero no dejarán de estar ocultos a los hombres hasta su cumplimiento al final de los tiempos» (cf. G. BORNKAMM: TWNT IV, 822).

los «sabios» cerrarse ante el mensaje y a aquella «generación» hacerse aún más perversa. Pero el capítulo termina con una nota de esperanza: esa «generación» no es todo Israel.

La verdadera familia de Jesús (12, 46-50)

Los discípulos permanecían a la sombra desde el comienzo de este capítulo. Vuelven a aparecer ahora y se adivina que en ellos está ya presente el verdadero Israel, el que «hace la voluntad del Padre», el que es por tanto la verdadera familia de Jesús.

A través de todo este conjunto se va precisando el drama; estos capítulos resultan conmovedores, porque nos damos cuenta de que también nos interpelan a nosotros, que somos también según los casos «fariseos» y «discípulos». En la vida histórica de Jesús, tal como nos la presenta Mateo, se adivina ya que las suertes están echadas, que cada uno ha optado, que está casi consumada la división entre Israel «generación malvada» y el verdadero Israel. El discurso en parábolas será la última advertencia de Jesús: la cosecha está granada, el juicio se acerca, todavía hay tiempo.

3. La opción decisiva ante la predicación del reino (Mt 13-16, 13)

Al llegar a esta última página del ministerio de Jesús en Galilea, podemos mirar el camino recorrido. «Desde que comenzó a manifestarse a sus contemporáneos (3, 13), su presencia no ha dejado de cuestionar a todos los que se encontraban con él. Provoca reacciones, tomas de actitud ante él, y vemos que poco a poco se va realizando un discernimiento en su auditorio. Insensiblemente al principio, luego con mayor claridad después de las controversias del capítulo 12, se dibuja una oposición entre los jefes religiosos de Israel (los escribas y los fariseos), mientras que en el seno de las gentes que escuchan a Jesús y se maravillan va surgiendo poco a po-

co un grupo de discípulos».¹ A esos discípulos ha confiado de antemano su autoridad para anunciar el reino de Dios.

En esta última etapa, Jesús realiza un último esfuerzo ante las gentes, pero sin ilusiones, porque ellos no pueden «comprender» (una de las palabras-clave de este conjunto, que no se encuentra en ningún otro lugar de Mateo); los fariseos se endurecerán cada vez más; en cuanto a los discípulos, que aquí se manifiestan como un grupo bien constituido, «comprenden» de tal forma que pronto podrán, por boca de Pedro, confesar su fe.

¹ J. RADERMAKERS, o. c., 173.

1. EL DISCURSO EN PARABOLAS (13)

A diferencia de los otros dos sinópticos, Mateo ha situado el discurso en parábolas al final del ministerio galileo, lo cual le da ya un acento especial: no será para las gentes una enseñan-

za fácil de entender, por ser en imágenes, sino el último esfuerzo de Jesús para llevarles a la opción, ya que la cosecha, el juicio, está cerca.

Por el contrario, para los discípulos será una catequesis que les permitirá «comprender».

Es imposible comentar aquí estas parábolas o trazar su género literario;² nos contentaremos con esbozar las líneas generales del pensamiento de Mateo.³

Estructura del capítulo

Siete parábolas, de las que cuatro son propias de Mateo. Para un judío, el número siete evoca los días de la semana y de la creación. «Por tanto, se subraya así discretamente la dimensión espacio-temporal o histórica de la vida humana: las siete parábolas del reino sugieren la revelación, en el tiempo, de la realidad del reino de Dios.⁴ Y la octava (v. 52) sugiere la plenitud, el cumplimiento.

Los especialistas no están, ni mucho menos, de acuerdo al trazar la estructura de este capítulo. J. Dupont y algunos otros ven en él dos secciones paralelas (1-23 y 24-52): una exposición en parábolas a la gente, unas observaciones sobre el procedimiento parabólico, y unas explicaciones a los discípulos. Radermakers es más sensible al cambio de auditorio de los versículos 1-35: Jesús, desde la orilla, se dirige a la gente y a los discípulos; se trata de oír y de comprender; los versículos 34-35 son una conclusión; luego, en los versículos 36-50, Jesús, en

² Quizás algún día un cuaderno, análogo al de los *magros*, presentará de forma sintética las parábolas evangélicas. Entretanto pueden consultarse los *Cahiers Evangile (antigua serie)* n.º 67, *Le discours des paraboles*; n.º 68, *Les paraboles du jugement*; n.º 72, *Les paraboles de l'attente et de la miséricorde*. Cf. también el artículo técnico de A. GEORGE, *Parabole, en Supplément au Dictionnaire de la Bible, o su resumen en AsSgn (1.ª serie)* n.º 15 (1965) 32-44; J. JEREMIAS, *Las parábolas de Jesús. Verbo Divino, Estella 1971; Cahiers bibliques* n.º 5, *La lecture des paraboles (1967)*; J. BRIERE, *en Aujourd'hui la Bible*, n.º 128.

³ Cf. J. RADERMAKERS, o. c., 173-194; J. DUPONT, *Le point de vue de Matthieu dans le chapitre des paraboles en L'évangile selon Matthieu, rédaction et théologie. (Journées bibliques de Louvain, 1970). Duculot, Gembloux 1972, 221-259.*

⁴ J. RADERMAKERS, o. c., 174.

la casa, se dirige a los discípulos para revelarles el reino.

Aunque comprendemos perfectamente las razones de esta última presentación y de la anterior, propondremos otra basada más bien en el sentido que en los indicios literarios.

En efecto, J. Dupont observó atinadamente que hay aquí dos grupos antitéticos: los discípulos y la gente, por una parte, esto es, los «hijos del reino» (o los justos), y los «hijos del malo» (o los malos), por otra parte. Pues bien, parece ser que Jesús trata del primer grupo sobre todo en la parábola del sembrador (3-23) y del segundo en las otras parábolas (24-52).

1. Oír y comprender. La gente y los discípulos (13, 3-23)

En labios de Jesús, la parábola del sembrador parece ir dirigida a unas personas decepcionadas al ver el fracaso de su predicación. Jesús quiere comunicarles su confianza: él anuncia la venida del reino; los fracasos no prueban nada, ya que la cosecha llegará algún día. Y es al mismo tiempo una enseñanza sobre el propio Jesús: Jesús es el que inaugura el reino de Dios.

La aplicación de esta parábola en la comunidad primitiva se interesa sobre todo por el terreno, esto es, por la calidad de las personas que reciben esta palabra. No se palpa tanto la seguridad de una buena cosecha. Se piensa ante todo en el peligro de fracasar, en las disposiciones que impiden que la palabra dé fruto. Cada uno de los evangelistas acentuará uno de los aspectos.⁵

Marcos se muestra más sensible a la situación de su tiempo: el peligro principal está en las persecuciones, ya que muchos cristianos corren el riesgo de flaquear.

Lucas demuestra que la acogida de la pala-

⁵ Cf. J. DUPONT, *Le semeur est sorti pour semer (Mt 13, 1-23): AsSgn* n.º 46 (1974), o, más desarrollado, en *Cahiers Bibliques (Foi et Vie)*, n.º 5, 3-25.

bra supone por parte del hombre la fe y, sobre todo, la perseverancia en el momento de la tentación. No se trata tanto de un contexto de persecución como del de la tibieza en la vida cotidiana.

Mateo insiste en la necesidad de «comprender» el mensaje: su inteligencia espiritual es lo que lleva a ponerlo en práctica.

Y es esta «comprensión» la que determina, en él, la distinción entre la gente y los discípulos (versículos 10-17). ¿Por qué habla Jesús en parábolas? Da dos respuestas. En primer lugar apela a la iniciativa divina: «Es que a vosotros se os ha dado (por parte de Dios) el conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no». Mas no se trata de un capricho arbitrario de Dios: Dios da a los que ya «tienen». «La razón de esta distribución se encuentra finalmente en los propios interesados». Efectivamente, como segunda respuesta Jesús señala: «Por eso les hablo en parábolas, **porque** viendo no ven...». Marcos escribía: «**para que** viendo no vean». Mateo se complace en subrayar que Jesús no quiere la ceguera de la gente, sino que la reconoce solamente. «Evidentemente, esta incapacidad de ver y de comprender es considerada como culpable, y el discurso en parábolas, que saca de esto sus consecuencias, se presenta como una condenación y un castigo».⁶

Esta presentación es dramática y nos interpela también a nosotros. Porque no puede verse en estos dos grupos (discípulos y gente — los que comprenden y los que no comprenden) simplemente a los cristianos y a los judíos. Solamente el último terreno da fruto, pero los anteriores, más o menos, han acogido también la palabra. Mateo parece como si nos lo advirtiera: uno comprende o deja de comprender según sus disposiciones de corazón, y éstas no dependen del hecho de estar dentro o fuera de la iglesia. «El criterio que discierne a los hombres y se-

⁶ J. DUPONT, a. c., 236.

gún el cual habrán de ser juzgados, es la práctica de la justicia más bien que la pertenencia a tal o cual comunidad religiosa».⁷

2. El reino del Padre y el del hijo del hombre (13, 24-52)

De estas seis parábolas, hay cuatro emparejadas: el grano de mostaza y la levadura (31-33), el tesoro y la perla (44-46); las otras dos, parecidas en el fondo, sirven para encuadrarlas: la cizaña (24-30) y la red (47-50); en el centro va la explicación de la cizaña (36-43). Por tanto, es esta parábola y su explicación lo que da su sentido al conjunto.

La explicación de la cizaña ⁸

Este texto parece ser obra de Mateo. Nos presenta al hijo del hombre y al diablo sembrando en el mismo campo, que es el mundo, a los «hijos del reino» y a los «hijos del maligno». Tras la cosecha, sólo los primeros brillarán en el «reino del Padre».

Así, pues, nos encontramos con dos reinos: el del Padre no existe como tal hasta el fin de los tiempos; el del hijo del hombre existe ya y se identifica con el mundo, con la humanidad entera; contiene tanto pecadores como justos, ya que este reino y el del maligno se entrelazan mutuamente. No se trata aquí, en primer lugar, de la iglesia. «La cuestión esencial a los ojos del evangelista no es saber si uno es o no es cristiano, si uno pertenece a la iglesia o no, sino más ampliamente si uno cumple la voluntad del Padre celestial o no. Cristiano o no cristiano, cada hombre será juzgado según su conducta».⁹

⁷ Ibid., 240.

⁸ M. DE GOEDT, *Jésus parle aux foules en paraboles* (Mt 13, 24-43): *AsSgn* n.º 47 (1970) 18-27.

⁹ J. DUPONT, a. c., 229. *Esta enseñanza es importante; a veces se confunde demasiado aprisa a la Iglesia y al reino. La iglesia no es el reino de Dios, que sólo se realizará al final de los tiempos; tampoco es el reino del hijo del hombre, ya que la soberanía de éste no se limita a ella, sino que alcanza al mundo entero. La iglesia es el*

Esta explicación da sentido a las dos parábolas de la cizaña y de la red. Las dos parejas de parábolas que la enmarcan hacen resonar en este conjunto especiales armonías.

La mostaza y la levadura: el reino de Dios acabará imponiéndose

Su sentido es muy parecido al de la parábola del sembrador. Pero el contexto le da un gran vigor. En este mundo, en el que el mal y el bien están mezclados tan íntimamente, ¿quién va a ganar? Estas dos parábolas establecen un mismo contraste entre un comienzo insignificante (un pequeño grano, un poco de fermento) y el resultado maravilloso. El reino comienza pobremente, pero irá creciendo contra todo; será capaz de revolucionar el mundo.¹⁰

El tesoro y la perla: apostar todo por el gozo del reino

Estas dos parábolas insisten en la disposición esencial para formar parte de este reino: estar dispuesto a venderlo todo por él. A primera vista esto parece una locura, pero el hombre lo da todo «por su gozo». El que ha saboreado un poco de las delicias de este reino, comprende que es allí donde está el verdadero tesoro y se compromete hasta el fondo.¹¹

Hemos dejado al margen los versículos 34-35, que recogen la razón por la que Jesús habla en parábolas, pero en un sentido muy distinto. Aquí se advierte quizás que esa división entre «discípulos» y «gente», entre los que comprenden y los que rechazan, se realiza en el corazón del mismo mundo, de este reino del hijo del hombre. Pero

lugar particular, en ese reino, en donde se ejerce su acción y donde, a través de ella, Cristo tiene que irradiar su poder sobre la humanidad entera.

¹⁰ Quizás convenga evitar una aplicación demasiado frecuente: no son los cristianos «el fermento en la masa», sino el reino de Dios.

¹¹ J. DUPONT, *Encore des paraboles* (Mt 13, 44-52): *AsSgn n.º 48 (1972) 16-26.*

sobre todo la razón es puramente positiva: Jesús habla así para «publicar lo que estaba oculto».

Los discípulos convertidos en escribas (13, 51-52)

Jesús no explica a sus discípulos las últimas parábolas; las han «comprendido». A Jesús le hubiera gustado que los escribas, con toda la riqueza del «viejo» testamento, se convirtieran en discípulos para descubrir lo «nuevo». Ese será el caso de Pablo. Pero, puesto que se niegan a ello, serán los discípulos los que se conviertan en «escribas» por la inteligencia de los misterios del reino, sin pasar por la ciencia rabínica.

2. HACIA LA CONFESION DE CESAREA (Mt 13, 53-16, 12)

A través de las secciones precedentes, hemos visto cómo del seno de la gente iba brotando poco a poco el grupo de los discípulos. La sección de las parábolas consuma la distinción entre la gente que no comprende y los discípulos que empiezan a comprender.

En esta nueva sección, en la que Mateo sigue muy de cerca a Marcos, empieza a destacarse en el grupo de **discípulos** el personaje **Pedro**. Jesús no habla ya a la **gente**, que se ha cerrado a su mensaje (Jesús es rechazado en Nazaret: 13, 53-58), sino que continúa solamente respecto a ella con su actividad de salvador (milagros). Se va endureciendo la oposición de los **responsables religiosos**.

Jesús, profeta despreciado por los suyos (13, 53-58)

La repulsa de sus paisanos de Nazaret constituye el último resumen de Mateo de la actividad de Jesús en Galilea. Se trata de constatar un fracaso. El relato de la ejecución de Juan bautista por Herodes viene a añadir un colorido trágico: a través de ella, se presiente lo que puede

pasarle a Jesús (¿no lo compara Herodes con Juan?). Y Jesús se retira.

Empieza entonces lo que se ha llamado la «sección de los panes» (14, 13-16, 12).¹²

La primera multiplicación de los panes (14, 13-21)¹³

Esta multiplicación de los panes brota del sentimiento de piedad de Jesús por la gente. No se nos dice, como en Marcos, que les esté enseñando; lo que hace es entregar los panes multiplicados a los discípulos para que éstos se los distribuyan. Este relato está calcado sobre el de la institución de la eucaristía.

El relato del paseo sobre las aguas (14, 22-23)¹⁴

Sigue el relato de Marcos, con algunos matices que le dan un nuevo significado. Por ejemplo, en el versículo 24 no son los discípulos los que «se fatigaban remando», sino la barca la que se ve «zarandeada por las olas». El relato del «seísmo amordazado» (la tempestad) nos ha mostrado ya que Mateo veía en esta barca un símbolo de la iglesia. Es también esta iglesia por la que aquí se preocupa. Esta secuencia (la noche, Jesús rezando, los discípulos desamparados, nuevo encuentro con Jesús) se encuentra en Marcos (1, 35-38) al comienzo del ministerio de Jesús; en Mateo la encontramos aquí, en la tempestad y en la agonía. «No creo que sea una casualidad el que la marcha sobre las olas siga a la multiplicación de los panes, mientras que la agonía

¹² L. CERFAUX, *La section des pains*, en Recueil L. Cerfaux. *Duculot*, I, 1954, 471-485; cf. J. DELORME, *Lecture de l'évangile selon saint Marc: Cahier Evangile n.º 1/2*, 58-69.

¹³ Cf. F. PROD'HOMME, *Les pauvres rassasiés au festin du Royaume: AsSgn n.º 49 (1971) 17-26*.

¹⁴ Cf. G. GAIDE, *Jésus et Pierre marchent sur les eaux: AsSgn n.º 50 (1974) 23-31*.

siga a la institución de la eucaristía; la multiplicación de los panes prefigura a la eucaristía, alimento del hombre que camina en la noche de la fe». ¹⁵ Mientras que en Marcos el relato acaba con el estupor de los discípulos, de corazón endurecido, que no han comprendido, en Mateo termina con una profesión de fe: «Verdaderamente tú eres Hijo de Dios». Si Marcos subraya que el misterio de Jesús sigue cerrado hasta la resurrección, Mateo quiere sobre todo presentarnos el ejemplo de lo que tenemos que hacer hoy en esa barca-iglesia: reconocer en Jesús al Hijo de Dios.

Mateo ha añadido a su relato el de Pedro caminando sobre las aguas. Lo había nombrado ya el «primero» en la lista de los doce (10, 2); se presiente que Pedro empieza a ocupar un lugar especial en esta barca-iglesia, como se verá más adelante (16, 13-20 y 17, 24-27). Su pregunta es ambigua: ¿expresa su fe o su duda? «Pedro encarna el camino de la fe en el corazón del hombre; cree, pero su fe sigue siendo frágil. Cuando no piensa más que en Jesús, es fuerte; cuando vuelve a tomar conciencia de su condición humana, «se hunde». Pero grita: ¡Señor, sálvame! Y entonces Jesús lo sostiene y lo salva. Imagen auténtica de las luchas del hombre por Cristo: por la fe y el amor, el hombre se ve en cierto modo agarrado a Cristo». ¹⁶

Tras los **milagros de Genesaret** (14, 34-36), viene una **controversia** que enfrenta a Jesús con los fariseos y los escribas (15, 1-20): ¿Por qué los discípulos comen pan sin lavarse las manos ritualmente? Jesús les demuestra que no han comprendido, lo mismo que los discípulos de antaño, la «novedad» del evangelio. Nos vemos remitidos de nuevo a las enseñanzas del sermón de la montaña sobre la interiorización de la ley realizada por Jesús.

¹⁵ *Ibid.*, 28.

¹⁶ *Ibid.*, 29.

La fe de la pagana (15, 21-28)¹⁷

También la fe de la cananea se expresa simbólicamente con la imagen del pan. Su fe consiguiera de Jesús un milagro, como no había podido conseguirse en Nazaret (13, 58). Y aparece el universalismo del evangelio. Esta primera parte de la sección de los panes concluye con un grito de admiración de las gentes, suscitado por los actos de poder de Jesús.

La segunda parte comienza con la **segunda multiplicación** (15, 32-39). Luego, en una **contro-**

¹⁷ Cf. GATZWEILER, Un pas vers l'universalisme: la Cananéenne: *AsSgn n.º 51 (1972) 15-24.*

versía con los fariseos (16, 1-4), Jesús rompe con ellos: «Y dejándolos, se fue».

El último episodio de esta sección manifiesta que los discípulos tienen que seguir progresando en su fe. En la discusión sobre **el pan y el fermento de los fariseos** (16, 5-12), Jesús resume para sus discípulos el significado de esta sección: los milagros de los panes, alimento para las gentes, eran ante todo enseñanza para ellos. Ahora comprenden que les toca escoger entre la enseñanza de los fariseos y la novedad que les trae Jesús.

La sección siguiente demostrará que, esta vez, han comprendido.

II

LA COMUNIDAD EN EL REINO DE DIOS (Mt 16-28)

En nuestra lectura de Mateo nos habíamos propuesto ver, con la confesión de Pedro en Cesarea, el comienzo de la segunda parte del evangelio. Efectivamente, parece que nos encontramos aquí con un nuevo giro. Hasta entonces teníamos tres grupos: la gente, de la que se destacaban poco a poco los discípulos, y los adversarios de Jesús.

Con el discurso en parábolas, vimos que las gentes «no comprendían» y que la repulsa de Nazaret era el símbolo del fracaso de Jesús en Galilea. Las gentes desaparecieron prácticamente hasta la pasión, cuando los adversarios de Jesús logren que se vuelvan contra él. En adelante, Jesús sólo tiene que enfrentarse con sus adversarios y dedica sobre todo su actividad a la enseñanza de los discípulos. El grupo de éstos se va afirmando y «comprendiendo». En su seno empieza a destacar Pedro, que, en nombre de todos, proclama: «Tú eres el Cristo, el hijo del Dios vivo». La comunidad de Jesús, su Iglesia, está ya formada. Por tanto, en adelante es ella la que lo con-

fiesa, pero es también la que lo tienta, la que lo abandonará durante la pasión, y la que terminará adorándolo la mañana de pascua, antes de ser enviada al mundo entero.

Esta parte comprende dos «cuadernos»:

* Tras el «episodio-eje» de los sucesos en torno a Cesarea (16, 13-17, 27), empieza el «cuaderno» —el cuarto de este evangelio— en que Jesús da a su comunidad sus reglas de vida (18). Luego, en cinco capítulos, Mateo nos muestra a Jesús subiendo de Galilea a Jerusalén, con su comunidad, prosiguiendo su enseñanza y chocando con sus adversarios.

* El último «cuaderno» comprende también un conjunto de discursos (24-25): Jesús anuncia la venida inminente del reino de Dios, y el gran relato de la pasión-resurrección en que Mateo nos muestra esta venida del reino anunciado, que ha sido inaugurada en la muerte y glorificación de Jesús (24-28).

La comunidad confiesa a su Señor *(Mt 16, 13-17, 27)*

Hemos llamado a este conjunto de relatos un «episodio-eje». Es decir, que si por un lado constituye una nueva introducción, paralela a la primera (3-4), por otra es la conclusión de los acontecimientos precedentes.

Pedro, roca de la iglesia, proclama al Hijo de Dios (16, 13-20)

Al fin de este largo período de preparación, Jesús se atreve finalmente a plantear la cuestión: ¿Quién dicen que soy yo?... ¿Y vosotros, quién decís que soy yo? Algunos de los de la muchedumbre han reconocido en Jesús a un profeta. Pero Pedro, en nombre del grupo, lo proclama como el profeta, el mesías o Cristo. Tal es la respuesta que da, según san Marcos, y tiene todas las probabilidades de que fuera ésa precisamente la del apóstol en aquella ocasión. Pero, según san Mateo, su afirmación es la siguiente: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo». Imposible ver en la expresión «Hijo de Dios» el sentido relativamente débil que podía tener en aquella época, equivalente al título de mesías o de

hijo de David. La solemnidad de la frase, los artículos (**el** Hijo de Dios **el** vivo), la respuesta de Jesús nos llevan a reconocer allí la plenitud de la fe cristiana, tal como la irán descubriendo los apóstoles poco a poco después de la resurrección. En el bautismo, era el mismo Padre quien proclamaba la identidad de su Hijo; ahora lo hace por medio de su iglesia.

La «bienaventuranza» dirigida a Pedro y su nombramiento son propios de Mateo. Su carácter tan arcaico, las frases rítmicas que forman asonancias en arameo, el juego de palabras imposible en griego («Tú eres Pedro y sobre esta piedra...»: en griego, lo mismo que en castellano, Pedro es masculino y piedra femenino), nos advierten que este texto es muy antiguo y que no se trata de una composición de la comunidad primitiva. ¿Quiere esto decir, sin embargo, que lo pronunció Jesús en estos momentos? Podríamos pensar más bien en la pasión (en paralelismo con el texto de Lc 22, 31-32) o incluso en el período después de pascua (cf. Jn 21, 15-19).

Esta «bienaventuranza» nos indica que se tra-

ta de una revelación del Padre, y esto confirma el sentido fuerte que tiene esta expresión.

El «nombramiento» de Simón, llamado en adelante «**Piedra**» señala, como siempre que tiene lugar un cambio de nombre en el Antiguo Testamento, una nueva misión. El nombre de «piedra» o de «roca» recuerda aquella «piedra fundamental» que designaba al mesías en Isaías (26, 16). Simón, pues, recibe la misión de ser el fundamento de la comunidad. Efectivamente, sobre esa piedra edificará Jesús «**su iglesia**». Esta palabra no se emplea más que dos veces en Mateo, aquí y en 18, 17. En sí misma, esta palabra no resulta extraña: traduce el «**qahal**» hebreo, la asamblea de Dios; lo que es nuevo es el adjetivo posesivo: «mi» iglesia —declara Jesús, cambiando de este modo o profundizando el sentido de la palabra—; en adelante, la santa asamblea de Dios será la que él convoque, la que él funde sobre esa roca que es Pedro. De este modo, la fuerza de la muerte no podrá nada ante ella; más aún, la muerte no podrá siquiera resistir los ataques que la iglesia lance contra ella. Finalmente, Jesús confía a Pedro **las llaves**, esto es, lo convierte —según Is 22, 22, por ejemplo— en su primer ministro, confiándole el poder que él mismo tiene según el Apocalipsis (3, 7). **Atar-desatar** expresa entre los rabinos la totalidad del poder, bien sea el de prohibir y permitir (= establecer reglas), bien el de condenar y absolver (= excluir de la comunidad y admitir en ella). El poder de las llaves confiado a Pedro, pero también al conjunto de la comunidad (Mt 18, 18), es por tanto un poder espiritual. Lo que constituye su peso es que Dios lo ratifica.

Sobre la base de este texto están de acuerdo todos los cristianos en reconocer que se le concedieron a Pedro unos poderes particulares. ¿Eran personales o tenían que transmitirse a sus sucesores? Aquí los cristianos se muestran disconformes según su confesión. Hemos de reconocer que la fe católica se apoya en la tradición

que interpreta este texto. En el interior de esta fe nos vemos movidos a pensar que esta interpretación corresponde al pensamiento de Jesús.¹

Jesús anuncia su pasión; Pedro le tienta; seguir a Jesús (16, 21-28)

«Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos» que tenía que sufrir y resucitar. Como hemos visto, en esta expresión, que sólo se encuentra en el otro pasaje de 4, 17, hay un nuevo giro en la predicación de Jesús. En adelante se consagrará **a sus discípulos** y, una vez que han confesado ya su mesianidad, tiene que hacerles comprender que su misión tiene que cumplirse a través de la muerte. Es éste el primero de los tres anuncios que se van siguiendo en la subida a Jerusalén (16, 21; 17, 22-23; 20, 17-19); cada uno de ellos va seguido de la observación de que los discípulos no comprendieron; luego, en cada una de esas ocasiones, Jesús les dice a sus discípulos que tendrán que seguir ellos el mismo camino.

Los acontecimientos de la pasión-resurrección ayudaron indudablemente a los discípulos a precisar estos anuncios de Jesús y a fijarlos en número de «tres». Pero lo esencial sigue siendo que Jesús subió a Jerusalén con la conciencia de que tendría que ofrecer su muerte y que le indicó a su comunidad que ése debería ser también su camino.²

¹ Cf. G. GAIDE, «Tu es le Christ... Tu es Pierre» (Mt 16, 13-20): *AsSgn*, n.º 52 (1974) 16-25. Los mejores artículos sobre la cuestión siguen siendo sin duda los de P. BENOIT, *La primauté de saint Pierre d'après le N. T. et saint Pierre d'après O. Cullmann, en Exégèse et Théologie, Cerf, Paris 1961*, II, 250-284, 285-308, así como el de P. REFOULE, *Primauté de saint Pierre dans les évangiles: Revue Sciences Religieuses (1964) 1-41; véase el resumen que hace de este artículo M. J. LE GUILLOU, La primauté de Pierre: Istina (1964) 93-102.*

² Cf. B. MAGGIONI, *La passion nécessaire du Christ et de son disciple (Mt 16, 21-27): AsSgn n.º 53 (1970) 15-26.*

Transfiguración de Jesús (17, 1-3)

«Seis días después»: es éste uno de los pocos casos en que dos episodios se muestran ligados por una cronología precisa; la transfiguración se presenta entonces como una respuesta del Padre al anuncio de su pasión por parte de Jesús. Este acontecimiento es una especie de anticipación, en la vida terrena de Jesús, de la gloria que anunciaba para los justos al final de los tiempos en el reino del Padre (13, 43) y que conocerá él mismo después de su muerte: su manifestación (28, 16-20) será la venida del hijo del hombre, y de esta forma los discípulos lo verán venir en su reino (16, 27-28).

Esta revelación apocalíptica que transfigura a Jesús vale en primer lugar para él y le permitirá entrar con confianza en la noche de la pasión; pero es sobre todo una revelación del Padre hecha a los discípulos. La voz se dirige a ellos y añade, en Mateo: «Escuchadle» (cf. Dt 18, 15). Jesús es manifestado claramente como el maestro de doctrina de la comunidad tal como aparecerá durante su resurrección (28, 16-20).

El diálogo sobre Elías forma parte integrante del relato y le añade una nota indispensable: la gloria no es para Jesús una evasión, sino que lo remite a lo cotidiano; es luz en el camino de la muerte.³

La curación del niño epiléptico (17, 14-21)

Este relato, más aún que una apóstrofe para los que no creen (el «vosotros» dirigido a su padre va mucho más allá de él: versículo 17), es una lección a los discípulos sobre la fe capaz de transportar las montañas. Al conocer las huellas de aquel maestro que tienen que seguir, tendrán menos miedo de caminar.

El impuesto pagado por Jesús y por Pedro (17, 24-27)

Tras el segundo anuncio de la pasión (17, 22-23), tiene lugar el episodio extraño del impuesto pagado por Jesús y por Pedro (17, 24-27). Al declarar que ni él ni sus discípulos están obligados a pagar ese impuesto al templo, Jesús manifiesta que son ellos los verdaderos «hijos» y que los judíos no son más que «extranjeros». Sea lo que fuere de la realidad de aquel «milagro», es fácil ver que Jesús lo hace por él y por Pedro. Así, pues, este episodio-eje concluye con esta solidaridad particular entre ambos.

³ Cf. J. DELORME, *L'évangile selon saint Marc: Cahier Evangile n.º 1/2, 82-83*; M. COUNE, *Radieuse transfiguration: AsSgn n.º 15 (1973) 44-84*; X. LEON-DUFOUR, *La transfiguración de Jesús, en Estudios de evangelio, o. c., 77-118*.

4. El reino de Dios pasa del pueblo judío a la iglesia (Mt 18-23)

Durante su ministerio en Galilea, Jesús había logrado que naciera esta comunidad, centrada en él, que comprendía su mensaje, capaz de proclamarlo en el mundo como «Hijo de Dios». Este nuevo «cuaderno» nos indica que todavía queda mucho por hacer con ella: el discurso del capítulo 18, junto con las respuestas pastorales

a las dificultades de la comunidad (quizás más la de Mateo que la de los doce), nos hace entrar en las condiciones concretas de esta vida con Jesús. La sección de relatos (Mt 19-23) narra la larga subida de Jesús a Jerusalén, llevando consigo a su comunidad; veremos cuál es el camino al que se le invita, y a nosotros con ella.

1. DISCURSO SOBRE LA VIDA EN COMUNIDAD (Mt 18)

Este discurso eclesial, como se le llama de ordinario, desconcierta nuestra lógica; resulta difícil descubrir la estructura de este ensamble de trozos recogidos por Mateo de diversos lugares de sus fuentes. Pero la vida se ríe de la lógica. Lo mismo que en las cartas de Pablo, descubrimos aquí una comunidad concreta, con unos problemas muy parecidos a los nuestros. Mateo parece dirigirse a los responsables de la comunidad¹ para darles, no ya un «derecho canónico» completo, pero sí el espíritu que debe animarles.

Vienen en primer lugar dos parábolas que dan el tono de este discurso y lo resumen.

¹ Sin embargo, algunos ven aquí al conjunto de discípulos de la comunidad.

Una comunidad confiada a unos pastores (18, 1-20)

Una pregunta de los discípulos manifiesta que no han captado todavía el espíritu que debe animar a los responsables de una comunidad de la que el maestro quiso ser el servidor. A ellos se les ocurre preocuparse de las precedencias eclesialísticas.

Jesús les contesta con un acto simbólico: colocando a un niño en medio de ellos, declara que hay que «dar la vuelta», que hay que hacerse como él. No ya volver a la infancia, sino descubrirse delante de Dios como un niño que tiene el porvenir por delante, que siempre es nuevo,

siempre disponible, sin pretensiones. «Hacerse como un niño es darse cuenta de que el Padre nos llama continuamente a crecer».²

Pero el niño es también un ser débil, fácilmente despreciado en aquella época. Por tanto, Jesús pide que se le acoja, pues si uno lo hace «en su nombre», se le acoge a él mismo. Luego, de la debilidad física, pasa a la debilidad espiritual.

En efecto, ya no se habla más de «niños», sino de «pequeños que creen» en Jesús. ¿De qué se trata? «Al nivel de la redacción evangélica, no se trata ya de niños como tales, sino de 'creyentes', de cristianos que son 'pequeños' por ser probablemente más débiles, menos formados o más expuestos».³ También Pablo distinguirá en la comunidad de Corinto entre los «débiles» y los «fuertes» (1 Cor 8-10). Se comprende entonces por qué Jesús, lo mismo que Pablo más tarde (1 Cor 8, 13), pide que se procure no «hacerles caer» (literariamente, «escandalizarles»). Sabe muy bien que los tropiezos (o escándalos) son una condición histórica del hombre, pero no son una fatalidad, y tenemos que evitárselos a los hermanos. La razón por la que no se debe despreciar a estos «pequeños» está expresada en un lenguaje simbólico: «Sus ángeles, en el cielo, ven continuamente el rostro de mi Padre», o como traducía Pablo: «Nuestra vida está oculta con Cristo en Dios» (Col 3, 3).

La parábola del hombre que busca a su oveja extraviada nos demuestra claramente la solicitud del Padre por esos «pequeños». «A diferencia de Lucas (15, 3-7), en donde Jesús cuenta esta historia para justificar su manera de obrar con los pecadores (Lc 15, 1-2), Mateo se sitúa en el tiempo de la iglesia: la oveja extraviada no es ya el pecador al que Jesús trae la buena nueva, sino el cristiano que se aparta de la comu-

nidad y corre el peligro de perderse. El acento recae ahora en la obligación que tiene el 'pastor' de ir a buscar al perdido».⁴ La frecuencia de la expresión «uno solo de ellos» manifiesta que la iglesia no es una colectividad anónima, sino una comunidad en la que cada uno de los miembros es único para Dios y tiene que serlo para sus hermanos.

Esta solicitud de Dios es la que permite comprender el pasaje sobre el «hermano que llega a pecar». No se trata de una ofensa personal, sino de un «pecado que aleja al hermano de la comunidad. El objetivo no es reconciliarse, como en Lucas 17, 3, sino ganar al hermano».⁵ Si no se consigue, ese hermano pasa a ser como «un pecador y un publicano», no ya como una persona despreciable, sino simplemente como uno que está fuera de la comunidad y que, como ellos, depende de la misericordia de Dios.

Lo mismo que hizo antes con Pedro (16, 19), ahora confía a los discípulos el poder de «atar-desatar». Teniendo en cuenta el contexto, parece que hay que ver aquí el poder de retener y perdonar el pecado, lo mismo que en Juan 20, 23. «Sin embargo, es diferente la iluminación teológica de estos dos pasajes: Juan relaciona este poder con la comunicación del espíritu de santidad, Mateo con la presencia de Cristo entre los suyos (18, 20; cf. 28, 20); pero, tanto en un caso como en el otro, se asiste a la transmisión de un poder que, antes de pascua, ejercía sólo Cristo de forma soberana».⁶

Jesús acaba de expresar su interés por los «pequeños» de la comunidad, de dar unas reglas y unos poderes para que esta comunidad siga coherente consigo misma cuando el pecado co-

⁴ E. COTHENET, Sainteté de l'Église et péchés des chrétiens: *Nouvelle Revue Théologique* (1974) 449-470; *citada en* 467.

⁵ *Ibid.*, 468.

⁶ *Ibid.*, 469.

² RADERMAKERS, o. c., 238.

³ J. DELORME, Jésus enseigne ses disciples (Mc 9, 38-48): *AsSgn n.º 57* (1971) 59.

rra el peligro de destruirla.⁷ Ahora indica cuál es el fundamento último de esta comunidad y que se experimenta en la oración: su presencia en medio de ellos. Este texto es muy enérgico; recoge una fórmula tradicional sin duda en el judaísmo, que se encuentra en un dicho de un rabino muerto el año 135: «Si dos personas se reúnen y pronuncian las palabras de la ley, la Shekinah (la santa presencia de Dios) está en medio de ellos». Así, pues, esta fórmula es también para Jesús un modo de declararse «presencia de Dios» entre nosotros.

Perdonar porque nos han perdonado (18, 21-35)

El segundo conjunto de este discurso se refiere al perdón. Pedro se cree generoso al perdonar hasta siete veces, la cifra de la plenitud. Pero Jesús, dándole la vuelta al canto salvaje de Lamec (Gén 4, 24), multiplica esta plenitud por el infinito. Cuando uno se sabe perdonado por Dios, no puede menos de transmitir a los demás esta misericordia infinita.

A través de este discurso, vemos a una comunidad interrogándose sobre sí misma, sobre su vida concreta, y buscando también el fundamento de su comunión. Y lo encuentra en Jesús, presencia de Dios en medio de ella, presente en la oración, presente en el hermano, cada uno de los cuales es único para Dios. Al reconocerse a sí misma como perdonada, solamente conserva como «derecho canónico», o como espíritu que debe animarla, la misericordia y el perdón.

2. DE GALILEA A JERUSALEN (Mt 19-23)

Durante esta larga etapa hacia Jerusalén y

⁷ Se encontrará en B. RIGAU, «Lier et délier». Les ministères de réconciliation dans l'Église des temps apostoliques: *Maison-Dieu 117, 86-125, un estudio detallado de Mt 16, 13-19 y 18, 18.*

más tarde en la ciudad, vamos a ver cómo la llamada al compromiso absoluto lanzada por Jesús a sus discípulos (c. 18) «va penetrando dolorosamente hasta el corazón de las libertades humanas, hasta la opción definitiva: la acogida o la negativa».⁸ Toda esta sección se inscribe sobre un fondo en el que se mueven las gentes, pero de hecho todo se desarrolla entre Jesús y sus discípulos por una parte, y sus adversarios, por otra.

Asistimos además, como pondrá de relieve Juan especialmente, a un doble proceso: Jesús es juzgado por los jefes religiosos, pero de hecho es él el juez que los condena.

Estos capítulos podrían organizarse en tres partes que vamos a recorrer rápidamente.⁹

1.º Mt 19-20. Encuentros de Jesús en el camino de Galilea a Jerusalén. Los fariseos, el joven rico, los ciegos... Sus respuestas provocan reacciones de incompreensión por parte de los discípulos. Jesús prosigue así su enseñanza, no ya por medio de discursos, sino partiendo «de la vida», de los sucesos cotidianos; procura conseguir en ellos ese cambio de mentalidad que les hará ser como niños. En el centro, la parábola de los obreros de la última hora aclara su pensamiento.

2.º Mt 21-22. El «hijo de David» entra en Jerusalén. ¿Cómo lo van a recibir? Tres series de textos permiten la respuesta: gestos de Jesús (21, 1-27), parábolas (21, 28-22, 14), controversias (22, 15-46). Va subiendo la tensión entre Jesús y las autoridades judías.

3.º Mt 23. En un discurso a la gente, Jesús les da algunas reglas de discernimiento de las verdaderas enseñanzas; luego ataca la hipocresía de los fariseos. Finalmente, abandona la ciudad con una lamentación, pero también con una nota de esperanza.

⁸ RADERMAKERS, o. c., 252.

⁹ Es el esquema de RADERMAKERS, o. c., 251-296; aquí resumimos su desarrollo.

1.º EN EL CAMINO DE GALILEA A JERUSALEN. LOS ENCUENTROS DE JESUS (19-20)

a) El matrimonio indisoluble (19, 3-15)

Algunos **fariseos** interrogan a Jesús sobre el divorcio. Hace saltar la cuestión remontándose al plan de Dios: romper el matrimonio es romper la alianza de Dios. Los **discípulos** se extrañan; Jesús les dice que, gracias a un don especial, algunos hombres podrán vivir solamente para el reino.¹⁰

b) La pobreza (19, 16-30)

Al **joven** rico que le pregunta por lo que es bueno o perfecto (estos dos términos son sinónimos) para tener la vida eterna, Jesús responde: la pobreza. No se trata de un «consejo» (válido solamente para la «vida religiosa»), sino de una orden para alcanzar la vida eterna. «El evangelio presenta la perfección como el fin que han de alcanzar todos los creyentes sin la menor excepción, utilizando los medios, todos los medios necesarios, hasta los más radicales, siempre que son necesarios»;¹¹ y la pobreza absoluta es uno de estos medios cuando la posesión de los bienes es un obstáculo para la salvación. **Y los discípulos se siguen extrañando.** Jesús trastorna las perspectivas de aquel joven: no se trata de hacer algo para obtener la vida eterna, sino de abandonar para recibir (versículo 29).

¹⁰ A no ser que haya que ver aquí, con J. Dupont, una continuación de su enseñanza sobre la indisolubilidad del matrimonio: los que se han separado (sin divorciarse) han de vivir en la continencia, fieles a pesar de todo al matrimonio que contrajeron.

¹¹ S. LEGASSE, L'appel du riche, en La pauvreté évangélique (obra en colaboración). Cerf, Paris, 1971, 65-91 (cita en 89). Legasse añade: «Pues bien, en el proyecto de la 'vida religiosa' uno no se contenta con tomar este medio radical únicamente cuando la situación lo exige. Se escoge libremente vivir en un estado 'en que la actitud radical pasa a ser norma' (Tillard)».

c) Los obreros de la última hora (20, 1-6)

La parábola original acaba sin duda en el versículo 15 y Jesús se dirigía a los judíos diciéndoles: lo mismo que el dueño no es injusto al dar a todos el mismo salario, porque se basa, no en sus «méritos» sino en su propia bondad, tampoco Dios es injusto al admitir en su reino a los pecadores, porque es bueno. Mateo, al añadir una conclusión (versículo 16), cambia el auditorio: la parábola se dirige ahora a los discípulos, a los cristianos de su comunidad; se apoya en un detalle secundario de la historia (el=orden=en el pago; siendo así que los primeros protestan, no porque les paguen después de pagar a los primeros, sino porque les pagan lo mismo): lo mismo que el amo hace pasar para el cobro en último lugar a los obreros que llegaron primero, también Dios hace pasar a su reino en último lugar a los judíos que fueron los llamados primero, detrás de los paganos llamados los últimos. En este contexto, la parábola se convierte también en una promesa para los discípulos llamados a pasar antes que los jefes religiosos judíos. Pero sigue siendo una advertencia: el hecho de ser ahora los primeros llamados de esta iglesia no les da ningún derecho.¹² Es lo que explica igualmente el siguiente episodio.

d) Los «sitios mejores» en el reino (20, 17-28)

Para entrar en el reino, hay que tomar el mismo camino que Jesús, el que pasa por la cruz (tercer anuncio de la pasión). La **madre de Santiago y Juan** quiere «colocar» a sus hijos. A los **discípulos** que se indignan por ello, Jesús les recuerda que el más grande es el que se convierte en servidor de los demás, como el hijo del hombre.

¹² Cf. J. DUPONT, Les ouvriers de la vigne: AsSgn (1.ª serie) n.º 22 (1965) 28-51.

e) Los dos ciegos de Jericó (20, 29-34)

Esos ciegos se convierten, en este contexto, en símbolo de los discípulos que continúan estando ciegos. Sólo Jesús puede abrirles los ojos.

2.º LA ACOGIDA DEL «HIJO DE DAVID» EN JERUSALEN (21-22)

Al entrar en Jerusalén (21, 1-11),¹³ Jesús —según Mateo— escoge realizar el oráculo de Zacarías (9, 9), que anunció al hijo de David como un mesías humilde. Se dirige a la «hija de Sión» (Is 62, 11), esto es, al pueblo del futuro purificado por Dios y que debe convertirse en una luz para todos los pueblos. ¿Cómo va a acogerle este pueblo, esta «hija de Sión»?

La respuesta nos la dan tres series de textos.

a) Gestos de Jesús (21, 12-27)

* Jesús purifica el templo (21, 10-17), tal como lo había anunciado Zacarías (14, 21); cura a los ciegos y a los cojos que le han seguido hasta aquella parte del templo que les estaba prohibida. Así realiza las profecías de Isaías (35, 5-6) y toma nuestras enfermedades (Is 53, 4 = Mt 8, 17). Las gentes se llenan de entusiasmo y Mateo, sólo él, señala la aclamación de los niños, de los que saben acoger el reino.

* El milagro de la higuera seca (21, 18-22), que fue sin duda al principio una parábola, se convierte en una enseñanza sobre la fe para los discípulos.

* Finalmente, Jesús se niega a responder a los jefes sobre el origen de su autoridad (21, 23-27).

b) Parábolas (21, 28-22, 14)

Estas tres parábolas tienen un sonido distin-

¹³ Cf. J. DELORME, *Lecture de l'évangile selon saint Marc: Cahier Evangile n.º 1/2, 97-99.*

to de las del capítulo 13. Son ante todo un juicio y en ellas es donde Jesús dirá con mayor claridad quién tiene conciencia de ser.

* **El padre y sus dos hijos** (21, 28-32). Para entrar en el reino, no se trata de decir, sino de hacer la voluntad del Padre.¹⁴

* **Los viñadores homicidas** (21, 33-46). La «viña» representa, sobre todo después de Isaías (Is 5), a Israel. Así, pues, los viñadores son los responsables, los jefes religiosos que tienen que cuidarla, pero que maltratan a los profetas que Dios les envía. Dios hace entonces un último intento: les envía a su Hijo. Ellos lo matan. Entonces viene el juicio: Dios destruirá a esos responsables y confiará su viña a otros. La parábola es demasiado clara; los jefes religiosos se reconocen en ella y comprenden que Jesús se presenta como el hijo.

La parábola primitiva acababa seguramente con el versículo 41; se refería a esa entrega de la viña en otras manos. La comunidad primitiva, después de pascua, vio en ella sobre todo el anuncio del misterio pascual y añadió el versículo 42, poniendo en labios de Jesús el versículo 22 del salmo 118. La parábola expresaba el sentido de la muerte y de la resurrección de Jesús.

Mateo, por su parte, añadió el versículo 43, volviendo así al sentido primitivo de la parábola, pero precisándolo más aún: el reino de Dios se les quitará a esos responsables judíos para dárselo «a una nación que rinda sus frutos». No se trata aquí de «las naciones», esto es, de los paganos, sino de un grupo que hace pensar en la «nación santa» del Exodo (19, 6). El reino de Dios será confiado en adelante a esa nueva nación santa que es la iglesia.¹⁵

¹⁴ Cf. J. DUPONT, *Les deux fils dissemblables: AsSgn n.º 57 (1971) 20-32.*

¹⁵ Cf. X. LEON-DUFOUR, *La parábola de los viñadores homicidas, en Estudios de evangelio, o. c., 297-345; R. SWAELES, La parabole des vigneronns homicides: AsSgn (1.ª serie) n.º 29 (1966) 36-51.*

* **Las bodas del reino abiertas a todos** (22, 1-14). El rey, el de la parábola anterior, ofrece para las bodas de su hijo un festín a todos, «malos y buenos», señalando así su universalismo. Pero el final de la parábola insiste en la respuesta personal que se le exige a cada uno: no basta con aceptar la invitación, sino que hay que aceptar vestirse con la ropa nupcial. Haberse revestido de esta ropa es lo que señala la entrada definitiva en el reino.

c) Una discusión rabínica (22, 16-46)

El rabino responde a tres cuestiones y luego pregunta. Era éste un género de discusión al que se acoge también Jesús. Esto le permitirá tomar posiciones ante las diversas corrientes religiosas de su tiempo.¹⁶

* **Fariseos y herodianos: el tributo al César** (22, 15-22). Superando el dilema que se le propone, Jesús remite a cada uno a su libertad delante de Dios.

* **Saduceos: la resurrección de los muertos** (22, 23-33). Rechazando las cuestiones inútiles sobre «cómo» resucitaremos, Jesús va a lo esencial: Dios es el Dios de vivos y es el Dios de Abrahán; por tanto, éste y los demás siguen vivos.

* **Un legista fariseo: el mayor mandamiento** (22, 34-40).

Finalmente, Jesús interroga a sus adversarios sobre su propia identidad (22, 41-46). Cuando su entrada en Jerusalén, había sido aclamado como el «hijo de David». Ahora intenta hacer que perciban toda la profundidad de un título cuyo sentido sólo podrá resultar claro después de la resurrección. Sus adversarios ya no se atreverán a preguntarle más cosas. Y entonces Jesús, para la gente y para los discípulos, se dejará escapar un largo grito de amor defraudado.

¹⁶ Cf. Liberación de los hombres y salvación en Jesucristo: **CB 6, 44 s.**

3.º EL GRITO DEL AMOR DEFRAUDADO (23)

Los fariseos son unos «santos» que han apostado toda su vida por la ley de Dios y viven en consecuencia. Lo que pasa es que creen que esa santidad les da cierto derecho delante de Dios. Pueden apoyarse en sus méritos. Y esto lo echa todo por tierra, porque son incapaces de acoger a Dios como un don gratuito y abrirse a la aceptación de su mesías, tan desconcertante para sus concepciones. Jesús se muestra tan duro con ellos porque, aunque los admira, se ve decepcionado al advertir que con su actitud estropean toda su santidad. También es probable que Mateo «cargue las tintas», atacando a los «rabinos» de su tiempo, a los que estaban dando impulsos al judaísmo de Yamnia (cf. página 10).

* Jesús enseña ante todo a las gentes y a sus discípulos a discernir, entre las obras, las buenas y las malas; el criterio es la fraternidad y el servicio (23, 1-2).

* Luego, en siete «malaventuranzas», expresa su dolor por la forma con que los fariseos estropean su «virtud» (23, 13-36). Pero esta polémica contra los fariseos es también una catequesis dirigida a los discípulos, a nosotros, pues es a los cristianos a quienes Cristo declara: «El que se ensalce, será humillado...» (23, 11-12), a esos cristianos que siempre están amenazados por la tentación del «fariseísmo».

* Finalmente, acaba esta requisitoria con una lamentación, en un tono de tristeza impotente. Sin embargo, no se han perdido todas las esperanzas: Israel, si algún día lo desea, volverá a conocer al mesías (23, 37-39; cf. Rom 11).

5. La inauguración del reino en el misterio pascual (Mt 24-28)

Hemos llegado a la última etapa del evangelio. En la primera parte, Mateo nos mostraba a Jesús proclamando la venida del reino de Dios y preparando su iglesia. En la segunda parte, se interesaba sobre todo por la formación de esta comunidad que tenía que proclamar, en el mundo, a su señor. Partiendo de la situación muy concreta de su comunidad de los años 80-90, de sus dificultades para creer, para perseverar en la espera, de su oposición al judaísmo de Yamnia..., vuelve a leer los acontecimientos de la

vida de Jesús e interpreta los relatos ya muy estructurales que recibe de la tradición.

En este último «cuaderno» nos muestra cómo Jesús, en su muerte y su resurrección, ha inaugurado ese reino e incluso lo ha establecido definitivamente. En adelante, será misión de la iglesia lograr que los frutos de la victoria alcancen a toda la humanidad.

Volvemos a encontrarlos aquí con dos partes: un gran discurso en el que Jesús anuncia el final de los tiempos y el relato de la pasión-resurrección que son, en definitiva, su realización.

1. ANUNCIO DE LA VENIDA DEFINITIVA DEL REINO EN JESUS (Mt 24-25)

La pregunta de los discípulos que va a provocar este discurso (24, 3) se sitúa en dos niveles: **¿Cuándo** tendrá lugar la ruina de Jerusalén? **¿Qué signos** anunciarán la venida gloriosa del hijo del hombre y el fin del mundo? Es probable que, en el pensamiento de los discípulos, estos tres acontecimientos no formaran más que uno solo. Nosotros sabemos muy bien, como lo sabía Mateo cuando escribió estas páginas, que la ruina de Jerusalén tuvo lugar en el año 70 y que el final de los tiempos todavía está por venir. Nos

gustaría poder distinguir, en este discurso, lo que corresponde a cada uno de estos acontecimientos. Pero resulta imposible.

Por otra parte, la fe cristiana, siguiendo todo el Nuevo Testamento, procura mantener al mismo tiempo el «ya» y el «todavía no»: es verdad que «todavía no» se ha realizado la venida gloriosa del hijo del hombre para acabar la historia, pero también es verdad que Jesús «ya» lo ha hecho todo en su misterio pascual. Cada uno de los autores del Nuevo Testamento, como no-

sotros mismos según las diversas ocasiones y necesidades, insiste en uno de los dos aspectos. Mateo, por su parte, piensa especialmente en lo que «ya» se ha hecho. Y por eso «el juicio» no tiene lugar al final de los tiempos, sino en cada uno de los instantes de nuestra vida cotidiana en que nos encontramos con el hijo del hombre presente a nuestro lado. No obstante, más que los otros autores, insistirá en la vigilancia de la espera.

En este discurso hay dos grandes partes que se articulan con las dos cuestiones de los discípulos. Jesús responde en primer lugar a la segunda: los signos de la venida (24, 4-35). Luego habla largamente sobre el «cuándo»: «Nadie conoce la fecha; por tanto, vigilad» (24, 36-44); tres parábolas desarrollan el tema de la vigilancia en la espera (24, 45-25, 30); el juicio es hoy (25, 36-46).

1.º Los «signos» de la venida del hijo del hombre (24, 4-35)

Presentados en un estilo apocalíptico lleno de imágenes, estos signos no son fáciles de interpretar. Podemos, sin embargo, subrayar uno de ellos: «Habrán seísmos (o temblores de tierra)» (versículo 7). De suyo, mera imagen tradicional, este «seísmo» aparece varias veces en Mateo como símbolo de la llegada efectiva de los últimos tiempos: cuando la muerte de Jesús, un seísmo abre las tumbas (27, 51) y, al ver ese seísmo, los guardias se llenan de pavor (27, 54); otro seísmo abre la tumba de Jesús (28, 2). Y en el milagro del «seísmo amordazado», Mateo había anticipado ya estos acontecimientos (8, 24).

Todas estas imágenes, recogidas del Antiguo Testamento, tienen que asegurarnos de que esta venida es cierta y que hay que esperarla en la fe.

2.º El «cuándo» de la venida (24, 36-25, 46)

Jesús «responde» a la cuestión de tres maneras.

a) Nadie conoce la fecha; velad, pues (24, 36-44)

«El grito de los evangelios: ¡Estad preparados! ¡Velad! tiene que resonar en el corazón de todo el que anhela el gran encuentro, no como una obsesión por su salvación personal, sino como una exigencia de fidelidad a las misiones confiadas por el maestro»;¹ en este punto es en el que insistirán las tres parábolas.

b) Tres parábolas sobre el tema de la vigilancia (24, 45-25, 30)

* **El siervo fiel (24, 45-51).** «La vigilancia adquiere la forma de una fidelidad responsable a una misión confiada por el señor. A través de esta presentación, se adivina que la comunidad de Mateo había sufrido la experiencia dolorosa de la incapacidad, esto es, de la infidelidad de algunos de sus jefes, y puede uno creer que Mateo desea recordarles la seriedad de su ministerio».²

* **Las diez vírgenes al encuentro del esposo (25, 1-13).** Como aquellas «hijas de Jerusalén» del Cantar de los cantares, en quienes los rabinos veían un símbolo de los discípulos llevando la luz de la ley y velando en la espera del mesías, también la comunidad cristiana tiene que velar. Hay que estar dispuestos para cuando venga el esposo.³

* **Los talentos (25, 14-30).** La parábola original quería demostrar que, delante de Dios, no estamos en la misma relación de igualdad que los que firman un contrato: todo en paz, una vez cumplidas las cláusulas. Estamos en la relación de siervos ante el amo; éste puede exigir más de lo que exige la «justicia» humana; uno no es verdadero servidor si no está dispuesto a cumplir las exigencias, hasta las más desconcertantes, del amo.

¹ P. GEOLTRAIN, Dans l'ignorance du jour, veillez! (Mt 24, 37-44): *AsSgn* n.º 5 (1969) 17-28.

² RADERMAKERS, o. c., 310.

³ Cf. L. DEISS, La parabole des dix vierges: *AsSgn* n.º 63 (1971) 30-32.

La comunidad primitiva había ampliado ya esta aplicación añadiendo el versículo 29. Insiste en la forma con que se hará el juicio.

Mediante numerosos retoques («al cabo de mucho tiempo», siervo bueno «y fiel», siervo malo «y perezoso», «inútil»), y añadiendo el versículo 30, Mateo continúa su enseñanza sobre la vigilancia en la espera, pero señalando en concreto: «Velar es cumplir las tareas asignadas por el señor; no basta con acoger la palabra, sino que hay que hacerla fructificar. El reino de los cielos es un capital que se ha puesto en nuestras manos; no tenemos derecho a dejarlo improductivo». Esa es nuestra tarea en la historia y el sentido del retraso de la parusía.⁵

c) El juicio es hoy (25, 36-46)

¿Cuándo tendrá lugar la parusía?, preguntaban los discípulos. Jesús responde ahora: seremos juzgados por el amor que tenemos a nuestros hermanos. Y de este modo nos revela la ver-

dadera «fecha» del juicio: «Ese juez, al que se imaginan que habrán de ver por vez primera algún día, hace ya tiempo que lo han encontrado los hombres, a lo largo de su vida cotidiana... El hombre tiene que vérselas con el juez celestial cada vez que está delante de su prójimo; el juicio y la suerte final de cada uno se decide realmente desde ahora... Lo que es decisivo es el instante presente, en su vulgaridad aparente. Este instante reviste una gravedad infinita, porque está cargado con todo el peso infinito de la presencia misteriosa, en el hombre que está delante del hombre, del hijo del hombre y de Dios mismo».⁶

⁴ RADERMAKERS, o. c., 314.

⁵ Cf. J. DUPONT, La parabole des talents: *AsSgn n.º 64* (1969) 18-28.

⁶ TH. PREISS, Le mystère du Fils de l'homme, en *La vie en Christ. Delachaux et Niestlé, Neuchâtel 1951, 74-90*; cf. A. DUPREZ, Le jugement dernier: *AsSgn n.º 65* (1973) 17-28. Algunos ven en «esos pequeños» ante todo a los predicadores del evangelio.

2. EL MISTERIO PASCUAL INAUGURA EL REINO (Mt 26-28)

Jesús acaba de anunciar la venida del reino. Mateo nos muestra ahora el cumplimiento de esta profecía: en la pascua del señor ha llegado el reino y ha quedado definitivamente fundada la iglesia. Lo muestran con toda evidencia las muchas correspondencias que existen entre los capítulos 24-25 y 26-28.⁷

El prólogo (26, 1-5)

Este prólogo nos dice lo esencial. Al abrir su relato, Mateo tiene conciencia de plantear una cuestión tremenda a sus lectores: ¿Cómo es que ése al que se nos ha presentado hasta ahora como el mesías, el señor, el hijo de Dios..., puede

ser entregado en manos de los paganos y enviado a la muerte, con la condena de los jefes religiosos establecidos por Dios para discernir la venida del mesías? Mateo responde en primer lugar colocando el complot judío en labios de Jesús: es él el que decide su muerte libremente; los jefes no hacen más que cumplir («entonces...») lo que él decidió. Pero Mateo va sin duda más lejos. Y escribe: «Los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo **se reunieron...**». Parece hacer eco al salmo 2, aquel salmo que la comunidad cristiana, viviendo su propia pasión, meditaba para comprender su destino y el de Cristo (Hech 4, 25-27). Y entonces todo se aclara: si los jefes religiosos condenan a Jesús, es porque son ellos los «malos» del salmo y Jesús

⁷ RADERMAKERS, o. c., 322-324 presenta una lista impresionante de ellas.

es entonces el mesías. Por otra parte, si Jesús vive la primera estrofa del salmo, es seguro que también las otras se cumplirán, que el proyecto de Dios se realizará, estableciendo a su mesías como señor sobre todas las naciones. Es esto precisamente lo que Mateo nos va a señalar.⁸

¿Cómo organizar estos relatos? Es sugestiva la división que propone Radermakers:

1. Llega la pascua y el hijo del hombre es entregado (26, 6-56).

2. El hijo del hombre es entregado para ser crucificado (26, 57-27, 44).

3. La pascua del hijo de Dios (27, 45-28, 15).

«Para Mateo, la muerte de Jesús y su resurrección forman una sola teofanía marcada por la doble alusión al temblor de tierra (27, 51 y 28, 2). El verbo «llegar» (la oscuridad: 27, 45; José de Arimatea: 27, 57; el terremoto: 28, 2) adquiere aquí una importancia especial, pues marca el comienzo de los tres tiempos de esta teofanía»: la muerte del hijo de Dios, la sepultura de Jesús, su resurrección.

Conclusión: la misión universal de los discípulos (28, 16-20).

1. LLEGA LA PASCUA Y EL HIJO DEL HOMBRE ES ENTREGADO (26, 6-56)

a) La unción real en Betania y la venta de Judas (26, 6-16)

Jesús lleva la rienda de los acontecimientos; aquí, celebra de antemano su sepultura. Los discípulos, una vez más, no comprenden. Se nota

⁸ Los relatos de la pasión-resurrección son muy semejantes en los diversos evangelios. J. Delorme ha presentado ya los de Marcos (Cahier Evangile n.º 1/2), A. George ha estudiado los de Lucas (CB 3), y F. Charpentier ha mostrado el conjunto (CB 5). Por tanto, atendéremos aquí sobre todo a los rasgos propios de Mateo.

en el trasfondo del relato una especie de conflicto entre la acción (las «buenas obras» en favor de los pobres) y la contemplación (esa «buena obra» por Jesús). En todo caso, Jesús nos recuerda que las dos cosas son inseparables: el amor a los pobres tiene que vivirse en el amor a aquel que se ha identificado con ellos (25, 36-46).

Judas vende a Jesús por «treinta monedas de plata» (Mt - Mc - Lc). En este gesto, Mateo ve la realización de una profecía de Zacarías (11, 12): Dios es rechazado por su pueblo que, para burlarse, le paga como jornal el salario ridículo de un esclavo. Es Dios el que, en Jesús, es vendido por los hombres...

b) La pascua en el seno de la comunidad (26, 17-30)

«La pasión de Jesús se desarrolla ante todo en medio de la comunidad de discípulos; es allí, en primer lugar, donde es entregado (versículos 21.23.24.25) y donde 'da' su cuerpo y su sangre».⁹ En efecto, es aleccionador para nuestras comunidades el que este relato de la institución quede enmarcado por la traición de uno de los doce y por el anuncio de las negaciones de Pedro.

El relato de la institución, muy cercano al de Marcos, recoge probablemente el texto litúrgico de las comunidades judeo-cristianas. Por este gesto profético, Jesús vive de antemano su propia muerte. Mateo ilumina su sentido cuando añade: «para remisión de los pecados». Aquí se inscribe además uno de los tres «a partir de ahora» de su evangelio: poco antes de su pasión, Jesús se despidió de los judíos diciéndoles: «A partir de ahora, no me veréis hasta que digáis...». (23, 39); aquí se despide de sus discípulos; y delante del sanedrín declarará: «A partir de ahora, veréis al hijo del hombre...» (26, 64), ese hijo del hombre que se manifestará a los discípulos el día de pascua.

⁹ RADERMAKERS, o. c., 332.

c) **La agonía y la huida de los discípulos** (26, 31-56)

El relato de la agonía es muy parecido al de Marcos. Jesús ha celebrado ya su muerte unas horas antes, con el hieratismo del sacerdote en el altar. Conocíamos así su sentido, pero no sabíamos hasta qué profundidad de su ser de hombre alcanzaba a Jesús. Y su agonía nos lo manifiesta. Pero ha añadido concretamente por tres veces la palabra «conmigo»: Jesús llega al huerto «con ellos» (los discípulos), les pide: «Velad conmigo», y les reprochará luego dolorosamente: «¿No habéis podido velar una hora conmigo?». Esta palabra tiene ante todo una profundidad humana: esa necesidad de Jesús de «estar con» nos dice más sobre su humanidad y sobre su angustia que una larga exposición. Pero se trata además de un valor eclesial: es el señor de su comunidad el que la interpela, hasta el fin de los tiempos, pidiéndole que esté con él. Pero desgraciadamente tiene que morir solo. Es verdad que «uno de los que estaban con Jesús» sacó su espada (versículo 51), pero de ese modo demostrará que no ha comprendido nada. Y esa comunidad que acaba de protestar que nunca lo abandonaría (versículos 31-35), huye lamentablemente...

2. EL HIJO DEL HOMBRE ES ENTREGADO PARA SER CRUCIFICADO (26, 57-27, 44)

a) **Delante del sanedrín** (26, 57-75)

Mateo empieza diciendo lo que piensa de ese juicio: «Andaban buscando un falso testimonio contra Jesús con ánimo de darle muerte». La pregunta del sumo sacerdote es más solemne en él que en los demás evangelistas: una apelación

a Dios para forzar al acusado a declarar su identidad: «...si tú eres el Cristo, el hijo de Dios». Estas dos palabras, en labios del sumo sacerdote, tienen probablemente el mismo sentido: ¿eres el mesías?

Jesús rechaza esta problemática: «Eres tú el que lo dices; lo que yo digo es lo siguiente: A partir de ahora, veréis...». La «blasfemia» de Jesús no consiste en llamarse mesías-rey, en referencia al salmo 110 («sentado a la derecha del poder»), o en llamarse hijo del hombre, en referencia a Daniel («hijo del hombre... que viene sobre las nubes del cielo»), sino más bien en unir en él los dos títulos,¹⁰ dándoles sobre todo un contenido personal por el que afirma su divinidad. Y es ese condenado a muerte, siervo doliente de Isaías, el que reivindica esos dos títulos gloriosos.

De nuevo, como un contrapunto trágico a lo largo de todo el relato, mientras que su maestro proclama quién es a costa de su vida, la comunidad reniega de él por boca de Pedro...

b) **Ante Pilato. El proceso ante la faz del mundo** (27, 1-26)

Tras el entusiasmo de las gentes de Galilea, hemos ido viendo cómo Jesús quedaba poco a poco abandonado, reducido a sus discípulos.⁴ Incluso éstos lo han abandonado. Y ahora está solo ante el sanedrín. Pues bien, he aquí que de pronto se ensancha la escena y aparece un inmenso tribunal en el que nadie se atreve a tomar postura: «Es asunto tuyo» (versículos 4 y 24). En efecto, en torno al gobernador se agrupa la gente, el pueblo, Judas, Barrabás, los sumos sacerdotes y los ancianos, la mujer de Pilato..., y poco después los guardias, los transeúntes, las mujeres... **Un proceso ante la faz del mundo.**

Mateo narra en primer lugar la muerte de Ju-

¹⁰ Cf. P. LAMARCHE, *Christ vivant. Cerf Paris 1966, 150-155.*

das de una manera distinta de como lo hace el autor de los Hechos (1, 18-19). Mateo recoge las tradiciones populares para mostrar que se ha cumplido la escritura. El plan de Dios se realiza incluso a través de hechos vergonzosos. Judas muere proclamando la inocencia de Jesús. Su suicidio se presenta como la conclusión de un acto de fe que no se abre a la esperanza.

El proceso gira sobre todo en torno al título de «rey de los judíos».

Mateo tiene aquí dos tradiciones propias: la intervención de la mujer de Pilato y el grito de los judíos: «¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!». Contra todos los que eluden enfrentarse con una opción religiosa (reconocer a Cristo o pedir su muerte por blasfemo), el pueblo tiene por lo menos el coraje de asumir su propia responsabilidad y escoger en función de lo que cree que es su fidelidad a la alianza.¹¹

c) Crucifixión del rey de los judíos, hijo de Dios (27, 27-44)

Jesús es ultrajado; Mateo es el único que pone un cetro irrisorio en manos de ese rey abofeteado (versículo 29). También es el único en mencionar, entre las diversas burlas que le dirigen, la siguiente: «Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora..., ya que dijo: ¡Soy hijo de Dios!» (versículo 43). Con esta cita del salmo 22, 9, Jesús se presenta como aquel que da su sentido profundo a la esperanza de los justos perseguidos: también ellos son hijos de Dios.

3. LA PASCUA DEL HIJO DE DIOS (27, 45-28, 15)

La muerte y la resurrección de Jesús son, para Mateo, los dos aspectos de una sola teofanía, de una sola manifestación de Dios.

¹¹ El epíteto «deicida» que se aplica a veces al pueblo judío por causa de este versículo es una equivocación trágica. Sólo el cristiano puede ser «deicida», ya que sabe quién es Jesús.

a) La muerte del hijo de Dios (26, 45-56)

Jesús, lo mismo que en Marcos, muere dando un gran grito (versículos 46 y 50), proclamando su desgracia con el salmo 22. En estos momentos, el velo del templo se desgarró, manifestando que la antigua alianza se ha acabado ya y que el verdadero santuario de la presencia de Dios es el cuerpo de Jesús. Tiene lugar un «seísmo», aquel signo dado por Jesús de la venida del hijo del hombre; ante este seísmo, los guardias exclaman: «¡Era el hijo de Dios!». Esta exclamación, imposible antes de pascua, expresa la fe cristiana en lo que encierra de más paradójico: ¡A ese ser ajusticiado es al que proclamamos hijo de Dios!

Mateo manifiesta el alcance cósmico de esta muerte de una nueva forma: aquel seísmo abre las tumbas, algunos santos resucitan y esperan luego la resurrección de Jesús para entrar con él en la ciudad santa. En su estilo apocalíptico nos está diciendo que el acontecimiento pascual es el final de los tiempos y que los santos pueden finalmente entrar con el resucitado en la Jerusalén celestial, el reino de Dios.

b) La sepultura de Jesús (27, 57-66)

Entre las dos teofanías, la paz del sepulcro nos concede un poco de tiempo para la contemplación, que aquí está simbolizada en las mujeres.

Mateo ha añadido el episodio de los **guardias en el sepulcro**. Los tres textos (27, 62-66; 28, 1-4 y 28, 11-15) forman un conjunto en íntimo paralelismo con el «evangelio de Pedro» apócrifo. Había sin duda una tradición de tipo apologético, que tendía a demostrar que la resurrección no puede ser una superchería. Al recogerla, Mateo la modifica para hacer de ella una teofanía.¹²

c) La resurrección de Jesús (28, 1-15)

Es de nuevo el «seísmo» lo que abre el sepul-

¹² Cf. E. CHARPENTIER, Cristo ha resucitado (CB 5), 52.

cro. Un versículo, de estilo apocalíptico, nos hace barruntar el sentido cósmico del acontecimiento: la resurrección es la victoria final de Dios sobre la muerte; sus enemigos caen «como muertos»; el aspecto del ángel del señor (esto es, el mismo Dios) es el del relámpago, aquel

relámpago que Jesús ponía como símbolo de la venida del hijo del hombre (24, 27). Y Dios les revela a las mujeres el acontecimiento: «Jesús, el crucificado, ha resucitado... Irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis».

La resurrección según el evangelio de Pedro

El evangelio de Pedro es un texto «apócrifo», esto es, que no ha sido considerado por la iglesia primitiva como formando parte de sus escrituras. Compuesto a comienzos del siglo II (antes del 130 para unos, por el 150 para otros), sólo es conocido por un fragmento (descubierto en 1886) de 60 versículos: algunos sobre el proceso y la sepultura de Jesús, la mayor parte sobre su resurrección. He aquí un extracto (versículos 29-49).

Colocación de guardianes (Mt 27, 62-66)

(29) Los ancianos, pues, cogieron miedo y vinieron a presencia de Pilato en plan de súplica, diciendo: (30) «Danos soldados para que custodien su sepulcro durante tres días, no sea que vayan a venir sus discípulos, le sustraigan y el pueblo nos haga a nosotros algún mal, creyendo que ha resucitado de entre los muertos». (31) Pilato, pues, les entregó a Petronio y a un centurión con soldados para que custodiaran el sepulcro. Y con ellos vinieron también a la tumba ancianos y escribas. (32) Y, rodando una gran piedra, todos los que allí se encontraban presentes, juntamente con el centurión y los soldados, la pusieron a la puerta del sepulcro. (33) Grabaron además siete sellos y, después de plantar una tienda, se pusieron a hacer guardia. (34) Y muy de mañana, al amanecer el sábado, vino una gran multitud de Jerusalén y de sus cercanías para ver el sepulcro sellado.

La manifestación de Dios (Mt 28, 1-4)

(35) Mas durante la noche que precedía al domingo, mientras estaban los soldados de dos en dos haciendo la guardia, se produjo una gran voz del cielo. (36) Y vieron los cielos abiertos y dos varones que bajaban de allí teniendo un gran resplandor y acercándose al sepulcro. (37) Y la piedra aquella que habían echado sobre la puerta, rodando por su propio impulso, se retiró a un lado,

con lo que el sepulcro quedó abierto y ambos jóvenes entraron. (38) Al verlo, pues, aquellos soldados, despertaron al centurión y a los ancianos, pues también éstos se encontraban allí haciendo la guardia. (39) Y, estando ellos explicando lo que acababan de ver, advierten de nuevo tres hombres saliendo del sepulcro, dos de los cuales servían de apoyo a un tercero, y una cruz que iba en pos de ellos. (40) Y la cabeza de los dos (primeros) llegaba hasta el cielo, mientras que la del que era conducido por ellos sobrepasaba los cielos. (41) Y oyeron una voz proveniente de los cielos que decía: «¿Has predicado a los que duermen?» (42) Y se dejó oír desde la cruz una respuesta: «Sí». (43) Ellos entonces andaban tratando entre sí de marchar y de manifestar esto a Pilato.

El informe de los guardianes (Mt 28, 11-15)

(44) Y, mientras se encontraban aún cavilando sobre ello, aparecen de nuevo los cielos abiertos y un hombre que baja y entra en el sepulcro. (45) Viendo esto los que estaban junto al centurión, se apresuraron a ir a Pilato de noche, abandonando el sepulcro que custodiaban. Y, llenos de agitación, contaron cuanto habían visto, diciendo: «Verdaderamente era hijo de Dios». (46) Pilato respondió de esta manera: «Yo estoy limpio de la sangre del hijo de Dios; fuisteis vosotros los que lo quisisteis así». (47) Después se acercaron todos y le rogaron encarecidamente que ordenara al centurión y a los soldados guardar secreto sobre lo que habían visto. (48) «Pues es preferible —decían— ser reos del mayor crimen en la presencia de Dios, que caer en manos del pueblo judío y ser apedreados». (49) Ordenó, pues, Pilato al centurión y a los soldados que no dijeran nada.

(Trad. de Aurelio de Santos Otero, Los evangelios apócrifos (BAC 148). Madrid 1956, 411-415).

CONCLUSION

LA IGLESIA EN MISION AL MUNDO (28, 16-20)

Volviendo ahora a aquel texto que leíamos al principio, quizás comprendamos mejor que ese envío de los discípulos a misionar es el de la comunidad cristiana a lo largo de toda la historia, es también nuestra misión.

Esta comunidad de Mateo nos parece muy cercana a la nuestra. Cargada con dos mil años de tradición, la nuestra es una comunidad reunida en torno a su señor, proclamado y servido en la liturgia. Ha recibido de él una enseñanza que se esfuerza en «comprender», esto es, en descubrir todas sus implicaciones para vivir de ella y cumplir así «toda justicia». Se ve continuamente tentada de encerrarse en sí misma, pero se recibe como una «iglesia para el mundo», en marcha hacia la Galilea de los paganos. No es ella el reino, pero sabe que es el signo de ese reino en el mundo, el lugar en donde el hijo del hombre tiene que poder ejercer en plenitud su

señorío para irradiar desde allí a todos los hombres. Tiene que vivir en la vigilancia, ya que la espera prolongada corre el peligro de enfriar su celo. Tiene que ser una comunidad de discípulos, esto es, de personas que «siguen a Cristo» y viven en conformidad con su maestro, en el servicio mutuo, sabiendo que las únicas consignas que le ha dejado son, junto con el amor, la misericordia y el perdón.

Sola, a veces desamparada, se descubre embarcada en una frágil barquilla que hace agua por todas partes, amenazada sin cesar por el «seísmo» de las fuerzas del mal. Pero sabe que, si persevera en la fe y en la oración, ese «seísmo» es también el que manifiesta la victoria de Dios sobre la muerte.

Y su seguridad última es que, en Jesús, Dios es definitivamente EMMANU-EL: DIOS CON NOSOTROS.

ALGUNOS TEMAS TRATADOS EN ESTE CUADERNO

DIOS PADRE 32, 36, 43, 46

REINO DE DIOS 24, 27, 29, 38, 46-47, etc.

JESUS

Su humanidad. 22, 63

Nuevo Moisés: 6, 16, 27.

Emmanu-El: 8, 65.

Mesías, hijo de David 17, 22, 39, 57, 61, 63.

Servo doliente. 17, 35, 41, 63

Sabiduría de Dios: 39

Hijo del hombre: 7, 17, 59, 63.

Hijo de Dios. 16, 21, 50, 52, 57, 64.

Señor de la comunidad 6-8, 17.

LA COMUNIDAD

La iglesia: 50-51, 54, 58.

Nuevo Israel (en continuidad y ruptura con el antiguo). 8, 23, 35, 37, 58.

Simbolizada en la barca: 35, 48.

Una comunidad organizada: 7.

Donde están mezclados buenos y malos 9, 46, 51

Comunidad cultural: 6-7, 9.

Función de los pastores: 54.

Universalismo 7, 12, 15, 23, 27, 37.

EXIGENCIAS MORALES DEL CRISTIANISMO:

Vida de la comunidad 9-10, 42.

«Justicia»: 26, 31, 46.

Misericordia y perdón: 40, 55.

Vigilancia en la espera: 60.

Pobreza: 31, 56.

Ley interiorizada: 33, 48.

Gratuidad: 38.

Ser «sencillos»: 40, 42.

Exigencias de Jesús: 33-34, 53.

DISCIPULOS: 27, 29, 45.

Seguir a Jesús: 10, 35, 37.

Familia de Jesús: 41.

Servicio: 6, 10, 60.

Reciben su autoridad de Jesús: 37.

Lugar especial de Pedro: 48, 50, 52.

EVANGELIO DE MATEO: una «catequesis» («comprender»): 7, 29, 44, 45, 47.

VARIOS La «Shekinah» (o santa presencia de Dios): 9, 11, 55

Juan bautista: 25, 39.

Fariseos: 10, 40, 41, 43, 48, 58.

Divorcio: 32.

«Seísmo»: 35, 48, 60.

Cumplimiento de las escrituras: 14.